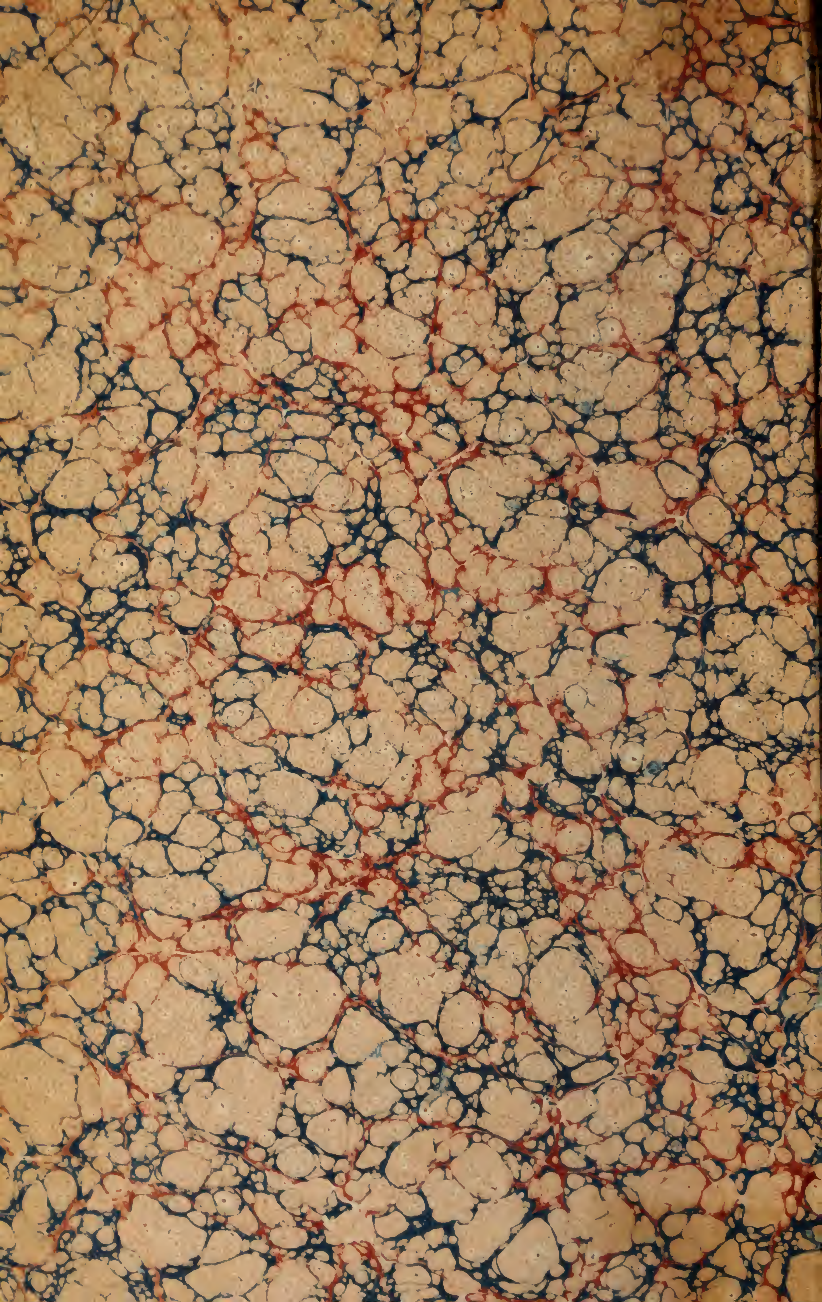
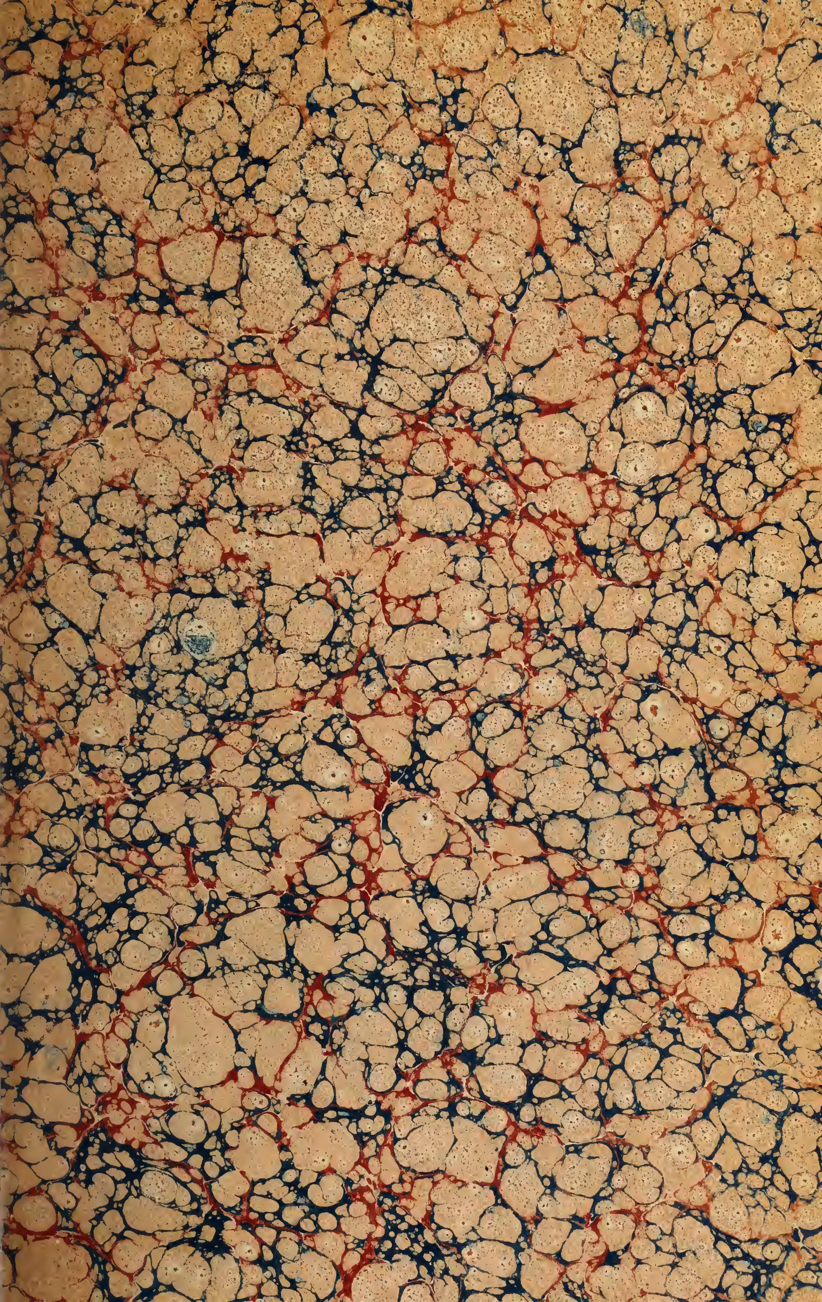

3 1761 09546467 3





OBRAS

DE

DON NICOMEDES-PASTOR DIAZ.

OBRAS

DE

DON NICOMEDES-PASTOR DIAZ,

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO I.



MADRID.
Imprenta de Manuel Tello, San Márcos, 26.
1866.

Á LA JUVENTUD ESPAÑOLA,

EN MUESTRA DE SIMPATÍA Y DE CARIÑO

DEDICA

SUS PENSAMIENTOS Y AFECTOS

ESCRITOS EN ESTOS LIBROS,

DESEOSO DE SU AMISTAD

Y APROBACION,

EL QUE, PROBADO POR LA ENFERMEDAD

Y EL DOLOR,

MURIÓ SIN ENVEJECER,

NICOMEDES-PASTOR DIAZ.





PRÓLOGO GENERAL.

Es entre los aficionados á las letras pública voz y fama, y acreditada opinion, la de que nuestros vecinos los Franceses, y más aún todavía los Ingleses de ambos Mundos, y los Alemanes, publican demasiados libros. Por mucho sin duda que la actual profusion de escritos se justifique con el ánsia de un público que devora todo lo que diariamente la prensa le arroja, como alimento de su insaciable curiosidad; ciertamente no nos atreverémos á negar que la produccion literaria de esos paises sea algo superabundante; que la ciencia y la literatura modernas se resientan acaso de la manía de escribir, y que la deplorable facilidad de llenar libros con lo superficial, con lo poco importante, con lo frívolo, dañe más bien que aproveche á la educacion intelectual, y á los verdaderos adelantos de la época y del siglo en que vivimos.

No es España, por cierto, cómplice ni de ésta exageracion, ni de aquella manía. En España pe-

camos evidentemente del defecto contrario. Nuestra produccion literaria y científica no está en proporcion con nuestro progreso intelectual.

¿Quién lee en España, ni quién escribe en España,—sobre todo en estos desgraciadísimos tiempos, de los más nebulosos sin duda, de nuestra historia contemporánea? Aun en los mejores dias de la próspera suerte de nuestra Patria, solía decirse: «Los Españoles estudian mucho más que escriben: leen más que publican.» Fuese modestia, fuese inercia, fuese consecuencia de dificultad en los medios materiales de imprimir, y de expender lo que se imprimía, la verdad es que entre nosotros han solido pasar años enteros, sin que se diese á la estampa un libro verdaderamente original, y sin que ninguno de nuestros hombres más notables en ciencias y en literatura, aumentase en un solo volúmen el viejo tesoro de la librería Española. Por desgracia hemos visto y vemos cada dia bajar al sepulcro á nuestras primeras celebridades literarias, dejando á la posteridad ó un juicio muy problemático acerca de la reputacion que en vida alcanzaron, ó á sus amigos el ímprobo trabajo de recoger los á veces esparcidos y extraviados fragmentos de sus incorrectas ó incompletas producciones.

Todavía asistimos á otro espectáculo más extraordinario. La juventud que ahora entra en el

mundo, no tiene historia en qué aprender los sucesos más recientes, y la razon de las últimas transformaciones y vicisitudes literarias, políticas y sociales de la España de nuestros dias. Los hombres que inauguraron la era política y literaria que empieza en 1834, se han olvidado de que la generacion que les sigue, es adulta ya: se creen tal vez jóvenes todavía, y se olvidan de que la muerte del último Rey, la promulgacion del Estatuto, la guerra de los siete años, la revolucion de la Granja, y las Constituyentes de 1837; el célebre pronunciamiento de 1840, el de 1843, el casamiento y la mayoría de la Reina, todo en fin cuanto precede á 1854 y 56, son sucesos ya tan históricos, como la guerra de la Independencia, la época constitucional de 1820 y la reaccion de 1823; y que sobre este período, apénas hay nada escrito más que la *Gaceta* y los periódicos. Para los que entran en la vida pública, los sucesos de los primeros años de nuestra Reina, y aun los de su gobernacion, están ya envueltos en tinieblas. Sólo en los salones de la sociedad pueden enterarse oralmente de esa historia: en libros y documentos, en manera alguna. De los hombres célebres de esta interesante época, los que han muerto, escribieron poco; los que viven todavía, no publican nada.

Debemos el tributo de alguna honrosa excepcion

á aquellos pocos, que han comprendido sus obligaciones para con el público, bajo un punto de vista diferente de los miramientos de una falsa modestia; ó para los piadosos colectores, que en la publicacion laboriosa de algunas obras recientes, han merecido bien de los vivos, siendo fieles á la amistad y á la memoria de ilustres difuntos.

Contamos entre los primeros, al Sr. Duque de Rivas, al Sr. Breton de los Herreros y al Sr. Marqués de Molins, que han tenido el buen gusto y la recta conciencia de hacer en vida ediciones completas de sus obras poéticas. Respecto del Sr. Zorrilla, del Sr. Hartzenbusch, y del Sr. Espronceda, los tenemos ya coleccionados, si bien algo, á lo ménos en la iniciativa de su publicacion, tenemos que agradecer al ya difunto Baudry. La Academia Española ha compilado con ímprobo trabajo las producciones de dos poetas tan notables, como el señor D. Juan Nicasio Gallego, y el Duque de Frias. Balmes debe su monumento inmortal á la amistad del Sr. Córdova; y si hoy tenemos entero al sublime pensador Extremeño, el Sr. Donoso Cortés, que ha hecho européa la fama de la filosofía española, es porque el Sr. Tejado ha cumplido las obligaciones póstumas de la piedad literaria, con la exactitud de quien cumple un voto de religion. El amor filial ha pagado justo tributo á los talentos del elo-

cuente orador D. Joaquin María Lopez; el Sr. Rivadeneyra tuvo el feliz pensamiento de adelantar la posteridad para la vida preciosa del Sr. Quintana, y á la cooperacion del ya citado Sr. Marqués de Molins, no ménos que á la munificencia del señor D. Joaquin José de Osma, debemos la publicacion de las poesías del Sr. D Ventura de la Vega.

Pero ¿bastan éstas obras para llenar uno de los períodos más fecundos de nuestra historia literaria? ¿Cuándo verán la luz pública las ediciones de las de Argüelles, Reinoso, Musso, Lista y D. Javier de Búrgos? ¿Quién no desea, quién no se apresuraria á adquirir las obras completas de los Sres. Galiano y Martinez de la Rosa? ¿Quién no espera con ansia las del Sr. Pidal, y el complemento de las del Sr. Pacheco? Entre los vivos, ¿quién no desea tener las poesías escogidas, los dramas del Sr. García Gutierrez, los escritos varios, poesías y discursos de los Sres. Rios Rosas, Luzuriaga, Marqués de la Pezuela, Aparisi, Olivan, Escosura, los tesoros de erudicion y crítica de Duran, de Fernandez-Guerra, Pedroso, Caveda, sin contar tantos otros, de cuyos trabajos pudieran hacerse colecciones, ya bajo la vista de los autores, ya póstumas, gloriosas para sus respectivas profesiones, y para el renombre literario, un tanto oscurecido y olvidado en el dia, de nuestra Patria?

Entre tantos nombres, acaso la justicia de nuestros lectores haya echado de ménos uno, que no es posible ocultar ya por más tiempo á la pública expectacion. Hablamos del Excmo. Sr. D. Nicomedes-Pastor Diaz, tan prematuramente arrebatado á la historia política y á la literatura contemporánea.

El que estas líneas escribe, el que aspira á la honra de compilar los escritos de aquel ilustre publicista, y á la gloria de darlos á luz; si al hacerlo, satisface á un tiempo los deberes de su conciencia y los afectos de su corazon, no lo verifica ni por temeraria y estéril vanidad que le haga presumir demasiado de sus cortas fuerzas, á riesgo, por tanto, de malograr el éxito; ni tan á ciegas que se exponga á los inconvenientes de una eleccion equivocada, ni tan destituido de auxilios, que solo pueda contar con los propios, para llevarla á cabo.

De todo debe, de todo dará cuenta á los lectores; para que, excusando en parte su atrevimiento, en parte tambien le ayuden á sobrellevar la deuda de gratitud que ha contraido con los generosos auxiliadores de su empresa.

La iniciativa para ella débela á la espontánea, aunque tal vez equivocada, eleccion y preferencia del Autor.—Hallábase este en Turin en 1855, desempeñando allí la Legacion y Plenipotencia de nuestra Patria, cuando adoleció gravemente.—

«Creí, me dijo, dormir mi postrer sueño, cerca del »sepulcro de Silvio Pellico, asistido en mis últimos »momentos por su hermano, venerable Provincial »de la Compañía de Jesus; y en aquel postrer tran»ce se me acordaba, entre otras cosas, la concien»cia de hombre público y de escritor. Pensé, y creo »de nuestro deber, presentarnos á la luz tales como »hemos sido, tales como somos. Á la de la verdad »de aquellos momentos supremos, comprendí que »se nos ha juzgado con injusticia; que no somos »autores, acaso ni cómplices, de muchos males »que se nos han atribuido; y desde entónces de»cidí, ó publicar en vida la coleccion de mis obras, »si para ello encontraba salud y vagar; ó encar»gar á V., mi querido Fermin, que lo hiciese; y así »lo planteé con toda solemnidad. Vuelto á Madrid, »he pedido á mi hermano que no se resienta de esta »preferencia: es un encargo especial, que en nada »ofende, que en nada relaja mis vínculos de familia »ni con él, ni con los demás mios. De él, que tanto »quiere á V., no he recibido tampoco sinó aproba»cion y asentimiento. Pido, pues, y espero que V. »aceptará este piadoso encargo, y que si esta pu»blicacion se hace,—que sí se hará si V. la toma »á su cuidado,—la dedique V. en mi nombre, si ya »no lo he hecho yo, como pienso, á la Juventud de »mi Patria. Así, y solo así, llenará los fines de es-

»carmiento, de enseñanza y ejemplo, que con ella »me propongo, y aun los de esta solemne apela- »cion que ante ella provoco.»

Yo acepté con lágrimas este testamento, este fideicomiso literario, y atento desde su fallecimiento á cumplirlo, no he perdonado medios, no he dejado de llamar á todas las puertas para poder realizarlo. Voy á decir con júbilo y con profundo reconocimiento, las que he encontrado abiertas, las que se me han franqueado. Los lectores hoy, la historia literaria mañana y siempre, notarán por su ausencia los de corporaciones y personas que no designe. Soy encomiador y propagador de ajenas honras y alabanzas; jamás he sembrado quejas, ni cosechado agravios, ni promovido tempestades.

Ante todo ha sido la cooperacion franca, abierta, fraternal de la familia del Sr. Pastor Diaz. Hubiérala tenido en primer lugar, y muy poderosa, literaria, de su digno sobrino, ó más bien hijo de su talento, el ilustre jóven D. Isaac Pastor Diaz, á quien hubiera tocado atesorar y aumentar la herencia de su alta gloria literaria, si Dios no le hubiera arrebatado en espléndida juventud, para saciarle en mejor vida, en los veneros de su sabiduría. Deber muy grato es para mí consignar aquí su nombre, no separándole de su Padre el señor D. Pedro Pastor y Maseda, hermano político y al-

bacéa del difunto, á quien he debido la más cariñosa cooperacion en cuanto ha concernido á la formalizacion económica de la empresa.

Compañero del elevado escritor en el seno de la Real Academia Española, en union de los señores D. Cándido Nocedal y D. Antonio Ferrer del Rio, solicité para aquella su proteccion. La Academia, benévolamente acogida nuestra propuesta, nombró una comision que sobre ella le aconsejara; y de conformidad con su dictámen, sin incurrir por ello en responsabilidad, por lo mismo que la mayor y mejor parte de las obras del insigne Académico no son puramente literarias, acordó auxiliar generosamente su publicacion.

Animados con tan alto precedente, acudimos el Sr. Pastor y Maseda y yo al Congreso de los Diputados, de que era digno Presidente el Excmo. señor D. Antonio de los Rios y Rosas; y sin vacilar, y ántes, de una manera tan espontánea que dobla el valor del don y centuplica el merecimiento, se adhirió con largueza á nuestro proyecto. Á otras corporaciones que contaban en su seno al Sr. Pastor Diaz tambien nos hemos dirigido; en todas ellas encontramos respeto al difunto, suma benevolencia hácia nosotros; en algunas, promesas con cuya efectividad contamos, aunque no se hayan realizado todavía.

En cuanto á la colaboracion de los escritores hermanos del Sr. Pastor Diaz, no hay uno sólo que nos la haya negado; apénas es contado el que no nos la haya ofrecido amplísima. Tambien les debemos especial tributo de conmemoracion y agradecimiento.

Ante todo, séanos permitido citar al Sr. Pacheco. Á él, ántes que á otro alguno, la pedimos, sobre todo para la conclusion y correccion del importante libro sobre Italia y Roma. Faltaba coordinar y armonizar lo escrito en borrador, y llenar algunos huecos designados por el Autor, que dejaba apuntados los asuntos, y aun en algunos, las idéas capitales con que se habian de explanar. Creíamos que á nadie ántes que al Sr. Pacheco, estaba reservada esta honra. Y por tal la tuvo y aceptó; y cumplídola hubiera ciertamente, si su quebrantada salud, y sobre todo, las taréas anejas á su cargo de Ministro de Estado y á su Embajada en Roma, le hubieran permitido verificarlo. Proponíase ejecutarlo á su regreso de ésta..... mas ¡ay!..... que ya no había de volver á manejar la pluma el Comentador de las Leyes de Toro, el Presidente de la Academia de San Fernando, el ameno historiador del viaje de Italia! La muerte vino tambien á arrebatarle á la Patria, y á tantas, para siempre, malogradas esperanzas!

Á favor del escrito del Sr. Pastor Diaz, y por resultas del exámen que de él habia hecho el señor Pacheco, sólo quedaron su opinion, sus observaciones, sus consejos, á buena dicha, comunicados al que suscribe.

Con ellos y los manuscritos originales consultó éste á otra persona, más que ninguna, autorizada en la materia, al Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas; como que si en autoridad y cariño nadie rayaba más alto que él ni para el Sr. Pastor Diaz, ni para su modesto compilador, la circunstancia de conocer perfectamente el Sr. Rios el teatro de los sucesos, y el asunto de la obra, á Pio IX, á Roma, á Italia, y á sus principales hombres políticos, hacía indispensable su consejo y mediacion para el exámen y complemento de aquel.

El Sr. Rios Rosas, aquí como en todas partes, concurrió eficaz y poderosamente, con el auxilio de su elevada inteligencia y de su gran corazon: y si el compilador ha conseguido algo del acierto que en obra tan importante, más que en ninguna otra ha procurado, conservando en ella fielmente el espíritu, y las doctrinas y las opiniones del autor, éste y el público lo deberán, en su mayor parte, á tan feliz cooperacion.

Hála prometido tambien el Sr. Rios para los demás escritos políticos del Sr. Pastor Diaz, así como

el Sr. General Pezuela, Conde de Cheste, y los señores Nocedal, Hartzenbusch, Ferrer del Rio, Cánovas del Castillo, Fernandez-Guerra, Catalina, Fernandez, y Aparisi y Guijarro, todos Académicos de la Española, y que compartirán entre sí la gloria de escribir los prólogos que el autor dejó trazados en su plan de publicacion, pero que no tuvo tiempo de escribir.

Este mismo plan es uno de los más poderosos auxiliares que ha encontrado el compilador. El Autor ha determinado individualmente, artículo por artículo, cada uno de sus trabajos literarios y políticos que era su voluntad dar á la estampa. El público y el compilador deben felicitarse por ello. Aquel está seguro de que podrá contemplar al escritor bajo el punto de luz que él miraba como suyo: éste se encuentra resguardado y á salvo de los inconvenientes y peligros de la eleccion, que á veces pervierte el gusto, ó descarrila la falta de juicio ó del sentido íntimo que además de aquellos, se ha de tener para acertar, cuando se elige á nombre y por cuenta de tercero, á quien ya no cabe dirigir consulta ni pedir opinion.

Réstanos decir algunas palabras sobre el espíritu, que en general preside á esta publicacion.

El Sr. Pastor Diaz, que figuró en la escena política desde 1834, debía á su Patria este tributo de la

estimacion que obtuvo, este homenaje de reconocimiento á la posicion que ocupó. Por eso ha dedicado á la juventud estudiosa y entusiasta, las tareas de una vida y de una juventud, consagradas con entusiasmo y fervor al sostenimiento de los buenos principios políticos, y de las doctrinas literarias y filosóficas más puras y más simpáticas.

El Sr. Pastor Diaz dispuso además sus obras de manera que su conjunto ofrezca, al mismo tiempo que un cuerpo de doctrina, un monumento de histórica contemporánea. La política y la literatura tendrán en esta coleccion el puesto alternativo y á veces simultáneo, que han tenido en la existencia del Autor, inspirándose la una de la otra; influyendo la una sobre la otra; la una y la otra completándose y esclareciéndose; la una y la otra reproduciendo las fases de una vida,—y lo que es más interesante é instructivo,—pintando una época.

Esta época, literariamente hablando, no ha carecido de brillantez; políticamente considerada, ha ejercido una grande influencia en la situacion social y la tendrá en las evoluciones futuras de nuestra Patria. El Sr. Pastor Diaz ha tenido participacion influyente en los sucesos, en las tendencias de esta época, y ha querido dejar consignada la que le ha cabido en los trabajos, en las vicisitudes y en la responsabilidad que deja á las siguientes una ge-

neracion, que va á ceder su puesto á otra, nacida y educada en muy diferentes condiciones.

Observando al escritor, verásele entrar en liza, como á otros de sus hermanos, provisto de la armadura de una educacion séria, de una erudicion escogida, cuyo primer aprendizaje, como la de tantos hombres políticos de aquella época (1824 á 34), se hizo en el cláustro, ó á la sombra del cláustro.

Y sin embargo, si bien estos jóvenes carecen por fortuna de las preocupaciones anti-religiosa y revolucionaria del siglo pasado, no forma en manera alguna la base de aquellos entendimientos el espíritu, ni ménos el celo religioso. Traian ciertamente más fé en las idéas y más entusiasmo en el corazon, hácia la libertad política, que afanosamente buscan y conquistan para su Patria. Á medida que avanzan en su carrera, muchos desengaños sobrevienen, muchas ilusiones se pierden: la fé política dúra siempre, pero se debilita y decae, al paso que la idéa religiosa penetra y ahija cada vez más, hasta llegar á prevalecer y preponderar á ojos vistas.

Por donde quiera notaréis este giro en las opiniones, en las doctrinas, en los afectos de nuestro escritor. Lo hallaréis, por ejemplo, en las poesías: desde la *Epístola á Genaro*, de cuyos versos se han suprimido algunos, protestando, sin embargo, el

autor contra ellos, y desde los que escribe en una reclusion; desde estos, repetimos, á los que dirige á *La Sirena del Norte, Al Quince de Octubre* y *Al Acueducto de Segovia*, ¡oh, cuánto, con firme planta, ha andado por la senda del bien! En los estudios filosóficos, ¡cuánto, desde la cándida apreciacion de Fourrier hasta la elocuentísima impugnacion de las idéas que propagan el socialismo, hecha en la cátedra del Ateneo!

Y aunque en sus obras políticas, y sobre todo en su conducta, no haya habido tanto que reformar; aun cuando en todas las grandes cuestiones que han agitado el país, especialmente desde 1840, en la prensa, y desde 1843, en la tribuna, apenas haya negado su voz y su pluma á la noble y santa causa del órden y de los principios de autoridad y gobierno, ¡cómo sobresale su admirable escrito sobre Italia, y su último discurso como Ministro de Gracia y Justicia en el Senado!—Éstos han sido verdaderamente el canto del cisne: como si el escritor y el hombre de Estado aspirasen á completarse é interpretarse dignamente, mostrando al mundo, en la madurez de su juicio, su gradual perfeccionamiento, y la consecuente y adquirida seguridad de sus idéas.

Éste ejemplo, éste estudio proponemos á la Juventud. Ella entra no en mejores dias, no con tan-

ta fé ni con igual ardimiento; pero sí más provista de doctrina y enseñanzas, en el estádio de la vida pública. ¿Qué hará de la herencia de sus Padres, regada á veces con sangre, y sobre todo tan trabajosamente acumulada? Ella sin duda sabe de dónde viene, y dónde empieza; pero..... ¿sabe á dónde va? ¿á dónde podrá, á dónde deberá concluir?....

Sin embargo, no hay que arredrarse por la dificultad, ni descorazonarse por el peligro. La causa es santa, la empresa alta é ineludible. Dios ayuda siempre al bien, más de lo que generalmente se piensa. Así lo ha dicho por estos versos un jóven y malogrado poeta filósofo, de esta nueva generacion, y que acaso mejor que ningun otro recibió en ella esta suerte de inspiraciones, el Sr. D. Federico Bello y Chacon:

Sigamos, pues, nuestra fatal carrera,
El faro amigo sin perder de vista:
La nave es fuerte, y su Hacedor divino,
Puesta la mano en el timon, la guia!

Y volviendo á la Juventud, ¡dichosa ella y aun la Patria, si puede un dia provocar el exámen de sus idéas y de sus actos, presentando, como lo hace hoy el Sr. Pastor Diaz, igualmente su vida al juicio de los que han de venir!

Con lo dicho basta para exponer el pensamiento

que preside á esta publicacion. El poner de relieve las bellezas de cada una de sus partes, queda á cargo de los insignes Académicos que han de escribir los Prólogos; y fuera en mí tanto atrevimiento como imprudencia, intentar siquiera á anticiparme á hacerlo, con grave daño del lector, y mayor propio merecido escarmiento.

Para dar á conocer la vida del escritor, sin la cual apénas pueden apreciarse bien sus obras, se pone á continuacion una breve noticia biográfica, extractada de la que más bien lloré que leí en la Real Academia Española.

El órden que se ha de seguir en la publicacion será el siguiente, salvo alguna modificacion que se crea necesaria ó conveniente.

Italia y Roma.—Roma sin el Papa.

Poesías; comprendiendo, además de las publicadas en 1840, algunas otras excluidas de aquella edicion, ó escritas con posterioridad.

Álbum literario, que contendrá artículos críticos, filosóficos é históricos sobre varios asuntos y obras contemporáneas; el discurso de recepcion del Autor en la Real Academia Española: una novelita titulada *La Cita*, y dos biografías literarias, las de los Sres. Duque de Rivas y D. Javier de Burgos.

Los problemas del socialismo.—Esta obra, de las más notables del Autor, contendrá las Lecciones que

sobre cuestiones sociales y políticas pronunció con tanto aplauso en el Ateneo de Madrid en los años de 1848 y 1849; lecciones que hoy, cuando los errores del socialismo han penetrado tan profundamente en la sociedad, han adquirido mayor interés é importancia.

Memorias de una campaña periodística.—Coleccion de artículos y discursos políticos.

Diez años de controversia parlamentaria.—Coleccion de escritos políticos sobre las principales cuestiones y sucesos de nuestra historia política de 1840 á 1850. Tendrá por apéndice dos biografías de personajes bien distintos, y que representaron causas y partidos bien diferentes: el General don Diego Leon y D. Ramon Cabrera.

Formará la coleccion unos seis tomos. Aunque el compilador no cuenta hoy con todos los medios necesarios para darla cima, no se desalienta por ello. Emprendida para gloria de su Autor y bien de la Patria, y en provecho exclusivo de la familia de éste, espera lograr para tan nobles fines la cooperacion de personas y corporaciones.

Antes de darla á la estampa no se ha solicitado ni la de S. M. ni la del Gobierno, por causas fáciles de comprender. Esta obra, para que tenga mayor autoridad, debe publicarse así. Tiempo hay de que los que gobiernan, la patrocinen, á medida de

su bondad, y en proporcion del interés público que le encuentren.

Se cuidará de publicar en el último tomo la lista de los señores suscritores que honren, siéndolo, la memoria del Sr. Pastor Diaz.

Finalmente, para mejor completar el retrato moral del escritor, hemos creido conveniente insertar á continuacion el plan de las obras literarias que meditaba y se proponia escribir, de algunas de las cuales deja cuadros ó idéas sueltas. Él servirá á lo ménos para acabar de dar á conocer las tendencias de su espíritu cuando le sobrecogió la muerte; y acaso en algun ánimo levantado y generoso ponga deséo de aceptar la inspiracion como religioso y sublime mandato.

Así lo hiciera, si tanto valiese, el que suscribe; pero se contentará con decir:

Est aliquid prodiisse tenus, si non datur ultra.

FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

CUADRO

De las obras en prosa y verso que tenía en proyecto el Excmo. Sr. D. Nicomedes-Pastor Diaz.

POESÍA.

VIAJE EN VERSO POR CAMINOS EN PROSA.
MERIDIONALES.—Poema sobre mi viaje á Andalucía en 1848.
UN MAL DE NERVIOS, comedia.
NO ME HA DEJADO (Sevilla).—Drama de Alonso el Sábio.
EL KREMLIM.—Drama ruso.

LITERATURA Y FILOSOFÍA.

EL LIBRO DE MIS PENSAMIENTOS.
VIAJE ALREDEDOR DE MI VIDA.—Memorias de mi vida política.
PALABRAS EVANGÉLICAS SOBRE LAS CUESTIONES SOCIALES.
CARTAS DEL DOMINGO.—Una en cada él, sobre una cuestion moral ó filosófica, en sentido religioso.
EL ÚLTIMO DIA DEL MUNDO.
LOS SUPLICIOS.—Novela sobre un asunto de las Comunidades de Castilla.
UN CRÍMEN OLVIDADO.—Novela histórico-fantástica.

HISTORIA.

EL REY SANTO Y EL REY SÁBIO.—Ensayo histórico sobre el período que comprende la vida de San Fernando, III de este nombre, y Alfonso X.
ULTIMA HORA DE NAPOLEON.—Fantasía histórica.

NOTICIA BIOGRÁFICA

DEL

EXCMO. SEÑOR DON NICOMEDES-PASTOR DIAZ,

EXTRACTADA DE LA QUE SE LEYÓ

EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN CUMPLIMIENTO DE SUS ESTATUTOS.

Lo que hace mucho tiempo sobresaltaba los ánimos como negro presentimiento, hoy amarga realidad, embarga ya la voz y oprime los corazones.

El Excmo. Sr. D. Nicomedes-Pastor Diaz, el leal amigo, el eminente repúblico, el insigne Académico, ha dejado de existir entre nosotros; para él se han abierto ya las puertas de la eternidad. Á las nuestras ha venido á sonar otra vez más el inexorable llamamiento de la muerte, incesante renovacion de las cosas humanas, que al mismo tiempo lleva al hombre á la inmutabilidad de su sér, al sitio donde ya no cabe perfeccionamiento, ni se admite mudanza, ni se sufre alteracion.

Mas no se ejercen ahora, como otras veces, sus rigores sobre una vida colmada por la edad, que hayamos visto en triste contemplacion irse extin-

guiendo plácidamente entre nosotros. ¡Ay!.... El que hoy lloramos, si bien aquejado por largo padecer, ha caido, se ha eclipsado en completa virilidad, en lo mejor y más cumplido de sus dias, cuando más copiosa cosecha podía atesorar de merecimientos para sí, de glorias y consuelos para la Patria.

No es esto decir, no, que haya caido sin sazon, y que no deje en pos de sí inmenso rastro de luz. Ya lo ha dicho la misma Sabiduría, en palabras de eterna verdad, como suyas:

Vejez venerable
no lo es por más larga;
que no se computa
por años ni canas.
Mejor ancianía
la vida sin mancha! [1]

Y esa vida, en efecto, no solo fué siempre digna, no solo inmaculada como la que más, al abrigo de toda sospecha, y sin que en ella hallaran asidero ni la calumnia ni la envidia; sinó que la embellecieron exquisitas flores, la coronaron riquísimos frutos, la esmaltaron nobles hechos, la

[1] *Senectus enim venerabilis est non diuturna, neque annorum numero computata.*

. . . .

Aetas senectutis vita immaculata.

Eccl., cap. XIV, v. 8.

inspiraron grandes principios, la elevaron altísimas idéas, la purificaron generosos sacrificios, la ha santificado, en fin, una muerte ejemplar; llenándola toda entera el amor á todo lo bello, el entusiasmo hácia todo lo grande: la amistad, la familia, la ciencia, la poesía, el Trono, la libertad, la Patria, la Religion.

Bien lo saben sus amigos, sus compañeros, sus hermanos; los que con él compartieron los afanes de la peléa, los que con él esperaron saborear las dulzuras del triunfo, que harto ha huido de sus sedientos lábios, en esta vida penosa de renovacion y transformacion, que en nuestro siglo lleva el mundo, y España más que todo el mundo.

No, la nueva generacion que empieza á reemplazarnos, y para la cual todo es fácil y hacedero, no comprenderá nunca cuánta ha sido la lucha, cuánto el trabajo de los que le hemos abierto el camino, de los que hemos tenido que anudar lo que ya fué, con lo que irresistiblemente pugnaba por venir; época en que si en todo habia fé, tambien todo se puso en duda, y nada quedó que no se pasase por el crisol. ¡Dichosos al fin los que de él han logrado sacar intacta la fé en Dios, y no han llegado á desesperar de los hombres! Aquellos cuyo corazon no han envenenado los ódios, aun cuando los hayan lacerado la injusticia y la in-

gratitud; los que pueden pedir testimonio de sí á sus conciencias, y á lo ménos, dar cuenta á Dios y al mundo, de la pureza de sus intenciones!

Háilos ciertamente, para consuelo de la humanidad, para desagravio de nuestra época; y uno de ellos era el Sr. Pastor Diaz. «Creo (decía al que escribe estas líneas, en momentos de íntima confianza, en que con él hablaba como si hablase con su conciencia), creo que no se ha juzgado bien á nuestra época, ni se nos ha hecho justicia, ni á nosotros ni á nuestras intenciones; y á la amistad de V. confio yo lo que concierne á las mias y á mi nombre.» —Yo recibí este encargo de confianza; y este deber sagrado, y mi cariñosa y ardiente gratitud, son los únicos títulos que hoy me atrevo á invocar, cuando por breves momentos voy á ocupar la atencion del público.

Pero consignemos ya algunos datos relativos al objeto de estos apuntes.

Nació el Sr. D. Nicomedes-Pastor Diaz en Vivero, provincia de Lugo, diócesis de Mondoñedo, el 15 de Setiembre de 1811, de pobre, pero honrada cuna, cuya limpia fama, no solo conservó sin tacha, sinó que la ha devuelto acrecentada á la que le dió el sér, y á los hermanos que con él compartieron aquella.

Fueron sus Padres los Sres. D. Antonio Diaz y

Doña María Corbelle; aquel, oficial del cuerpo administrativo de la armada, y que andando el tiempo, ejercía la contaduría de Correos de Lugo cuando falleció.—Diez fueron los frutos de su venturosa union: dos varones y ocho hembras, todos los cuales vivian há pocos meses, hasta que en el espacio de cuatro, han fallecido aquellos dos: el Sr. D. Nicomedes-Pastor y el Sr. D. Felipe Benicio Diaz, Ordenador general de pagos en el Ministerio de la Gobernacion, laborioso é inteligente empleado, celoso Diputado á Córtes, y más bien que hermano, hijo y discípulo de su inolvidable hermano; y por todos estos títulos, y por su dulce, modesto y simpático carácter, universalmente querido de cuantos teníamos la dicha de tratarle.

No se extrañe que nos hayamos detenido en trazar el cuadro de éste modesto y tranquilo hogar paterno, que ha sido el de nuestro compañero hasta espirar. Él conservó siempre las tradiciones, y como que continuó la persona de su Padre. Su virtuosa Madre ha recogido su postrer aliento; sus hermanas, solteras las más, han vivido bajo su amparo; aun las casadas le han rodeado con sus cuidados. Algunas de aquellas le han consagrado su existencia; y los que le amábamos y tanto apreciábamos su valer, no podemos olvidar ni desprendernos de lo que era parte tan íntima y querida de

sí mismo, y en donde, por decirlo así, se sobrevive.

D. Nicomedes-Pastor (que tales fueron sus nombres de pila, aun cuando el último vino á formar despues, por el uso, parte de su apellido), principió á cultivar su inteligencia como á la sombra del clero, en su mismo pueblo natal, en el Seminario conciliar, en el cual eran notables los estudios clásicos, que amplió despues con los de filosofía en otro Seminario conciliar, el de Mondoñedo. No desmintió él nunca esta filiacion; y en ella está el gérmen, así del carácter severo y escogido de sus estudios y aficiones literarias, clásicos, por decirlo así, aun en medio del romanticismo; como de la constante ortodoxia de sus doctrinas, que habiéndole seguido en todo el curso de su vida literaria y política, ha consolado sus últimos momentos, y brilla con inextinguible luz sobre su sepulcro. Pasando despues á la Universidad de Santiago para hacer la carrera de leyes, como entonces se decía, la Pròvidencia, por sus inescrutables designios, valiéndose para ello de la disposicion que se dictó para cerrar las universidades, le trajo á Madrid, é hizo que concluyese los estudios de jurisprudencia en la de Alcalá, acercándole al teatro de los grandes futuros sucesos, próximos á estallar, y haciéndole adquirir amigos y auxiliares

entre la juventud inteligente y activa que en ellos habia de tomar la principal parte.

Tres influyentes patronos tuvo al presentarse en Madrid: el Sr. Varela, Comisario General de Cruzada; el Sr. General Latre, para las regiones del Gobierno; y el venerable Académico Excelentísimo Sr. D. Manuel José Quintana, para con la juventud literaria y política que en torno suyo se agrupaba. Allí conoció á los Sres. Donoso Cortés, Durán, Gallego, Vega, Olózaga, Espronceda, Larra, Estébanez Calderon (D. Serafin) y otros várlos. La amistad del gran poeta conquistáronsela sus versos, escritos, aún en temprana edad, con verdadera y tiernísima inspiracion, tomada de la naturaleza del país en que se meció su cuna.

La mediacion del General Latre influyó activamente en la carrera del Sr. Pastor Diaz. Al primer vislumbre de reforma, que fué la creacion del Ministerio del interior y el establecimiento de las Subdelegaciones de Fomento, debidos al Excelentísimo Sr. D. Javier de Búrgos, entre los auxiliares más activos y de más altas y cumplidas esperanzas que se procuró, lo fué el Sr. Pastor Diaz, que entró á servir como oficial segundo, y luego de primero, en la de Cáceres. Por aquel tiempo, planteándose el periódico *El Siglo*, fué uno de sus principales fundadores. En él contrajo con el señor

Pacheco la íntima y cariñosa amistad, que al través de largos años y vicisitudes, los unió hasta más allá del sepulcro.

Fundados por entonces *La Abeja*, por el Sr. Jordan, en la que escribian los Sres. Pacheco, Olivan y Breton de los Herreros, y *El Artista*, del señor Ochoa, en ellos y otros periódicos publicó el señor Pastor Diaz algunas bellísimas composiciones. Séame lícito citar entre ellas la oda *Á la Luna*, que me llevó á Sevilla la primer noticia del nombre, y la aficion y el deseo del poeta y del amigo; que no sin razon presentía yo que habia de serme tan tiernamente querido. No há muchos dias oíamos referir al Sr. Hartzenbusch, que el propio maravilloso efecto le causó oir al Sr. Pastor Diaz leer en el Liceo *La Sirena del Norte;* y que recuerda, como si ahora mismo los oyera, los sonoros versos con que concluye:

> No más oí de la gentil Sirena
> El concierto divino,
> Sinó el tumbo del mar sobre la arena,
> Y el bronco son del caracol marino.

Perdónese esta breve digresion: los que saben querer no dejarán de comprender la fuerza que encierran estos recuerdos, en que, hablándose de la vida de uno, se entreteje la de todos sus contemporáneos.

Lo que sin duda es de mayor interés, es apreciar la influencia que el nombre y el ejemplo de Pastor Diaz ejercía en el movimiento político y literario de la época.

Era, entretanto, 1836. El Excmo. Sr. D. Salustiano Olózaga recomendó á Pastor Diaz al Sr. D. Martin de los Heros, Ministro de la Gobernacion, y éste le hizo secretario del gobierno político de Santander, donde hemos recogido gratos recuerdos de su carrera administrativa. Eran sus servicios tan justamente apreciados, que aun cuando él, aleccionado por el sacudimiento político de 1835, no solo no participó del de 1836, sinó que ni le aprobó, el Excmo. Sr. D. Joaquin María Lopez, Ministro á la sazon, le hizo oficial del ministerio de la Gobernacion, y en 1837 fué nombrado Jefe político de Segovia por el Excmo. Sr. D. Rafael Perez.

Gloriosa fué, por lo mismo que difícil, su taréa en este cargo. Coincidió su nombramiento con la invasion del General Zariátegui, y sobre todo con la del Conde de Negri. El jóven Jefe político (contaba á la sazon veintiseis años) no solo salvó los caudales del Erario y de los particulares, y las alhajas de las Iglesias, haciéndolos encerrar y defender en el Alcázar, sino que quedándose en los pueblos invadidos, enmedio de los contrarios, ya al abrigo de su poca edad y menor representacion,

ya escudado de la proverbial é histórica lealtad de aquellos nobles castellanos—harto más difícil y digna de apreciar en tiempo de civiles discordias,—pudo comunicar con el Gobierno, y disminuir los males que les aquejaban. Quiso el Gobierno recompensar la importancia de aquellos servicios, siendo de advertir que el mando del valiente y laborioso Jefe en aquella provincia duró dos años, largo y nada frecuente período en empleos de suyo movedizos, y que en aquella época lo eran por extremo: Pastor Diaz solo quiso aceptar los honores de la toga en la Audiencia de Valladolid.

El 1839, siendo Ministro el Sr. Pita Pizarro, y cuando el primer ensayo de reunion en una sola mano de la autoridad de los Jefes políticos y de los Intendentes en la persona de estos últimos, el señor Pastor Diaz pasó á Cáceres con aquella doble investidura.

No vamos á tejer la historia política de aquel tiempo, ni ménos á juzgarla. Pero hay dos hechos de suma transcendencia, y que son tan característicos del Sr. Pastor Diaz, que no podemos olvidarlos. Es uno de ellos su manifiesto en 1839 á los electores de Cáceres, tan célebre entonces, y que apareció despues del tan famoso de Mas de las Matas; es el segundo su franca y leal aceptacion de la Constitucion de 1837, y sus enérgicos y constantes es-

fuerzos contra todo lo que volviese á abrir el período constituyente, cuyas discusiones son siempre tan estériles como peligrosas.—Este ha sido uno de los caractéres más marcados de su política, que ha proclamado siempre, lo mismo en 1839, que en 1843, que en 1845, y hasta morir. Buscó siempre una nueva era, y procuró y esperó siempre la fusion de los partidos; queriendo quitarles el pretexto y la ocasion de predominar exclusivos.

Esto le valió el nombre de puritano; por eso aclamó la *Union liberal*, y estuvo en la *disidencia*, y salió del Ministerio.

Tal ha sido siempre su constante propósito.

No es el nuestro calificar si en él acierta; á los sucesos toca revelarlo. Pero al fin, como quiera, siempre partió su conducta de los más generosos y patrióticos pensamientos.

Pero volvamos á 1840. Al estallar el famoso pronunciamiento de Setiembre, Pastor Diaz fué comisionado por varias personas para pasar á Valencia á ofrecer sus servicios á la Reina Gobernadora, y procurar el nombramiento de un Ministerio que satisficiese las necesidades públicas.

Hallábase en Valencia el Excmo. Sr. General D. Leopoldo O'Donnell, y entonces pudo conocerle. Como quiera, vuelto á Madrid, le valió ésto una prision de cerca de dos meses; y en ella su salud,

delicada siempre por constitucion, principió á adolecer. Encerrado en el cuartel de salvaguardias, no hallaron ningun cargo que hacerle; él en aquella memorable ocasion, cuando salian de Madrid desterrados los redactores efectivos ó presuntos de los periódicos, hizo en *El Correo Nacional* una campaña inolvidable en los anales de la prensa, cuyas batallas riñó al lado de su ilustre, íntimo é inseparable amigo el Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios Rosas. Ya libre de su prision, fundó con éste, el señor Pacheco y el Excmo. Sr. D. Francisco de Paula Cárdenas, una Revista política con el título de *El Conservador*, periódico de marcada influencia, de sanas doctrinas, y que aun no participando de los proyectos del alzamiento militar de aquel año, vino noblemente á la defensa de los acusados, y pereció en la demanda.

Adoleció gravemente de una artrítis el Sr. Pastor Diaz en 1841; adoleció mucho más, moralmente, por la sentida muerte de su digno Padre, á quien no veia desde 1832. Á pesar de todo, dictando en la cama, además del periódico, emprendió con el Sr. Cárdenas una coleccion de biografías, y escribió la del Excmo. Sr. Duque de Rivas, la del General Leon, la de Cabrera y la de D. Javier de Búrgos.

Á *El Correo Nacional* succedió *El Heraldo*, y sepa-

rándose de él posteriormente, fundaron *El Sol*, con nuestro amigo, los Sres. Rios Rosas y Tassara; y Pastor Diaz fué el primero que en él proclamó la necesidad de declarar la mayoría de la Reina, suceso inmenso, cuya iniciativa toda le pertenece.

En 1843 aparece casi impensadamente diputado á Córtes por la Coruña; y disueltas aquellas, vuelve con las nuevas, por la provincia de Cáceres, que paga este tributo al recuerdo de su entendida y celosa administracion. Posteriormente lo fué por Pozo-Blanco, en la provincia de Córdoba, y por Navalmoral de la Mata, distrito tambien de la de Cáceres. Aquí se presenta como orador, á no menor altura que como periodista. Su estilo, brillante siempre, tan rico en imágenes, que le hemos oido decir que le costaba mucho trabajo apartarlas de sí; de altos pensamientos, y profundo sin afectacion, revela al hombre de Estado, al paso que acredita al buen patricio, al desinteresado república, que no busca los propios medros, ni cultiva el favor de la pública opinion, ni aun el de los partidos; sinó que lo sacrifica todo en aras de la Patria, y todo lo aquilata en el crisol de su conciencia.

No volvió por entónces, en el largo período de nueve años, á ser empleado; pero el comercio de

Madrid tuvo el buen tacto de salirle al encuentro, y de brindarle con una honrosa posicion, la secretaría del Banco de Isabel II, que por entónces se estableció. Allí, y al frente del Real Consejo de agricultura, industria y comercio, que en 1847 reorganizó, ó más bien creó, apareció como estadista profundo, como economista hábil, á quien no solo eran conocidos los principios y los sistemas, sinó los hechos y los datos. Y es que los caractéres distintivos del talento del Sr. Pastor Diaz eran la clara intuicion, la variedad pasmosa, la originalidad, la flexibilidad, en fin. Aquella rica y poderosa inteligencia todo lo abarcaba, sobre todo se cernía; y aun desde su primera juventud, en donde para otros habia que evitar escollos ó recelar naufragios, él bogaba á sus anchas, y navegaba viento en popa, comprendiendo y aquilatando los más abstrusos sistemas filosóficos, y aprovechando y recogiendo cuanto era aprovechable. Especie de tacto moral, que á no muchos es dado, que por sí solo no alcanza el estudio, pero que tampoco sin el estudio se extiende y perfecciona.

El que de ello dudare, abra por donde quiera las páginas de su folleto político titulado *Á la córte y á los Partidos*, escrito en 1846. Sin pretenderlo, he anticipado acerca de este libro cuanto me permite decir en este lugar la materia á que corresponde.

En él hay predicciones, unas de las cuales se han cumplido; otras no faltarán cuando les llegue su hora.

Pero venimos á 1847, en el cual fué llamado para la Subsecretaría de la Gobernacion por el excelentísimo Sr. D. Manuel Seijas Lozano, y de allí á poco tiempo, y bajo la presidencia de su amigo el Excmo. Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco, al Ministerio de Comercio, Instruccion y Obras públicas. No es de este lugar, por no ser lato, exponer ni la causa de la formacion, ni la política de aquel Gabinete. Creemos que algun dia las conocerá el público, ó cuando ménos, las expondrá la Historia.

Pero sea lícito al que esto escribe, pagar aquí con lágrimas un tributo de gratitud al Jefe y al amigo; al amigo, que le llamó—no importa á dónde ni cómo; el pensamiento es un secreto de la amistad, el hecho fué que le llevó á su secretaría;—allí y en todas partes el Jefe no dejó nunca de ser el amigo; y el amigo, allí y en todo tiempo y lugar, fué siempre jefe del que mira como uno de sus más altos títulos de gloria, el haber logrado, el no haber nunca desmerecido su confianza.

Fácil me sería aquí, más que en ningun otro período de su vida, dejar correr la pluma, y decir lo que ví, lo que oí, aquello de que fuí alguna, aunque pequeña parte. Pero me lo prohibe el temor de

ser molesto, ó de aparecer apasionado. Me basta consignar dos hechos en disculpa de mi silencio.

Es el primero, que no hubo ramo alguno en la administracion que no se tocase y mejorase; ni la instruccion pública, ni la cuestion, gravísima entonces, de subsistencias, ni la moralizacion de las sociedades anónimas, de que tanto se abusó, ni la legislacion sobre aguas, ni la intervencion en la contabilidad de obras públicas; la creacion, en fin, del ramo de agricultura, la reclamacion de los de sanidad y aranceles, sin los cuales, y sobre todo sin el último, no puede hallarse completo aquel Ministerio: todo en el corto espacio de cinco meses, en que la cuestion política y la de Hacienda llamaban principalmente la atencion, y en que nuestra bandera entró sola por Portugal, orgullosa y bien llevada, á despecho de protestas, y á pesar de las notas y reclamaciones, hasta Oporto, llevando consigo la paz, y saliendo de allí sin dejar heridos ni enconados, y ántes amistados y benévolos, á pueblos en quienes hasta el orígen y semejanza es ocasion de injustificadas sospechas, y de envidias y de antipatías. Tambien el representante de Su Santidad, despues de largos años, fué recibido en España como en el pueblo católico por excelencia correspondia; y en la época de este Ministerio se poblaron las iglesias huérfanas, de sá-

bios y celosos Pastores, tales que ni uno solo dejó de merecer filial respeto y veneracion.

Ni podia olvidar el Sr. Pastor Diaz tampoco los establecimientos literarios. Testigos sean, entre otros, la Biblioteca nacional y la de la Universidad de Sevilla: á esta socorrió con amplitud; al frente de la primera, sin pretension ninguna de su parte, puso al Sr. Breton de los Herreros [1].

Baste finalmente añadir sobre esto que el departamento á cuyo frente estuvo el Sr. Pastor Diaz, y que á sus órdenes dirigian el Sr. D. Antonio Gil y Zárate y el Sr. D. Cristóbal Bordiú, recibió universales testimonios de pública aprobacion.

Pero era en 1847. En él obtuvo el Sr. Pastor Diaz un cargo, del cual no podemos hacer caso omiso. Hablamos de su nombramiento de individuo de número de la Real Academia Española, que se le confirió por unanimidad, y que será siempre en sus

[1] Dispuso tambien que los restos mortales del señor D. Félix José de Reinoso se condujesen á Sevilla, para ser enterrados en la Iglesia de su Universidad, en el mismo túmulo que los del Sr. Lista, y próximos á los de Arias Montano, Arguijo y otros claros varones. Porque es de advertir, que aquel bellísimo templo es á la vez un Museo y un magnífico Panteon de los más ilustres hijos de aquella escuela.—Por cierto que encargado, por Real órden, de aquella piadosa comision el que suscribe, aún no ha logrado llevarla á cabo.

fastos de grata recordacion. Fué á consecuencia de la acertada reforma que de sus Estatutos hizo el Sr. Marqués de Molins su actual Director, y á la sazon Ministro de Comercio, Instruccion y Obras públicas. En 18 de Marzo de dicho año de 1847, fueron electos Académicos los Sres. Olivan, Hartzenbusch, y Pastor Diaz. No puedo ménos de renovar la idea del discurso de presentacion del último. Decia el Sr. Pastor Diaz en 17 de Noviembre del propio año:

«Lo que no hubiera podido responder á la Aca»demia interrogándome, héme atrevido yo á inda»garlo en el pensamiento de la Academia. Al ser »indulgente y benévola conmigo, ha querido mos»trar tal vez la necesidad de serlo con la época que »corremos. No consagrando trabajos, sinó prohi»jando conatos y deseos, no ha querido, sin duda, »hacer una declaracion de ciencia, sinó calificar el »carácter de una existencia. . . . .

»Pero si dejando á un lado mi personal mereci»miento para hacerme cargo de consideraciones »más generales, aquella muestra de tolerancia pu»diera ser parte para caracterizar la condicion de »una época literaria, de camino que cumplia con la »obligacion de agradecerla, cuadraba maravillo»samente á mi propósito la tarea de explicarla; en»contrándome así naturalmente conducido á con-

»siderar hasta qué punto la participacion en los »negocios públicos, de los que cultivan las letras »y profesan las ciencias, puede ser causa ó síntoma »de decadencia en la literatura de una edad: hasta »qué punto el consorcio de las tareas políticas con «los trabajos del entendimiento, de la vida prácti- »ca con la especulativa contemplacion de la verdad »y de la belleza, puede ceder en detrimento de los »adelantos del saber, y rebajar los quilates de la »perfeccion ideal á la liga impura de las miserias »terrenas, de las pasiones mundanas, de los inte- »reses y necesidades materiales.»

Harto siento no poder seguirle en la demostracion de su tésis: voy solo á citar dos párrafos:

«Examínese con mayor detenimiento, dice, en la »succesion de sus vicisitudes, la historia de aque- »llas sociedades y de aquellas literaturas; y siem- »pre se encontrará el mismo resultado. Cuando la »profesion científica y la influencia política ó social »caminan separadas, siempre el saber decae, como »la preponderancia política declina. Siempre que la »civilizacion retrocede, la inteligencia y la accion »se dividen; los caractéres del sábio, del filósofo, del »literato, del estadista y del legislador se aislan, »se apartan y se divorcian.

»Por eso en los tiempos bárbaros este divorcio se »consuma. Artes y ciencias van á vivir en los yer-

»mos, y á refugiarse en los cláustros. Dos ó tres »veces que en los siglos medios aciertan á penetrar »en los palacios, parece que el hemisferio européo »se ilumina. Pero es una aurora boreal en la noche »de un invierno polar. Las tinieblas de la barbárie »vuelven. La inteligencia duerme. La conservacion »de las artes y de las ciencias en aquel aislamien- »to, es como la vejetacion debajo de la nieve. En lo »exterior reina una sociedad grosera, una gober- »nacion anárquica, un poder sin obediencia, una ley »inícua, la fuerza por razon de Estado, la vengan- »za por derecho del individuo. En la esfera intelec- »tual, la filosofía escolástica, las leyendas falsas, »la astrología judiciaria, la nigrománcia, la alquí- »mia, las mil visiones de la metafísica teológica, »engendrando otras tantas herejías. Al fin raya la »luz, Dios la trae. Algunas eminencias aparecen »coronadas de un vivo resplandor. No son ellas, »sin duda, los focos luminosos: bástales la exce- »lencia de ser las cumbres en que el nuevo sol dá »primero. A poco que se levanta, los hondos valles »la reciben.»

Y por último, concluye de este modo:

«Aquí—en la Academia,—como en la sociedad, el »estudio de los hombres consumados en las vigi- »lias de su gabinete, fecundará la viva enseñanza »que da la amarga experiencia del mundo. En este

»consorcio, señores, la política podrá recordar dia-»riamente á la ciencia, que la perfeccion moral del »hombre, y la mejora contínua de su condicion so-»cial es el final propósito de todo saber, de todo »estudio, de toda duradera inspiracion. Aquí la »ciencia podrá repetir todos los dias á los hombres »pagados en demasía de la importancia política ó »sobradamente preocupados de positivos intereses, »que nunca, sin esplendor literario y sin superio-»ridad científica, han alcanzado las naciones, por »gloriosas y prósperas que aparezcan, aquella su-»premacía de influencia moral, que es la verdade-»ra grandeza de los pueblos y de los hombres.

»La combinacion de estos dos principios, señores, »es el seguro de vida de toda civilizacion sólida, »como es el sello de perfeccion de toda consumada »literatura.»

Disimúlese esta cita. Ella recuerda la noble empresa del académico: ella explica porqué, al contemplar su vida, no he sabido yo ni podido dividir la política de la literatura.

Pero en el año 1848 hay otro acontecimiento político y literario en su vida, en que él confirma con el ejemplo sus doctrinas. Hablo del rectorado de la Universidad de Madrid, que por entónces se le confirió. Presentáronsele un dia los alumnos de cierta clase, en queja del profesor; y él, despues

de poner el conveniente correctivo, «yo tambien »(me decia) debo enseñar. Con este incidente, en la »situacion política y moral de Europa, en la inva»sion de las malas doctrinas, es mi deber protestar »con el ejemplo.» Y este orígen, esta noble y alta y patriótica explicacion tienen sus lecciones en el Ateneo contra el socialismo; lecciones que *leia*,—es decir, que llevaba escritas,—por evitar todo peligro de yerro propio en la improvisacion, y toda ajena y tal vez maliciosa interpretacion. Publicólas entonces *La Patria*, periódico de su ilustre amigo el Sr. Pacheco, y en cuya redaccion política, él, como funcionario de aquel gobierno, no podia tomar parte. ¡Lástima grande que su salud, constantemente delicada, no le haya permitido dar mayor desarrollo á aquel interesante trabajo! Pero tal como se halla, es uno de los mejores florones de su corona literaria y científica, que, salvando los términos de nuestra Pátria, debe darse á conocer en el extranjero, y que recibirá con avidez el público, que tanto las saboreó, y la juventud estudiosa, que siempre fué para Nicomedes objeto de tierna, especial y confiada predileccion.

Tambien empezó á insertar en *La Patria*, y logró concluir más adelante, una novela con el título *De Villahermosa á la China*. Siendo suya, mirada por él con paternal cariño, y, por lo que en alguno de sus

caractéres se trasluce sin dificultad, con el propósito de retratarse él moralmente, mal podia yo olvidarla en esta ocasion. Á pesar de su casi estudiada sencillez, transpira en ella el gran talento de su autor, su exquisita sensibilidad, sus fuerzas de gigante. Sin embargo, siento no poder aplaudirla sin reserva. Pero ¿qué importa una hoja de laurel ménos para quien ciñe tantos que no se agostarán jamás [1]?

Hablamos antes de las poesías, que dió á la estampa en 1840; y esas sí que le valieron una aureola que no se le podrá disputar mientras haya corazones que sientan. Es tierno y profundo y delicadamente elegiaco, pero no á la manera de Tibúlo, aunque él le recuerda; ántes parece que ha querido evocar los cantos de Ossian: en lo que es inmejorable, sin embargo, es en la pintura de la naturaleza: sus estrofas suelen ser cuadros. — Hé aquí lo que le dice su *Inspiracion* en la composicion que lleva este título:

De ébano y concha ese läud te entrego,
Que en las playas de Albion hallé caido;
No empero de él recobrará su fuego
Tu espíritu abatido.

[1] Conviene consignar que él no ha comprendido esta Novela en el cuadro de esta coleccion póstuma que hoy sale á luz.

El rigor de la suerte
Cantarás solo, inútiles ternuras,
La soledad, la noche y las dulzuras
De apetecida muerte.

No cito esos versos precisamente por buenos. En cualquiera de sus composiciones los hay mejores; en las que ántes citamos, y en otras muchas, de esos que no se olvidan jamás.—Pero no es á mí á quien toca hablar de esto. Cualquiera que sea el succesor que la Academia dé al dulce y melancólico poeta, al literato, al filósofo, al hombre de Estado, ese, que siempre será digno cuando para reemplazarle le traigan los votos de aquella; ese, quien quiera que fuere (séame dado esperarlo), hablará de su ilustre antecesor con voz más autorizada, y ménos parcial que la mia. Tendrá además una tranquilidad que yo no soy poderoso á imponerme. ¿Cómo he de hablar hoy, si no sé más que de lágrimas; si apenas puedo hacerlo sin que ellas ahoguen mi voz?

Y sin embargo, aún me falta recordar que Pastor Diaz fué Consejero de Estado en 1856, Senador del Reino desde 1858, y que representó á su Reina y á su Pátria en extrañas regiones. Hízolo en Turin, siendo testigo de la ardiente impaciencia de aquel pueblo, en un período de empuje en que aspiraba no solo á la libertad política, sino

á una gran existencia y á una vasta dominacion.

Él, allí, con la experiencia y el escarmiento de las revoluciones, pudo observar, pudo aconsejar, pudo, en fin, decir, y sin duda dijo, á su Reina y á su Gobierno lo que á los intereses de España y del mundo católico convenia. El Sr. Pacheco en su interesante libro sobre Italia dice lo que Pastor Diaz era en Turin. Él lo vió, él lo presenció: escrito está su juicio, y yo nada puedo ni debo añadir á él.

Pero sí debo, sí puedo averiguar lo que la fama pública dice de su residencia en Lisboa, en la cual conquistó las simpatías de la córte, las de los hombres públicos más notables, las de todo el país. Aún resuenan en él los sentidos acentos que, lamentando la prematura muerte de la Reina doña Estefanía, dirigió al Rey D. Pedro V de Portugal, á aquel Monarca que tambien pasó tan pronto, cuyo fin fué tan tierno, como que nacido y sentado sobre el trono, murió, más que de la enfermedad, del dolor que le causó la sospecha de haber involuntariamente causado la muerte á su hermano.

Los Sres. Fontes y Casal Riveiro, Ministros aquel de Gobernacion y éste de Hacienda del vecino reino, profesaron al Sr. Pastor Diaz una amistad verdadera, de esas á las cuales no alcanza el olvido, ni entibia la separacion.

¿Y sabeis la causa de la universal simpatía que

por todas partes rodeaba al Ministro español? No era solo, aunque entrase por mucho, su inmenso talento, la elevacion de su carácter, su consecuencia política, la pureza de su vida, su inmaculada reputacion: era que, como su Dios, y como digno representante de España y de su Reina, pasó haciendo beneficios y largas limosnas á españoles y portugueses; á aquellos, como su amparo allí, en nombre de la Reina; á estos, como huésped generoso y bien nacido; á todos, como cristiano y como caballero. Hacíalo públicamente y como de oficio, en las públicas calamidades de incendios é inundaciones que allí hubo en su tiempo: secretamente—y eran las más veces—en las privadas. En eso invertia su sueldo, que para tales cargos paga cuantioso el Erario; sin ostentar lujo, ni ménos escatimar de lo que pedia su decoro.

Así fué Ministro de Estado en 1856, poniendo su esperanza en Dios, y recibiéndole como Viático, ántes de echar sobre sus hombros—debilitados por la enfermedad, pero fortalecidos con el PAN DE LOS FUERTES—la entónces bien grave carga del Ministerio; y así tambien lo fué ahora, aunque en distintas circunstancias, tomando la cartera del de Gracia y Justicia. Quebrantado el ánimo, enflaquecidas las fuerzas por el reciente inmenso dolor de la pérdida de su hermano, se le exigió en nombre de

la Pátria y de la Reina, que se prestase á ser, con su persona, símbolo de reconciliacion, á salvar, á restaurar un principio que él habia creido digno y justificado.

No se le ocultaron, no, las dificultades de la empresa. ¿Qué digo dificultades? Veia él como imposible lo que tal vez el buen deséo de algunos les fingia hacedero; sin echar cuentas con que no se puede siempre todo lo que se quiere, y que no punzan las espinas, y punzan mucho, hasta que se las comprime con el tacto. No de palabra, por escrito formuló el Sr. Pastor Diaz las dificultades, la imposibilidad en que se hallaba de ceder á las exigencias que se le hacian. Nada ha sucedido despues, que él no hubiese previsto entónces; que no hubiese consignado de antemano en aquellos apuntes, que sus amigos han visto, y que no era posible pensar ni expresar con mayor lucidez.

¿Cómo aceptó, pues?—Porque Dios en sus inescrutables juicios le llamaba á sí, y era preciso que aquella fuese la causa determinante, exacerbado, con el afan de las luchas y de las cuestiones políticas, el dolor de la reciente pérdida de su hermano. Acaso era tambien preciso que el ilustre defensor del Pontificado, el que desde Portugal habia invertido en tan santa causa los ócios, ó más bien las treguas que le daban las angústias de su en-

fermedad, hiciese pública muestra de sus principios, como lo hizo en el discurso que pronunció en el Senado.

Fué sobre los derechos de estola y pié de altar; y con una franca, enérgica, sentida declaracion, vino á poner el sello á su conducta oficial y pública. Hízolo sin vacilar, con notable franqueza y resolucion. Dotó en seguida de un Pastor evangélico á la diócesis de Cádiz, el Rdo. P. Fr. Félix de Cádiz, del órden de Capuchinos, apoyando la alta indicacion de S. M. la Reina; y como si hubiese cumplido su mision sobre la tierra, no sin declarar antes que su presencia en el banco azul explicaba suficientemente los motivos de su venida, como quiera que él no podia estar en ningun lugar como tránsfuga, resignó, se retiró..... á morir, en el seno de su hogar, en los brazos de los suyos, al abrigo de esa misma Religion cuyo campeon se habia declarado.

Un mes duró su enfermedad, que su médico el Sr. D. Mariano Benavente, que de otro grave ataque le salvara en el año anterior, llamando á consulta al Sr. D. Vicente Asuero, calificó, con éste, de hipertrófia en el corazon, la misma, segun entiendo, que nos habia arrebatado al Sr. Donoso Cortés, cuyas palabras y hechos recordó alguna vez durante la enfermedad.

Pero no puedo dejar de hacer mencion de un hecho que encierra su último proyecto político y literario. Fué este á propuesta mia. Tratando varios amigos suyos de establecer una Revista moral, política y literaria, se le pidió, y él concedió sin la menor dificultad su cooperacion, que sin duda hubiera sido de las más poderosas y autorizadas. Aun no habiendo podido ser efectiva, si el pensamiento se lleva á cabo, sus amigos le considerarán presente. Nadie puede llenar allí el hueco que él prometió que llenaría [1].

Progresaba en tanto la cruel enfermedad, que no le daba tregua ni descanso, ni aún el último y más comun de todos, el de reducirse á la cama. Conocia él propio toda la gravedad de su estado; bien que meses ántes, cuando le hablaban de mudar de casa, decia: «Dejad que pase Marzo. ¿Qué sabemos lo que podrá suceder en Marzo?» Para que no se aprecie exageradamente este presentimiento, como que en todo hablamos la verdad,

[1] Así se hizo en efecto en el periódico La Concordia, que tuvo la honra de fundar y dirigir el que suscribe. El nombre del Sr. Pastor Diaz se citó constantemente el primero entre los de sus colaboradores, y en dicha Revista vieron la luz por primera vez diferentes fragmentos de la obra Italia y Roma: Roma sin el Papa, que en este tomo se contiene.

debemos decir que en Marzo fué tambien su ataque del año anterior.

Hablaba con frecuencia de la muerte, y del estado de su conciencia, sobre todo con su amigo el señor D. Miguel Sanchez, Presbítero. Finalmente, de él propio salió el pedir los Santos Sacramentos. Designó para confesar al Reverendo P. D. Antonio Zarandona, Procurador general de las misiones en Ultramar, de la Compañía de Jesus, despues de haberse convencido de que el P. D. Félix Cumplido, á quien pidió varias veces, no se hallaba en Madrid. Su preparacion para recibir el sacramento de la Penitencia y el sagrado Viático, fué de lo más edificante. Provocábase él á sí propio al fervor, recitando en latin diferentes oraciones de las que en la Iglesia se aplican por tercera persona, y que él se aplicaba á sí propio.

Rodeado de sus hermanas y de su hermano político el Sr. D. Pedro Pastor y Maseda, y de sus amigos más íntimos, entre los cuales, además de los ya nombrados, que no podíamos faltar, no debo omitir á los Sres. Marqués de Molins, D. Cándido Nocedal y D. Juan Valera, y á los Sres. Marqués de O'Gavan, D. José María Cláros, D. Pedro A. de Alarcon y D. José María Fernandez Jimenez, y algun otro, que no cito por no serme conocido, se consolaba con verlos siquiera, aun cuando no les pu-

diese hablar. El mismo dia en que recibió el sagrado Viático, recordó que por tercera vez lo habia verificado en su vida: « y aun otra cuarta, añadió, lo hice por mi sola cuenta, para hacerme cargo del ministerio en 1856, » como ya dijimos. Llamóle alguno la atencion acerca de que era dia del Arcángel San Gabriel, y contestó con natural gracejo: «Eso me recuerda un cuento de un Padre maestro, de grandes campanillas en su convento, que, hallándose enfermo le decia el Guardian:— Alégrese, Padre, que hoy es dia del Sr. Arcángel San Gabriel, Prepósito de la milicia celeste.— Á lo cual el enfermo, guiñando, contestó: — ¡Yo tambien he sido Prepósito, Padre!» Recitó asimismo con perfecta entonacion una octava de Valdivieso dirigida al Arcángel. Esto refiero como una prueba de la imperturbable serenidad de su ánimo; y porque las palabras y los ejemplos de los que saben morir, son dignos de recuerdo, para edificacion y ejemplo de los que hemos de seguirlos.

Continuó así el mal hasta el 21, ó más bien el 22 de Marzo de 1863, puesto que á la una ménos cuarto de la mañana, espiró, entregando su alma á su Criador, y dejando á los suyos hondos recuerdos y elevados ejemplos que no podrán olvidar.

Su entierro fué el 23, con cristiana modestia y decoro por parte de los suyos, y extraordinaria afluen-

cia de lo mejor y más elevado de la buena sociedad de Madrid. En especial asistieron casi todos nuestros Académicos, los hombres de letras y los políticos.

Descansa en el cementerio de la Sacramental de San José y San Lorenzo, en el nicho señalado con el número 397, fila cuarta de la primera galería, entrando á la derecha.

D. Nicomedes-Pastor Diaz llevaba sobre su pecho cinco grandes cruces: una española, la de Cárlos III; y cuatro extranjeras: la napolitana de San Genaro; la de Cristo, de Portugal; San Jorge, de Parma; San Mauricio y San Lázaro, de Cerdeña.

Era tambien individuo de la Academia de Ciencias morales y políticas.

Pero la mejor de sus glorias ha sido la honrada pobreza en que vivió, y con la cual ha muerto abrazado. El Ministro de la Corona, el Embajador de su Reina, el Secretario del Banco, el amigo de tantos ricos y felices del mundo, no se cuidó de atesorar, no hizo contratas, no compró bienes de la Iglesia ni de los pobres; fué, sí, siempre liberal, siempre consecuente. No está, pues, no, reñido con la Religion el espíritu liberal, como piensan algunos y se afanan por persuadir.

Ésta, que, con el elegantísimo poeta Arguijo, llamábamos *honrada pobreza*, es el aroma de la virtud del Sr. Pastor Diaz, y el elocuente ejemplo que

lega á sus contemporáneos; y una y otro y sus talentos son hechos en que todo el mundo conviene. Nosotros añadirémos á esta unánime conviccion un dato más. Este antiguo y buen servidor del Estado, que empezó á serlo, como hemos visto, hácia el año de 1833 ó 34, en el de 63 no contaba veinte años de servicio, ni ha podido, por tanto, llegar á reunir los 40,000 rs. de cesantía, siendo así que dia por dia deberia contar los treinta años, con cualquiera comision ó encargo de los que justamente sirven para adquirir derechos de activo, y que él ha conferido á tantos. Y es que cuando el Sr. Pastor Diaz no creia decoroso servir á un Gobierno, no vacilaba en retirarse, quedándose aun sin la ventaja de ganar tiempo para sus derechos pasivos, siendo así que su sueldo no solo habia de cubrir las necesidades de su persona, oprimida con sus dolencias y debilitada para el trabajo, sinó las de una Madre anciana, y de una familia tan digna como dilatada.

Con razon, pues, al decir de los periódicos, se trata de promover en las Córtes la declaracion de una pension á favor de esa Madre y de esas hermanas, que hoy son verdaderamente huérfanas, y á quienes Dios se ha servido retirar el apoyo de sus dos hermanos. Estas, si faltase la primera, quedarian destituidas de todo auxilio, y eso ni debe ni puede consentirse.

No lo consentirán, ciertamente, los principales hombres políticos, los de letras; en fin, todos los académicos de exquisita cultura y elevados sentimientos que forman parte de alguno de los Cuerpos colegisladores [1].

Mas si la Academia Española, á que el Sr. Pastor Diaz perteneció con tanta honra, no puede prestar á aquel piadoso y patriótico pensamiento otro apoyo que el moral, todavía me atrevo á proponerle otra cosa, que es de su particular incumbencia, y en la cual entiendo que no debe ni puede tener competidor, como que en cierta manera le pertenece.

Hablo de las obras de este su inolvidable miembro. Varios son los casos en que la Academia ha tomado á su cargo favorecer la publicacion de las que á su muerte dejan sus individuos. Así lo hizo con las del Sr. D. Juan Nicasio Gallego, con las del Sr. Duque de Frias, y más recientemente lo ha acordado con las del Sr. D. Agustin Durán. No que la Academia trate de lucrarse con ellas; que esto ¿cómo habia de suponerse? Es el postrer tributo de cariño que merecen el amigo, el hermano que se va; el respeto que se empieza á profesar á aquel

[1] Hízose en efecto una ley, por la cual en votacion unánime se asignaron 15,000 reales vellon de pension anual á su señora Madre y Hermanas.

que para el mundo, sólo ya en ellas vive, y para quien empieza el juicio de la posteridad. Ninguna de las familias de los fenecidos ha rehusado esta altísima honra. Aun aquellas que felizmente no estaban en el caso de admitir el subsidio pecuniario, se han gloriado con la proteccion de la Academia, de esta Madre comun, en la cual se refunden la gloria y la autoridad de todos; que á nadie rebaja por grande que sea, y hasta á los menores enaltece y alienta.

Pues bien: esa proteccion, ese auxilio, tales como sin duda son menester en este caso, es la que me atrevo á pedir por conclusion. Sin ellos, las obras del Sr. Pastor Diaz, algunas tal vez inéditas, casi todas agotadas ó esparcidas, no llegarán á formar un cuerpo en que viva para siempre su autor, y viva por la Academia. La gloria para ésta; el provecho, si lo hubiere, cubiertos los gastos, para la familia del escritor.

Si la Academia no pudiese reivindicar esta honra, de esperar es que nuestros más inteligentes y acreditados editores ambicionen la de contribuir á unir su nombre al del Sr. Pastor Diaz. Este hizo en vida el plan de esta publicacion, y me entregó el proyecto; yo le tengo á disposicion de su familia y á la de la Academia, y de quien pueda necesitarle.

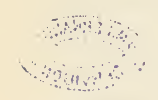
Y ahora, ¿qué más he de añadir? Al dar la última despedida, el LONGUM VALE al tierno amigo, al compañero y al Jefe, pedir por último á Aquel que dice:—«Yo soy el que hiere y el que consuela,»—que nos reuna en su seno, en el cual no cabe ausencia ni separacion..... y adonde no se puede morir!

Esto pedimos nosotros, *los que no queriendo que la posteridad deje de conocer á los que ya duermen*, escribimos estas noticias; *los que aún vivimos, los que somos dejados, y serémos arrebatados tambien sobre las nubes*, como dice el Apóstol.

¡Dichosos, pues podemos pedirlo; pues nos es dado añadir con este: ¡Ay de los que no tienen esperanza!

MADRID 26 de Marzo de 1863.

FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.



ITALIA Y ROMA:

ROMA SIN EL PAPA.



PRÓLOGO.

Muchas veces los escritores ascéticos han comparado al enfermo próximo á la muerte, con una plaza sitiada por invencible y cruel enemigo, pronto ya á apoderarse de ella. Caen por todas partes los embestidos baluartes, el combate no cesa, la lucha, por desesperada no es ménos cruel, los asaltos se alcanzan unos á otros; ninguna esperanza hay de exterior socorro, y en lo interior todo es llanto, desolacion y ruinas.

Nadie mejor que los que asistiamos en sus últimos tiempos á D. Nicomedes-Pastor Diaz, pudimos juzgar de la exactitud de esta pintura: uno tras otro se lastimaban y paralizaban sus miembros; el dolor siempre vivia permanente; ninguna esperanza en los exteriores auxilios de la ciencia, y las noches sin sueño, y los dias sin alivio, y las angustias de la agonía á cada momento; el alma sola velaba, acongojada, pero firme.

Pues bien: si en aquel conflicto al mísero defensor se le ofreciese lugar seguro en que poner á salvo cuanto quisiera; de cierto que en tal sitio encerrara no solo su caudal y alhajas, sinó los primores del arte, los escritos importantes, los títulos de propiedad, y más que nada, las prendas de su puro amor y los venerados objetos de su culto.

Arrasada luego la ciudad, pasados á cuchillo sus moradores, ¡feliz quien entre las cenizas encontrara el escondido tesoro! que fácilmente formaria idea cabal del modo de ser y de sentir de quien lo ocultó, de sus creencias y de sus afectos.

Así aprecio yo el escrito que hoy sale á luz, y que con buen acuerdo coloca en el primer lugar entre las obras de Pastor Diaz su celoso compilador. El insigne varon, no solo aquejado por tenaz y dolorosísima enfermedad, sino desengañado del mundo, y cierto de su próximo fin, parece como que quiere poner á salvo en el sagrado de este libro todos los tesoros de su alma; su fé sólida, su razon ilustrada, su imaginacion riquísima, la piedad de católico, las joyas de poeta, el caudal de historiador, de filósofo, de estadista; cuanto heredó de la naturaleza, cuanto adquirió con el estudio; y aun no sé qué cuadros más vivos á la vez y misteriosos, iluminados casi con la luz de la eternidad.

El lector que atentamente recorra estas páginas, bien satisfecho puede estar de que conoce á Pastor Diaz, y de que le ha visto en el punto culminante de su elevacion.

Pastor Diaz, que habia nacido y crecido en un hogar católico; que mancebo habia hecho sus estudios en las escuelas clásicas; que hombre de Estado habia presidido en distintas épocas los Ministerios donde radican nuestros asuntos diplomáticos y los de nuestro único culto, de nuestra justicia y de nuestra instruccion pública; que como diplomático, en fin, habia visitado y tratado de cerca las ciudades y los hombres de la Italia contemporánea, no podia ménos de dar preferente atencion al importante problema que, afectando al mundo y á la eternidad, se ventila en aquel reducido espacio, en plazo limitado, y con apremio grande.

Al estudio de ese grave asunto dedicó, pues, los mejores años de su vida; los mejores, porque aún vivian en su alma las flores de su primera juventud; y herido y roto y (permítaseme decirlo) triturado el cuerpo, desprendido por tanto de mezquinos intereses ó de voluptuosas ligaduras, dejaba á su alma levantar el vuelo sobre los horizontes de la historia y de la filosofía; y ver, y medir, y dibujar clara y correctamente á ROMA y á ITALIA; y

adivinar y bosquejar en lontananza lo que puede ser la ciudad, que aspira al nombre de Eterna, si no la habita el Hombre ó el Poder á quien está prometida infaliblemente la eternidad.

En dos partes, por tanto, dividió su trabajo: ITALIA Y ROMA se titula la primera; ROMA SIN PAPA es el nombre de la segunda. En la primera parte, que es necesariamente retrospectiva, prueba que Roma es mayor que Italia, no sólo en su vida histórica, sinó en su mision providencial; porque Italia fué provincia y Roma Estado, como que Italia es el país *Che il mar circonda e gli Alpi*, y Roma es el imperio que no tiene límites; porque Italia obedece la ley de su autonomía, y Roma guarda la ley de la civilizacion del mundo; porque en Italia, en fin, la libertad es parcial, la unidad es peninsular, la independencia es anti-austriaca; y para Roma, libertad quiere decir emancipacion humana; unidad quiere decir sede universal; independencia quiere decir exencion de todo poder. ¿Qué entiende Roma de libertad, pues es soberana? ¿Qué de unidad, pues es sola? ¿Qué de independencia, pues es señora?

Despues que Pastor Diaz ha examinado en la primera parte de este escrito la primacía y la universalidad de Roma, como ley providencial incontrastable y como hecho histórico patente; despues que ha descrito la carrera que por el cielo de Ro-

ma y del mundo han seguido César, y Carlo-Magno, y Cárlos V, y Napoleon, esos grandes planetas de la historia, justo es que recoja la vista, como aquel que concentra y fija la mirada para distinguir mejor una constelacion nebulosa, y analizar la posibilidad de su existencia en el equilibrio del orbe, y medir su distancia, y calcular su curso; deja, pues, á Roma y á su imperio

La quale, e il quale (a voler dir lo vero)
Fur stabiliti per lo loco santo
U' siede il successor del maggior Piero,

y se fija en esta Roma, predestinada para Sede del Pontífice, segun Dante, y en esa otra Roma sin Papa, que, cual cometa misterioso, ó como estrella pasajera, columbran algunos.

«Italia sin Roma, me decia poco tiempo há un hombre de Estado de la Gran Bretaña, es para mí »como Inglaterra sin mar.» Y esta proposicion, que se aventuraba quizá con objeto muy diverso, es la definicion exacta de lo que seria Italia huérfana del Pontificado: quizá parezca poética la expresion; el sentido es matemáticamente exacto.

El mar que aisla á Inglaterra, no solo es su defensa, sinó su ser; hace inexpugnables sus costas, pero más aún hace universal su influencia.

Roma es la barca de Pedro, surta hoy en el Tí-

ber como antes en Genesareth, pero rodeada del mar; del mar que durará hasta la consumacion de los siglos; que se extiende por todo el ámbito del mundo, insondable, inmenso, el mar de la creencia católica, de la civilizacion cristiana. Ese mar trae á Italia, en encrespadas olas y récios huracanes, borrascas, tempestades, heregías, conquistas, guerras..... pero lleva de Italia, y desde Italia á todo el mundo, el comercio salvador de la verdad, el santo influjo de la caridad evangélica.

Suprimid con la mente el Océano que baña las islas inglesas, y ni tendrán riqueza, ni influencia, ni existencia.

Suprimid á Roma con la barca de Pedro, anclada en el Vaticano, y con el mar de la cristiandad que la rodea; y entónces Italia, como las pirámides, se asentará en un mar de arena, y será olvidada y esclava.

Volviendo á la obra de Pastor Diaz, tengo una satisfaccion en reconocer que en esta parte de la cuestion, en que parece que el Autor habia de ser arrastrado por su entusiasmo de católico ó por su imaginacion de poeta, es donde más gala hace de su razon de estadista y de su frio cálculo de político. Como si temiese acusaciones de parcial ó de apasionado, se resigna un momento á ser utilitario; y dejando aparte la historia y la humani-

dad, que Roma sola comprendió y preside, se limita á ser italiano: y en tal concepto demuestra que la gloria, la conveniencia, la necesidad de Italia, su modo de ser y su medio de durar y de influir, dependen de Roma; de Roma, libre como en la antigua República, soberana como en el grande Imperio, independiente como en el Pontificado.

No se crea que, limitándose en la primera parte á generalidades elocuentes, y en esta segunda á abstractas combinaciones, no propone soluciones prácticas.—Pastor Diaz, hombre de fé y de inspiracion, católico y poeta, volaba con sobrada elevacion para que no extendiese mucho su mirada: por eso generaliza y hasta canta; pero Pastor Diaz, hombre de Estado y moribundo, se acercaba demasiado á la tierra, y tocaba harto próxima la verdad material y la eterna, para que dejase su obra sin conclusion verdadera y práctica.

Cuál sea esta, la verá el lector.

Si es español y católico, gloríese de que su compatriota ha luchado por la misma causa, con las mismas armas y no con ménos honra que los Dupanloup y los Manning: si es italiano, quizá inscriba el nombre de nuestro Académico en el catálogo en que brillan Gioberti, Manzoni y Azeglio, defensores, no de *una Iglesia libre en un Estado libre*, sino de *una Roma, de un Pontificado independiente, en me-*

dio de una Italia libre: una trinidad latina con su Primado italiano. Si el lector, en fin, no ha nacido en ninguna de las dos Penínsulas latinas, pero como hombre, al cabo, admira el talento y busca la verdad, párese un poco, y verá cómo una mano trémula por la dolencia postrera, escribe trozos de sublime y enérgica elocuencia, y cómo ojos entornados ya por el sueño de la muerte, penetran avizores á sondear los abismos del porvenir.

Ocasion fuera esta de copiar trozos que justificaran semejante juicio: alguno, además, como si fuese iluminado por luz superior, presentaría anunciados y previstos, años hace, el engrandecimiento de Prusia, la nueva division Germánica, la humillacion de Austria, la *cesion oportuna* de Venecia, y hasta las perplejidades que hoy agitan al que quiere optar entre una Roma liberal ó una Italia anti-católica. Pero quien esto escribe, se propuso, desde que tomó la pluma, no manchar con sus repeticiones el escrito magistral de Pastor Diaz; no analizar, no comentar, no copiar una frase siquiera de un libro, que por el grave asunto de que trata, por la dolorosa ocasion en que fué escrito, hasta por la época solemne y suprema en que aparece, no debe ser desflorado con irreverentes mutilaciones, ántes bien respetado en su imponente integridad.

Si con esta conviccion, si á pesar de ella y enmedio de secreta y casi invencible repugnancia, tomo la pluma, y á la carrera, tras largo meditar trazo estas líneas, es con dos objetos meramente: el primero, explicar el porqué una obra, la última en el órden cronológico, y quizá no la más perfecta en el literario, ocupa con justicia el primer lugar en la coleccion que hoy se dá á luz; y el segundo, el de pagar un homenaje de cariño y un recuerdo de altísima estimacion al hombre á quien, mientras vivió, tributó fraternal amistad, y ya en el reposo de los justos consagra admiracion piadosa

El Marqués de Molins.

ITALIA Y ROMA:

ROMA SIN EL PAPA.

ITALIA.

INTRODUCCION.

I.

La historia de Italia es la historia del mundo casi desde la fundacion de Roma, y más principalmente desde la primera guerra púnica. Es la historia de la legislacion y de la política, de las armas y de las letras, de las artes y de las ciencias, de la civilizacion y de la Europa entera. Desde el siglo de Augusto es la historia de la Religion y del Cristianismo, la historia de las tiempos modernos, la historia de las razas y de las revoluciones que han fundado todos los Estados y Monarquías que existen en Europa.

Todo hecho, todo hombre, todo capitan, todo artista, todo sábio, todo Santo, han venido ó pasado por Italia. Toda ciencia ha nacido allí; toda institucion se ha ensayado allí; toda obra maestra de arte se ha inspirado allí; toda ley ha sido allí promulgada; toda política ha tenido de allí su orígen; todo descubrimiento humano ha necesitado, si no para nacer, para desenvolverse y tomar posesion de la tierra, la fecundacion de aquel suelo.

Aníbal no hubiera sido gran General si no hubiera batallado en la patria de los Escipiones. Los códigos mo-

dernos están hechos de las Doce Tablas. De Virgilio al Dante, y del Dante á Manzoni, la cadena de oro de los poetas européos cuenta tantos brillantes como poetas italianos. Shakespeare y Milton, Cervantes, Byron y Goëthe no serian lumbreras de la literatura européa si no los hubiera iluminado el sol de la Italia. Copérnico fué de Polonia á Italia, para ver desde lo alto del Capitólio cómo estaba construido el universo. Galiléo sintió en Italia cómo rodaba bajo sus pies el planeta en que habitamos. Despues de Puffendorf, de Grocio, de Montesquieu y de de J. J. Rousseau, todavía se lee con avidez á Machiavello.

En el molde enciclopédico de Ciceron habian de modelar la Italia cristiana Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura. Vico dió leyes á la historia, antes que Bossuet y de Ballanche; pero estos filósofos no hubieran tenido texto á sus prodigiosas lecciones, sin Tito-Livio y Guicchiardini. El grabado inicia en Italia la imprenta. Giotto y Cimabuè pintaban, y eran ya génios de la pintura, en los bárbaros siglos en que Dante iba á crear la lengua de la poesía. Dos siglos despues, Rafael habia trazado con su pincel los últimos límites de la pintura ideal, haciendo bajar á sus tablas á la Reina de los Ángeles como está en los cielos; y Miguel Ángel habia señalado en éstos el último punto á donde el hombre puede alzar un altar al Dios verdadero.

La Providencia quiso que la Madre del antiguo mundo fuera la que primero tuviera la revelacion del Mundo Nuevo. Cristóbal Colon y Américo Vespucio eran italianos.

Pero ¿qué mucho que cupiera á la Italia la revelacion de un mundo, cuando quince siglos ántes le habia sido

dado el poder de hacer á la Europa la revelacion del cielo? Si Colon y Américo dieron al globo su mitad, y á esta mitad un nombre, de más alta maravilla fueron instrumentos los que vinieron á decir al hombre: "tu destino no es de este mundo;" los que vinieron á enseñar en la cátedra universal del derecho humano los principios del derecho divino.

Jesucristo, subiendo á Sion sobre la más humilde cabalgadura, para morir bajo el poder de un Pretor romano, parece que quiso escarnecer el orgullo de la ciudad primitivamente predestinada. Cuando subió al Calvario para atraerlo todo á sí, la Cruz reflejó en el Tíber los resplandores que aún habian de ver tres siglos despues las legiones de Constantino. Desde el Gólgota miraba al Capitólio, y legaba el imperio de la nueva ley á San Pedro. Á Jerusalen la condenó á la destruccion y á la barbárie. Donde habia de resonar eternamente su palabra, era en Roma. Jerusalen no es más que el sepulcro de Cristo: el cristianismo es la cátedra de San Pedro. San Pablo recibe en Damasco la mision de evangelizar á los romanos, y desde entonces hasta nuestros dias, la transfiguracion y regeneracion del mundo se llamó Iglesia católica; y el mundo que se prosternó ante el Pontífice romano, fué la cristiandad toda entera.

Desde entónces la autoridad, el prestigio y el nombre de la ciudad del Tíber no tuvieron límites ni barrera; y la Italia, como el peristilo de un gran santuário, pudo ser hollada, despedazada, dividida, dominada, cargada de hierros, regada de sangre, inundada del llanto de todas las desventuras de la tierra. Pero por toda la redondez del globo, víctimas y verdugos, vencedores y vencidos, pueblos y soberanos, acataron su autoridad, doblaron el

cuello á su ley, se humillaron ante su poder, hicieron ante ella penitencia de sus crímenes, ó abjuracion de sus errores, y tuvieron vueltos los ojos siempre á aquella tierra sagrada, para consultar los oráculos de la eterna sabiduría, para recibir las inspiraciones de la eterna belleza, para aspirar á la apoteósis de su santidad.

Cuando los Griegos, y los Turcos, y los Tártaros pasaron por el Asia, no quedó nada de sus succesivos Imperios. Cuando los Romanos, y los Turcos han devastado la Grecia, nada queda de sus artes, de su destino. Cuando los Árabes han plantado sus tiendas en Egipto, cuna de todas las civilizaciones antiguas, queda el Egipto tan sepultado como sus momias, y su historia tan incomprensible como sus geroglíficos. Cuando todas las hordas de bárbaros han caido unas tras otras sobre Italia en una depredacion de más de dos siglos, la Italia no muere, no desaparece, no se despuebla, no abdica, no pierde importancia, no amengua en influencia.

Allí donde más feroces y numerosos se derraman los bárbaros, allí no hay nunca barbárie. Allí donde más espesas parece que debian condensarse las tinieblas de la ignorancia, allí no se extingue nunca la vida de la ciencia ni la luz de la sabiduría. Allí donde los furores combinados de la codicia y de la destruccion se ceban en las obras del arte, allí el arte no muere, y el lujo no se acaba; la industria no retrocede, y los siglos medios continúan en aumentar nuevas maravillas á la conservacion de las antiguas. La que recibe más numerosos y más feroces conquistadores, conserva más el lujo, las industrias, los trajes, la lengua, la cultura de la civilizacion, en todos los demás paises destruida.

Allí donde se levanta é impera tanta tiranía, allí es

donde más vive, y se agita, y se desenvuelve el espíritu de libertad: allí donde se destruye el grande imperio que peleaba con todo el mundo, cada república que se levanta, sigue guerreando fuera, y conquistando sola: allí donde se ahoga la independencia, cada Estado crea una soberanía. Allí es precisamente donde se conserva el tesoro intacto de las leyes civiles; la tradicion de las instituciones sociales; el hábito y la posesion de las costumbres políticas. Allí donde más corrió la sangre de los mártires, y más hecatombes de víctimas hizo el hierro de las persecuciones, allí tiene su asiento y pone su cátedra la enseñanza de la Religion, y la santidad del Evangelio. Allí, de donde huyeron los Emperadores, los Reyes bárbaros dejan su sólio á los Pontífices.

Allí se celebran los concilios, y las instituciones religiosas tienen su centro y sus gerarquías. Allí se construyen por todas partes maravillas de catedrales, y al lado de los castillos, portentos de palacios. Allí, donde van los cruzados á bendecirse, van los sábios á hacerse doctores. Allí donde van á guerrear los condottieros, van á fundar santuarios los monges. Allí irán los Agustinos, los Benitos, á fundar órdenes religiosas; y allí vendrán en otros dias San Francisco de Asis, y los hijos de Santo Domingo. Allí, entre el estruendo de la guerra, al lado de los santuarios del ascetismo y de la piedad, y enmedio de las convulsiones de la tiranía, la ciencia dilatará su imperio tanto como la Religion, y nacerán tantas universidades como santuarios. Allí vendrán al mundo los Tomás de Aquino, y San Buenaventura, y Pedro Lombardo, y Pico de la Mirandola, y todos los doctores de Bolonia, y toda la Universidad de Pavía, y los profundos políticos de Venecia, y los de Génova y Pisa.

Allí los mismos errores, y los sistemas más temerarios tendrán sus apóstoles y representantes; allí Arnoldo de Brescia primero, y despues Savonarola, vendrán delante de Lutero y Calvino; y Campanella y Giordano Bruno antes que los socialistas modernos. Allí donde parece que reina tanta depredacion y anarquía, se alzarán los más espléndidos palacios, los más maravillosos jardines: aquella region devastada florecerá en cultivo esmerado, y será cruzada de canales; y esa zona de tierra que faldéa los Alpes, por donde bajan todos los conquistadores, y donde se dá el mayor número de batallas, es, por una rara maravilla, la zona de tierra donde en igual direccion y extension, la Europa cuenta el mayor número de ciudades florecientes.

Italia recoge toda la grandeza, toda la autoridad de Roma. Como aquellos monstruosos reptiles, cuyos miembros desunidos y cortados conservan cada uno movimiento y vida, así parece que se multiplica, despues del gran cataclismo de la barbárie, la prodigiosa vitalidad del desmembrado coloso. Italia subyugada, no deja de ser la Italia señora. La púrpura de los Emperadores de Oriente tiene que teñirse en las aguas del Tíber. Las águilas de todos los ejércitos de Europa continúan tomando vuelo desde el Capitólio. Los conquistadores que llegan sedientos de sangre y de venganza, no aspiran á más alto premio que á recibir los favores y la adopcion de la vencida. Pero ella no recibe ni aclimata, como la Francia, la Inglaterra y la España, ninguna dinastía bárbara. Teodorico pasa, Odoacre pasa, los Lombardos pasan.—Ella no quiere dejar de ser latina, ni recibir la soberanía que ella no dé.

La Roma del bajo imperio; la Ravena de los exarcas; la Monza de los Lombardos; la Nápoles de los Parteno-

péos; la Milan gáulica; la Florencia etrusca, se disputan, bajo los nuevos señores, la primacía universal ó la influencia local que ellos mismos fundan en los títulos de sus nuevos dominios. Alarico, Ricimer, Odoacre, Albóino, Teodorico, son grandes entre los bárbaros; fundan imperios, reparten las provincias, desafian á los Emperadores de Oriente, porque reinan en Italia, y porque Italia es Europa. Ataulfo funda la monarquía gótica de España, porque la recibe como dote de una hermana de Honorio, y se desposa en Barcelona, hablando la lengua y revistiendo el traje imperatorio de los Césares. Atila decae y muere, y pasa como un sangriento metéoro, porque ha tenido pavor de enseñorearse de Roma. Cuando quiere aspirar al imperio, se presenta como llamado por una princesa imperial. Al abandonar á Italia, dejaba en ella un Pontífice santificado con sus terrores, y una colonia de fugitivos de sus armas, que habian de continuar en los pantanos de la Venecia la república de los antiguos patricios.

Cuando todas las naciones bárbaras se reunen para lanzar de su seno á aquel nuevo mónstruo, precursor de Gengiskan y de Timur, es todavía un caudillo general de Italia el caudillo á quien obedecen. Las Gálias del Mediodía continúan en ser italianas, á despecho de los francos del Sena. Y en toda la inmensa vega del Danubio, las colónias de Trajano conservan, á través de los Hunnos, de los Germanos, de los Ávaros, de los Esclavones y los Tártaros, aquel sello indeleble, que llega á nuestros dias con un cuño tan tenazmente italiano, de raza, de lengua, de derecho y denominacion. En el cáos anárquico de la barbárie, toda luz, toda ley, toda salvacion, toda vida, toda autoridad viene de aquella tierra

saqueada, vencida, pero cada vez más inagotable, cada vez más fecunda.

Cuando las tinieblas se condensan, y la barbárie parece tocar á sus últimos límites, y se siente en el mundo la necesidad de que haya un centro de unidad despues de tanta lucha, un principio de organizacion entre tanta energía, y una eminencia de superioridad entre tantas individualidades feroces, y entre tantas tiranías anárquicas, la Italia llama al caudillo de los Francos, y al debelador de los nuevos Germanos, para encomendarle la tutela de la Europa; y el Pontífice le aclama Señor del mundo y succesor de los Césares. Pero Carlo Magno no se cree señor del mundo y soberano de todos los pueblos y tríbus nacidos del consorcio germano-latino, sino cuando un succesor de San Pedro ungió su cabeza en la ciudad de Augusto; y cuando la Italia adoptó por hijo de los Césares al que se arrollidaba á los piés de su pueblo y de su Sacerdote, para recibir de manos italianas la corona restaurada del que, con tan altas miras y tan grande autoridad, se denominó Santo Imperio.

Mas ¿qué mucho esto, si Pipino, para ser Rey de Francia, habia sido primero Patricio de Roma, y consagrado por Estéban III? Desde entonces, franca ó germana, la Italia no cesa de conservar la primacía, porque son los Francos y los Germanos los que se disputan, no lo que ellos la han de imponer, sinó la sancion y título que solo ella les puede dar. Desde entonces, todo predomínio en Europa sigue siendo italiano, y donde todo poder européo habia de traer de Italia los timbres de su gloria, toda querella italiana fué acontecimiento européo. La casa de Suevia, la casa de Anjou, la dinastía de Aragon y la familia de Habspurgo; los Normandos de Islándia, la casa

de Borgoña, y los Comenos y Paleólogos del Oriente, que resumen y representan todas las grandes contiendas de la historia européa, y todos los principales jefes y naciones que se repartieron el Imperio, se dan cita de reto, y se señalan campo de desafio, por espacio de siglos, en aquella Italia, que ellos miran como suya. Y ella, más que rechazarlos como extranjeros, forma parcialidades en torno de aquellos que son sus más adictos y simpáticos campeones.

El camino de los Álpes es hasta nuestros dias el camino de la gloria; las orillas del Pó, del Ádige, del Mincio, del Tíber y del Garellano, el teatro de toda gran contienda, la escena de todo gran drama. Por allí bajaron un dia Breno y Aníbal, y los Cimbros que venció Mario; por allí Alarico, Ricimer, Teodorico, Odoacre, Atila, Genserico y Alboino; por allí Pipino Heristal, y Cárlos el Grande, y Ludovico el Piadoso. Allá irá la progénie de San Luis, con Cárlos de Anjou, y los temerarios descendientes de Rollon de Normandía. Allí irán los Conrados y los Enriques de Suevia; los Alfonsos de Aragon, los Federicos Barbarrojas; los Hohenstaufen; los Habspurgos, fundadores de Imperios. Allí irá la estirpe denodada de los condes de Barcelona; allí los duques de Aquitania, los señores de la Provenza, los dueños de Arlés, los condes de Aviñon, los poderosos de la Baviera, los temerarios de la Borgoña. Allí irán los Humbertos y los Amadeos de Saboya. Allí Gonzalo de Córdoba, á revindicar para los descendientes de Alfonso, la usurpada presa de los Angevinos. Allí tornarán, en memoria de Carlo Magno y de Cárlos de Anjou, Francisco I y Bayardo. Allí estará esperándole Cárlos V, en nombre de Rodolfo de Habspurg, de Cárlos el Temerario y de Fer-

nando el Católico; con Antonio de Leiva y el marqués de Pescara, y el desheredado y proscripto vástago de los Borbones. Allí irá Luis XIII con Richelieu á buscar á Mazarino; allí irá Luis XIV á tomar venganza por Francisco I, y á preparar á Alberoni; allí irá Isabel Farnesio á desquitarse de la Toscana perdida, y á las Dos-Sicilias la dinastía que reina en Aragon.

Y despues de todos, y eclipsándolos á todos, en el gran dia del cataclismo de todos los imperios, y del terremoto que conmueve todos los tronos, y de la renovacion social que subvierte todos los principios, irá allí el más jóven y más denodado de los Generales de la República Francesa, y volverá de allí Cónsul, á ser consagrado Emperador. ¿Porqué? No busqueis la clave de este portento en el estado de la Francia, ni en el número y calidad de sus victorias. Suponed que las ha ganado en el Rhin, en el Mosa, en el Támesis ó en el Volga, y vereis cómo no puede traer de allí la corona de Carlo Magno, que estaba amayorazgada en los archivos imperiales de Monza. La púrpura, la diadema, el globo imperial no podian venir sino de la tierra augusta de los Césares. Sólo en el Capitólio habia una púrpura consular; sólo en el Vaticano habia un globo imperial; sólo en las aguas del Pó y en las del Tíber, el que habia entrado General, podia ser bautizado César.

Italia le habia dado la sangre; Italia le habia dado la gloria; Italia le dió el poder. Habia nacido Güelfo: pudo ser Gibelino de sí propio. De padres italianos se llamó Bonaparte. Una Asamblea italiana le aclamó Napoleon; y desde entónces este nombre fué Cesáreo y Augusto, como el de los Luises y de los Cárlos. Los Habspurgos se honraron con darle su hija, porque ya les habia dado el

anillo nupcial del Adriático; porque él traia en dote propio las provincias de Italia. Su hijo pudo nacer Rey de Roma. El succesor de su nombre y de su dinastía fué mirado con malos ojos del pueblo de Italia, porque desde los primeros dias de su advenimiento no miró aquella tierra como su patrimonio y como su protectorado.

Y por eso, á la caida del nuevo Carlo Magno, le reclamó como suyo el que siempre aspiró á mantener viva la idea del Imperio, y á reconstruir la política fundamental de la Europa sobre la base tradicional del Cesarismo Germano-latino. Por eso Metternich no consintió que en 1815 envainaran su espada los vencedores de Bonaparte, sin que sentaran los cimientos de una organizacion, en que pueblos germanos y latinos habian de aparecer al fin como tributarios de su Soberano. Por eso en 1815 el César de Viena volvió á coronarse en Milan Rey de la Lombardía. Por eso no soltó de sus manos el anillo misterioso que le traia la dominacion del Adriático en dote de la recobrada esposa. Hijos de este consorcio fecundo vinieron á ser dentro de poco, en tratados que fueron la renovacion de los antiguos feudos, los Ducados de Parma y Plasencia, el gran Ducado de Toscana, la corona borbónica de Nápoles, la dinastía secular de los duques subalpinos, hechos Reyes con la Cerdeña y la Liguria, la Italia toda entera. Porque apoyado en este baluarte, habia de dar otra vez la ley al Rhin, al Elba (Albis) [1], y

[1] El Elba ha sido siempre Albis para los geógrafos españoles: hoy le darémos, sin embargo, aquel nombre, porque no se nos entenderia. Pero protestamos contra el abuso, que además produce confusion con la isla de Elba, que es lo que tal vez ha dado márgen al error. El Elba nace en una pequeña meseta llamada *Elbwisse*, de donde viene Albis, y que está situada hácia enmedio de la cadena, sobre lo alto del Sckneekoppe, á 1384 metros de altura.

al Espree, el soberano del Danubio, que volvia á ser el Emperador del Tíber, vuelve á ser la Italia, en los últimos cuarenta años, la clave de todos los sistemas, el núcleo de todas las cuestiones, el teatro de todos los acontecimientos, el blanco de todas las revoluciones.

La revolucion de España en 1820, proclamando una Constitucion que habia sido reconocida en 1812 en Velicky-lucky por el Emperador de Rusia, no importa nada á la Europa, hasta que suscita la independencia de Turin, y la emancipacion de Nápoles en 1821. Los franceses pasan los Pirinéos en 1823, como instrumentos pasivos de lo que se decide en Laybach y en Verona, para que los austriacos puedan pasar de nuevo los Alpes como únicos señores. La Europa imperial transige con el liberalismo francés de 1830, á condicion de que la Francia de Luis Felipe reconozca su dominacion en la Península itálica, tan ámpliamente como Luis XVI. Pero el advenimiento de un Papa que se presenta como Güelfo, y un liberalismo italiano que amenaza la constitucion fundamental del Imperio, básta para conmover la Europa, y en 1848 hacer caer en seis meses casi todos los tronos bajo la masa de sus pueblos, como si se hubiera desplomado la clave de la bóveda que á todos los cubria. La clave no estaba en Paris, sinó en el Quirinal.

Así que se conmovió la alta cúpula, las columnas cedieron bajo el peso de la vetusta mole, y sus escombros rodaron con estrépito en ambas orillas del Sena y del Danúbio. Por eso vimos todavía los ejércitos del César bajar á las llanuras del Pó, y al viejo Radetzcky, representante nonagenario de un Imperio más caduco que sus años, humillar á la revolucion subalpina en la rota sangrienta de Novara. Por eso aquella batalla fué, como las

otras mil dadas en aquellos contornos, un acontecimiento que cambió la faz de los sucesos européos, poniendo un dique á la revolucion francesa, y obligándola á darse un César, si habia de cumplir los destinos de la Francia, y no habia de pasar como un terremoto demagógico.

Por eso, cuando á la cesacion del terremoto se le llamó la paz, la montaña que habia levantado en su sacudida, tuvo que abrirse para vomitar el fuego de la guerra. La eminencia que se llamaba Napoleon, no podia dejar de tener sus vertientes á la patria del primer Cónsul. Para eso, para armarse soberano, como en otros tiempos los paladines se armaban caballeros, aceptó la primera ocasion de guerra, y envió sus legiones al primer palenque de gloria que la Providencia le deparó en aquella Táuride, antiguo teatro de la primera epopeya européa. Pero cuando de Soberano para la Inglaterra y la Rusia, quiso pasar á César para la Europa, bien sabía que si en San Remigio se ungen los Reyes, no hay más que un templo donde se consagran los Emperadores. Por eso llevó á Crimea las banderas de Italia; por eso tomó bajo su amparo las libertades piamontesas y las aspiraciones lombardas; por eso bajaron por el Splugen y pasaron el Tessino 200,000 hombres; por eso 150,000 franceses cruzaron el Mont-Cenis y el Apenino. Por eso tronó estrepitosamente el cañon de Magenta y Solferino (casi en los mismos sitios en que cayó Bayardo y el Rey Francisco) enmedio de la viva ansiedad de la Europa entera. Por eso las águilas de Napoleon volaron sobre el Montblanc hasta las hondas gargantas de la Maurienne, y sobre el Coll de Tende hasta las playas de Niza.

Por eso en Villafranca tomó otra vez en su mano la corona de Lombardía, para que de él la recibiera el que

de esta manera le prestaba homenaje. Por eso aquella estipulacion no fué á los ojos de Europa un convenio de paz, sino una tregua para enterrar los muertos de la peléa, y preparar las nuevas líneas de batalla. Y por eso, miéntras en España hay una guerra de África, más gloriosa que las expediciones heróicas de Cisneros y Cárlos V; mientras la Rusia asimila las tribus mahometanas del Cáucaso, y haciendo prisionero á su profeta caudillo, civiliza las riberas dilatadas del tártaro Amor, y emancipa en un dia una inmensa nacion de siervos; miéntras la Inglaterra sostiene en las riberas del Gánges una guerra feroz y desigual con ochenta millones de pueblos indostánicos; miéntras en las orillas del Delaware y del Mississipí amenaza feroz ruina y desmembracion la que se creia juvenil inmortal república de Washington; mientras que las agoniosas convulsiones del mahometismo oriental renuevan en las faldas del Líbano la época gloriosa de las leyendas de los mártires; mientras, en fin, que los dos ejércitos europeos penetran en las antiguas misteriosas regiones del Catay fabuloso, descubren al mundo los arcanos del Imperio celeste, y penetrando por la emblemática muralla, profanan los misterios de la enigmática Pekin, y dan al fuego las espléndidas mansiones que inspiraron tal vez los cuentos de *Las mil y una noches;* ningun pueblo tiene ojos, ni oidos, ni espectacion, ni ansiedad, ni interés sinó para los sucesos que pasan, y las cuestiones que se ventilan allí donde pulsan las arterias de su sangre, allí donde palpita el corazon de la Europa, mientras esa entidad que se llama Europa, exista sobre la tierra, y sea la reguladora del mundo.

II.

CUESTION DE ACTUALIDAD.

Las reflexiones que acabamos de hacer, las líneas que acabamos de escribir, no son el prólogo de un libro sobre Italia. No tenemos esa pretension, no nos asiste tan alta capacidad: ni nuestras fuerzas físicas nos consentirian tan árduo trabajo. Nuestro propósito no es más que exponer en las ménos frases posibles, los términos en que quisiéramos ver tratado y discutido ese espinoso problema.

Y sin embargo, á esta nacion y á esa historia, y á estos sucesos; á un espectáculo, que de tal manera nos embarga, y nos interesa, y nos absorbe y preocupa, se han de ajustar el compás y las reglas de esa política empírica y vulgar, de ese espíritu mercantil nivelador, matemático y materialista, que pretende reducir la cuestion de Italia á las proporciones de una nacionalidad cualquiera, que se presentara ahora á constituirse y organizarse, como la Pensilvania cuando la emigracion de los puritanos; como los Estados del Norte-América, en tiempo de Washington. ¿Es por ventura ésta la cuestion concreta de un pueblo que cambia su forma de gobierno, como la Inglaterra de 1668, ó la Francia de 1789; de un Estado que reivindica su aislada independencia, ó su sepa-

racion autonómica, como la Bélgica de 1830, ó como la Hungría de 1848; ó la de un pueblo, que habia dejado de existir por siglos, y que sale á luz como exhumado de una excavacion, por ejemplo, la Grecia de 1823?

Cuando vemos á cierta escuela revolucionaria, ó á cierta diplomacia caduca y burocrática, ó á cierta filosofía pedante, superficial y vanidosa, considerar de una manera tan fácil y tan cómoda, la cuestion más compleja de la política verdaderamente filosófica, desplegando ante sus ojos un mapa de Europa, y tomando la Italia como si acabase de nacer ahora del seno de los mares, ó como si hubiese hecho su aparicion en el mundo despues de todos los pueblos conocidos; y sujetarla, los unos á sus combinaciones teóricas, ó utilitarias; los otros á sus pretensiones dinásticas; éstos á reglas administrativas; aquellos á preocupaciones ó á medidas estratégicas, y todos ellos queriendo aplicarle ó reclamando para ella—en bien ó en mal,—lo que llaman el derecho comun, el derecho internacional, la autonomía soberana de los pueblos, la ley de los tratados, los intereses del equilibrio européo, y todos los demás principios que los diversos partidarios de esta misma escuela quieren aplicar á la resolucion del árduo y temeroso problema, ciertamente nos preguntamos: ¿dónde está la inteligencia profunda, sintética, histórica y transcendental de los grandes estadistas europeos? Y aterrados, al mismo tiempo, de nuestra personal mediania, ó más bien de nuestra insignificante pequeñez, nos demandamos con asombro si es una ilusion de nuestros ojos, si es una alucinacion de nuestra deslumbrada mente la que nos hace ver la Italia tan grande, tan gigantesca, tan excepcional, tan única, que no cabe en las proporciones geométricas, geográficas, aritméticas, economistas ó parla-

mentarias tan acompasadas ó exíguas de ninguno de esos improcedentes sistemas. Más que ver la Italia despedazada ó sometida, humillada por ultrajes, ó embriagada por ilusiones, todavía repugna más á nuestra inteligencia y á nuestro corazon, el ultraje de ver comparadas á la lucha que la trabaja, y la fiebre que la agita, una contienda que pudiera surgir entre la Irlanda y la Inglaterra, entre la Rusia y la Polonia. Hay tales manifestaciones de simpatía, que la rebajan más que la tenacidad dominadora del Austria, ó que las enormes aspiraciones del protectorado francés.

Cuando vemos que se quiere ajustar la grandeza del destino de Italia, á las formas de cierta política, ó á los consejos de cierta diplomacia, se nos figura ver al augusto cautivo de Santa Helena, oyendo los consejos de un abogado para que demandara á los ingleses ante un tribunal de justicia; ó á un honrado banquero que le viniera á decir cómo podia y debia procurar hacer su fortuna, y vivir, simple particular, en el mundo, con el producto de su trabajo; como él, honorable alderman de la City ó plantador esforzado y laborioso de la nueva Inglaterra. Nosotros creemos que Napoleon, si habia tenido la paciencia de oir, y la humildad de responder, hubiera dicho con plácida sonrisa, mirando á su roca, y extendiendo la mano á través de los mares, hácia las torres de Nuestra Señora de Paris, ó las cúpulas del Duomo: *Voici ma place quand je ne suis pas là.*

No. Nosotros no podemos injuriar de tal manera á la Italia, ni rebajarla delante de la Europa en todo lo que se levanta sobre nosotros, con la abrumadora grandeza de sus veinticuatro siglos de hazañas y portentos. No está en nuestro poder, ni cabe en nuestra razon, tal como Dios

nos la ha dado, ser del número de aquellos que no consideran á un pueblo más que por la extension que ocupa sobre el mapa. Hay para las naciones otra geografía más importante y transcendental, y cuyos límites están trazados por lo que han vivido en el tiempo y ocupado en el espacio. Lo que sería un absurdo, tratándose de la limitada existencia de un individuo; lo que sería quimérico para la ciencia ó para la voluntad humana, que quisiera destruir las condiciones físicas de su organizacion y de su orígen, ó las condiciones morales que resultan de su pasado, eso nos parece un absurdo elevado á lo infinito, cuando se quiere aplicar á una nacion, ora sea en nombre de la ciencia que se llama política, ora en nombre de ese querer colectivo, aunque sea tan espontáneo y unánime como el individual, que hoy se quiere apellidar soberanía nacional.

Otra cosa debemos añadir.

Amamos mucho, compadecemos mucho, admiramos mucho á Italia. Que nos perdone, pues, lo augusto de su dignidad histórica y providencial, si alguna vez podemos sacar de su grandeza misma conclusiones duras y deducciones que podrán parecer desapiadadas. Á los soberanos de la tierra hay que hablarles en nombre de la Historia en un lenguaje respetuoso, pero más severo y ménos vulgar que al comun de los mortales. La Reina inmortal de las naciones, tiene eso de extraordinario; por la excelsitud de su pasado, su presente tiene que ser juzgado como su porvenir; porque este presente contiene tal vez el gérmen del porvenir del mundo católico y del mundo civilizado.

III.

PLANTEAMIENTO DE LA CUESTION.

Ya lo hemos dicho. La cuestion de Italia, como cuestion de actualidad, seria muy fácil: como cuestion concreta de sola la Italia, sería muy sencilla; como cuestion de una nacionalidad moderna, ó de organizacion de un pueblo nuevo, sería muy clara. Sería la cuestion de sus derechos, y de sus agravios; de sus instituciones y de sus intereses: sería la cuestion de su constitucion política, de su organizacion social, y de su gerarquía diplomática. Sería pura y determinadamente la cuestion de su independencia, de su unidad, de su libertad.

Nada más sencillo que la resolucion de estas tres cuestiones, ora se las planteara en la esfera del derecho; ora se ventilaran en el terreno de la fuerza, ora se decidieran segun los intereses de la conveniencia y de la utilidad.

¿De dónde procede, pues, que soluciones que serían tan claras, si se tratara de otra nacionalidad cualquiera, se convierten en obscurísimos problemas, así que se pretende aplicarlos á la nacion italiana?

Hombres de recto juicio, de penetracion filosófica, de alta inteligencia política y de desapasionada conciencia, cualquiera que sea el partido político en que militeis, y la

creencia religiosa ó filosófica que profeseis, responded.—¿Porqué, interrogados de súbito sobre la unidad, la independencia y la libertad política de Italia, vuestro juicio vacila, vuestra inteligencia se turba, vuestra lógica se embaraza, y vuestra conciencia se estremece, ántes de dar la respuesta terminante y categórica, que vuestros lábios y los mios tendrian pronta y expedita para otro pueblo cualquiera, para cualquiera otra region del globo? ¿De dónde provienen las dudas que os asaltan? ¿De dónde las dificultades y obstáculos que se os presentan en las cuestiones mismas?

Algunos de vosotros podréis decirme: "Esas dificultades las ha creado la iniquidad de la fuerza, las tenebrosas intrigas de la diplomácia, puesta al servicio de la tiranía. Esa red de obstáculos se ha tendido en torno de fáciles principios y clarísimos derechos, en frente de encontrados, vetustos, poderosísimos y arraigados intereses de potencias opresoras, de ambiciones ilegítimas, de instituciones hostiles, de partidos trastornadores ó de soñadores visionarios."

Pero aun así, ¿porqué en Italia precisamente esos intereses? ¿Porqué allí solamente esa tenaz, prolongada y tiránica dominacion? ¿Porqué hácia alli, más bien que hácia otra parte, dirigidas eternamente esas aspiraciones? ¿Porqué allí más grande la importancia de esos derechos? ¿Porqué prècisamente allí el desenvolvimiento y predominio de esas instituciones? ¿Y porqué allí tambien esa secular y desgarradora anarquía; porqué allí, más que en parte alguna, el carácter inflamable, la electricidad expansiva de esas opiniones ardientes, de esos fanatismos revolucionarios?

Vuestra respuesta no sirve sino para subir un poco

más arriba el edificio de la cuestion y la altura de la dificultad. De cierto, si fuérais geólogos, yo no os preguntaría porqué la mayor parte de aquellas ciudades están empedradas de lava, porqué aquellas comarcas suministran el azufre á todo el comercio del mundo? Harto sé la causa; harto sabe el mundo porqué fueron sepultadas en cenizas Herculano y Pompeya. Os preguntaria empero, si lo sabíais, como hombres de ciencia y como oráculos de la enseñanza, ¿porqué entre tantas singularidades hay tambien en aquella tierra dos volcanes? Y si esto es una calamidad para la Italia, os pediria á algunos de vosotros que presentárais un proyecto ó formulárais un plebiscito para apagar el Etna y el Vesubio.

IV.

CAUSAS DE LOS OBSTÁCULOS, SU FECHA, Y SI AUN PERMANECEN.

Y bien, geólogos de la política, y naturalistas de la historia!.... Yo os pregunto quién ha encendido allí esos Etnas y Vesubios de tiranías y depredaciones; quién ha soltado esas llamas y erupciones de desolacion, de guerras y de humareda de conquistas; quién ha sofocado allí con cenizas ardientes de tiranías y dominaciones, la vida de la nacionalidad; quién ha encendido esas, que vosotros podeis llamar solfataras de supersticion, para abrasar con ellas las flores puras de la creencia y la viña fecunda de la fé; quién ha soltado por aquellos campos la lava incandescente de las pasiones anárquicas, y ha hecho menudos pedazos aquel fertilísimo suelo, con las sacudidas y terremotos de tantas revoluciones!....

¿Cómo han sido un obstáculo para su independencia la dominacion del imperio austriaco, la dominacion española y el protectorado francés?

¿Cómo ha pesado sobre la constitucion autonómica de la Italia la intervencion extranjera?

¿Cómo ha sido obstáculos á su unidad política la existencia del pontificado, y la multiplicidad anárquica de sus diferentes Estados?

Estos singulares hechos y esos extraordinarios fenómenos, ¿quién los llevó allí? Esos tres conflictos ¿de dónde le han venido? El Imperio, la intervencion extranjera, el Pontificado, la division de Estados y Repúblicas, ¿quién los ha llevado á Italia?

No lo dudeis: tenemos que darnos la misma respuesta que nos hubieran dado los Geólogos respecto de los volcanes. Ellos me hubieran dicho: son la ley y la condicion de su constitucion geográfica: son los fundamentos de su existencia geológica: son la Italia misma: son el resultado de la organizacion del globo, y determinan el puesto y la manera de ser de las condiciones que ella ocupa.

¡Y bien! El Imperio, la intervencion extranjera, el Pontificado, la independencia municipal, feudal ó republicana, no lo dudeis; la Italia los creó..... La Italia los produjo al mundo. Fueron las condiciones de su vida; fueron las manifestaciones de su espíritu y de su existencia; fueron las bases de su poder; fueron las leyes y las evoluciones de su misma historia.

Todos esos hechos, que hoy se nos presentan convertidos en conflictos, en calamidades, en desventuras, en iniquidades tiránicas, en usurpaciones sacrílegas ó en supersticiones fanáticas, fueron un tiempo las creaciones de su génio, las excelencias de su grandeza, los privilegios de su superioridad, los títulos de su primacía en el mundo, los atributos y distintivos de aquella nobilísima raza. Fueron los resultados del destino que le ha cabido en el mundo; fueron los caractéres del papel que representó en el drama de la historia; fueron las preeminencias del altísimo y privilegiado puesto de asimilacion, magisterio y sacerdocio en que la colocó la Providencia.

La Italia fué la madre, la señora y la maestra de las naciones latinas.

La Italia fundó, sostuvo, consagró y resucitó dos veces en el mundo al Imperio romano.

La Italia recibió, creó, alimentó en su seno, y extendió por todo el orbe la adoracion de su Pontificado.

La Italia, desde su orígen, desenvainó su espada contra todos los pueblos de la tierra, provocándolos á un desafio que algunas veces tuvo que ser la invasion. Desde que dijo DELENDA EST CARTHAGO, todo Aníbal pudo pasar los Álpes; y en una intervencion no interrumpida de diez siglos, ella fué constantemente la agresora.

¿Creeis que la época de todos estos sucesos son edades tan remotas? ¿Creeis que esos hechos están tan lejanos? ¿Creeis que nuestros ojos padecen una exagerada alucinacion histórica, juzgando dotadas todavía de vitalidad é influencia, cosas que os parece que duermen hace siglos en las catacumbas de lo pasado? ¿Creeis que ya no existe nada vivo de cuanto esos siglos dieron á luz? ¡Lo creeis todo lejano, muerto, desaparecido, renovado! Filósofos sin analogía y políticos sin abolengo, ¿creeis que es ilusion literaria pensar que no está muerto y sepultado todo lo de César, y de Augusto, y de Trajano, y de Teodosio, y de Teodorico, y de Carlo Magno, y de Estéban II, y de Gregorio VII, por no hablar de tiempos posteriores? Preguntádselo, por un instante, á la lengua que hablais, á los Códigos por que os regís, á las creencias que profesais, á los libros por donde aprendeis, al pan de que os sustentais, á los conductos por donde pasan las aguas que bebeis, á los puentes que atravesais, á la construccion de las casas que vivís, á los letreros de las tumbas en que os enterrais. Preguntádselo á los meses del año,

á los dias de la semana; preguntádselo al manto de vuestros Reyes, al ropon de vuestros sacerdotes, á la toga de vuestros magistrados, á las águilas de vuestros ejércitos. ¡Lejanos esos hechos y esas edades!....

¡Veinte siglos desde César! ¡Doce desde Carlo Magno! ¡Tres desde Cárlos V! ¡Doce, veinte, treinta generaciones..... lo más remoto! ¡Lejanos!.... Los abuelos de cada uno de nosotros hasta Augusto, podrian comer todos en una mesa de cien cubiertos: sus retratos no llenarian un pequeño álbum de cien fotografías!.... ¡Lejanos..... y borrados..... y perdidos esos orígenes y esos hechos!.... ¡Y los llevamos impresos todavía en nuestras facciones! Somos rubios ó atezados, segun descendemos de los Latinos ó de los Germanos; y pretendeis no ser Güelfos, ni Gibelinos, cuando lo ha sido todavía vuestro tercer abuelo, que tal vez os tuvo en las fuentes del bautismo!....

De cierto que sentimos pensar así, y vernos atajados por esos hechos y por esos precedentes, con obstáculos que embarazan nuestro discurso y se oponen, como ruinas amontonadas por los siglos, á la desembarazada ejecucion de los grandiosos planes de construccion moderna. Tal vez sea culpa de nuestro medroso ánimo; y envidiamos sobremanera la incontrastable confianza de aquellos espíritus tan poseidos de una conviccion, ó tan creyentes en la omnipotencia de la lógica, que nunca encuentran dificultades en la region de los hechos, para las creaciones á que dan vida en el mundo de las idéas. ¡Lástima que, segun la irreverente frase de Alfonso X, el Criador no les hubiese consultado para construir el mundo! Las primaveras no hubieran tenido tempestades, ni los mares tormentas: las nubes del cielo no hubieran fulminado el rayo; ni las entrañas de la tierra se

hubieran agitado en convulsion de terremotos. Los deltas de los grandes rios no hubieran exhalado gases de epidemias sobre las comarcas más bellas del globo; y los hombres, siquiera hubiésemos de nacer mortales, hubiéramos venido á la luz del dia sin dolor de nuestras madres!....

En vez de que ahora, y segun nuestra triste filosofía ó nuestra menguada preocupacion, abrigamos el recelo de que, por laborioso que sea el parto en que sale á la vida un hombre, es más desgarrador todavia, más lleno de angustias y convulsiones el período crítico y doloroso en que una nueva sociedad sale á la historia del mundo, de las entrañas de la que la llevó en su seno.

V

DEBERES DE LA ITALIA.

¿No sabe la Italia nueva que nunca ha sido de buen agüero para los hijos haber dado, al nacer, la muerte á sus madres?

¿Es tan absoluto que la Italia histórica se pertenezca á sí propia, que aunque no se pueda decir sin iniquidad y tiranía que ha de ser forzosamente la esclava de un dueño, no puede sostenerse con derecho que le es dado dejar de ser la madre de sus hijos?

¿Desde cuándo es justo ni moral que una madre se pertenezca exclusivamente á sí propia? ¿Bajo mil consideraciones no se pertenece á los que de ella nacieron á la vida?

La Italia, pues; que ahora quiere salir á la vida de la monarquía constitucional, del seno despedazado del Imperio; que quiere sacudir para siempre la prescripcion de la intervencion extranjera; que aspira á dejar sin asiento territorial al Pontífice; ¿creeis que lo pueda hacer sin perturbaciones, sin dolores y sin conflictos européos?

¿Es tan fácil como parece, y como ella misma se figura, desentenderse de los hechos, que por su propia accion, entraron como elementos orgánicos en la constitucion de todos los demás pueblos?

¿Es tan óbvio, tan natural como se cree, que ahora no quiera reconocer derechos, que algun dia hizo prevalecer en las otras naciones, como deberes?

¿Es tan sencillo y tan hacedero que reclame ahora su destino parcial y su limitada y circunscrita autonomía, cuando su constitucion imperial fué la Europa entera, y su primacía religiosa la cristiandad?

¿Es una cuestion orgánica y administrativa de un reino recien nacido, ó el de un distrito municipal ó electoral de doscientos mil habitantes, la existencia ó no existencia del Pontificado de Roma, que ha entrado en la organizacion política de todas las naciones católicas, en la manera de ser de todas las sociedades, en la existencia íntima, privada, doméstica de cientos de millones de familias?

Y despues de todas estas dificultades, hay otra, por el momento, más grave, más complicada, que descuella ante nuestros ojos sobre todas ellas, como un indescifrable logogrifo: la dificultad de comprender y explicar hasta qué punto esas que fueron realidades históricas, son hoy nada más que ilusiones fantásticas, ó conservan aún sagrados y legítimos intereses; hasta qué punto los pueblos, los partidos y los poderes que ventilan estas cuestiones, fundan, en lo racional y práctico legítimas pretensiones; ó hasta qué punto explotan lo quimérico y lo ilusorio como pretèxto de injustificables tiranías, de ambiciones desapoderadas, y aun tal vez, de sueños generosamente ideales.

Y esta dificultad, sobre todas, es la que aún detiene sobre el papel nuestra pluma. Satisfechos con haber indicado acerca de estas cuestiones una manera especial de considerarlas, y dejando á inteligencias más competentes

la fórmula de resolverlas, no pensábamos insistir en dudas y perplejidades, que cuando no se les dá solucion, basta con indicarlas, sin que sea indispensable discutirlas. La dificultad que hemos indicado, nos impone el deber de insistir todavía en algunas idéas que puedan esclarecer lo pasado, viniendo en ayuda del criterio presente. Del porvenir nada dirémos: misterioso oráculo que permanece mudo delante de nosotros, y al cual solo podemos dirigir, de lo íntimo de nuestra desconfianza, modestas preguntas, por más que alguna vez parezcan en nuestro tono arrogantes y dogmáticas afirmaciones. Su respuesta no la habrémos de oir probablemente nosotros. Gusanos de un dia, tenemos que decir como Job: *si manè me quœsieris, non subsistam.*

Quédese para otros la necesidad de ver *lo que es*, para juzgar *lo que será.* Contentémonos en las cuestiones indicadas, con ver los hechos sometidos á nuestro exámen, para de lo que han sido, deducir lo que producirán.

Esta, y no otra, es la importancia de la Historia. Por ello sólo es la luz de los tiempos y la maestra de las generaciones.

VI.

INDEPENDENCIA DE ITALIA.
LO QUE FUÉ.—LO QUE PUEDE SER.

¿Fué Italia alguna vez verdaderamente independiente? En el sentido que las naciones dan á esta palabra, Italia no lo ha sido nunca. Italia dependió solo de Roma; la Italia romana fué más que independiente; fué señora. Su accion, su destino, su dominacion no fueron italianos; fueron européos; y la dominacion, la conquista, la asimilacion de la Europa al Imperio romano, no podia ser la independencia, porque fué precisamente todo lo contrario; fué la absorcion.

Cuando los flamencos y los belgas se separaron de la dominacion española, se quejaron de la tiranía y mal gobierno de sus Reyes; pero nunca dijeron que los españoles los habian conquistado: nunca, ni entónces ni despues, pudieron quejarse de la ilegitimidad de su anexion á aquella España, que tambien tuvo un tiempo su Imperio, como Roma. Cuando Cárlos de Gante, su legítimo Soberano, se encontró súbitamente heredero de Cárlos el Temerario y de Maximiliano de Austria; de Fernando el Católico y de Isabel de Castilla, los flamencos tuvieron la ilusion de la improvisada grandeza de su conde de Flandes: creyéronse, como él, llamados á dominar á Europa, y ciertamente que se hubieran peleado por él, si al-

guien le hubiera disputado los derechos de aquella sorprendente fortuna.

No fueron de cierto los españoles á los Paises-Bajos; sinó que vinieron los flamencos á enseñorearse de Castilla, como palaciega cohorte del jóven heredero de Felipe el Hermoso; y por cierto, bastante insolentes, tiránicos y codiciosos, y desconocedores y enemigos de los fueros y libertades de los reinos españoles, para excitar una revolucion formidable, que Cárlos I, con ayuda y alegría de sus compatriotas, ahogó en la sangre más generosa de España. Y aun tal vez no hubiera concluido tan ventajosamente para el nuevo poder absoluto, si el nuevo César no hubiera dado á sus nuevos súbditos, cuya importancia y valor conoció desde luego, la única paga por la cual los pueblos entusiastas y belicosos enajenan su libertad, la gloria; á saber, la conquista de Europa como en trueque de los fueros de Castilla. Sucedió despues lo que ha sucedido siempre en la historia; que los *pocos* dominadores, por la ley inexorable y mecánica de la gravedad, se encontraron súbditos y provincia de los *muchos* dominados; y en la hora del agravio y de la tiranía, Horn y Egmont se habian olvidado de Adriano de Utrech y del señor de Xévres, y no sabían que sus cabezas pagaban ante la eterna justicia por las ilustres vidas de Padilla y Maldonado. La historia no suele estudiarse bajo el punto de vista de estas enseñanzas morales; cada generacion se cree sola é independiente en el mundo, se olvida de que el tiempo no es nada para la Providencia, y tiene por figura ó paradoja aquello de *Deus fortis, Zelotes, et patiens, visitans iniquitatem patrum in tertiam et quintam generationem.*

Hemos aducido un ejemplo moderno para la mejor ex-

plicacion de un hecho antiguo, no con la mira de un absoluto paralelismo. Roma conquistó el mundo; y el primer resultado de esta poderosísima conquista, es que la idéa de Italia, la entidad italiana apenas existe, porque fué desde luego absorbida, como la primera conquistada.

Cuando los bárbaros invaden la Italia, ¿qué es lo que políticamente sucede? Ellos, los pueblos germanos, vienen para establecerse: sus caudillos, para succeder ó para nombrar á los Emperadores: ella los recibe como una calamidad, ó como una faccion; pero nunca los reconoce como poder, ni como autoridad. Y no sólo se cree siempre la señora del mundo, sino que impone esta creencia á los bárbaros mismos.

La idéa del imperio Romano abarca de tal manera á todas las naciones, que ninguno de los pueblos se cree extranjero: los bárbaros se imponen á Roma; no aspiran á destruirla. Los godos y los visigodos pueden ser Emperadores, como lo habia sido Maximino, como los españoles Adriano y Teodosio, como el Trace Justiniano, etc., etc., por el derecho de aquella gran ciudadanía que Roma habia establecido en el mundo. Italia no podia tener nacionalidad, porque las habia borrado todas. Las nacionalidades de los invasores son de raza, de sangre, de orígen; no de territorio. Los godos son godos en el Danúbio y en el Tajo; los vándalos son vándalos en el Elba y en África. Lo que llamamos nacionalidades de territorio habian desaparecido bajo el poder de Roma; aparecen despues. En el imperio todos son romanos: en el poder hay usurpaciones y partijas; pero no hay conquistas. Los bárbaros piden tierras, como los veteranos de César; y como César se las reparten los caudillos, estipulándolas con los Emperadores.

VII.

IDÉA Y NATURALEZA DEL IMPERIO: SU PERPETUIDAD.—SOBERANÍA DE ROMA.—EL PAPA DEPOSITARIO DEL IMPERIO.

La idéa del Imperio no muere nunca. Aun cuando se halla transportado á Constantinopla, y los caudillos se enseñoréan de la Europa, no se atreven á creerse con autoridad, si el Augusto de Oriente no les ha enviado la púrpura; y no les basta que las legiones les doblen la rodilla, si no los aclama augustos el Senado del Capitólio. Los jefes de los ejércitos ostrogodos ó los caudillos de los hérulos, no hacen con Roma lo que Alejandro en Babilonia: lo que sus capitanes herederos, en Asia y en Egipto; lo que Escipion en Cartago; lo que César en las Galias y Octavio en España; lo que Paulo Emilio en Tébas y Corinto; lo que Gengiskan en la China, y Timur en el Mogol; lo que el ejército de Muza despues de la batalla de Guadalete; lo que Mahomet en Constantinopla.

Aun cuando el Imperio se divide, los hijos de Teodosio el Grande, en lugar de ser colégas, se separan; pero en ninguna de las porciones está la Italia como separada de Occidente: continúa como su cabeza. Los Estados que forman los bárbaros, son lugartenencias con grandes féudos, ántes de que se formen los chicos de la gran soberanía. ¿Sabeis cuando la Italia se cree oprimida y rebajada?

Cuando Odoacre, despues de la abdicacion de Augústulo, por primera vez quiere fundar un reino en ella. Entónces, el godo Teodorico, que estaba en Oriente, viene en nombre de Zenon á libertarla, y su conquista aparece como una restauracion. Justiniano no dejó de creerse Emperador romano: intervino en África en la cuestion de Hilderico, como supremo soberano; envió á Belisario como General á Africa y á Sicilia; codificó como Teodosio, y se llamó *Gothicus*, *francicus*, etc., porque era señor de todos ellos.

La soberanía de Roma estaba más arraigada en el mundo, y era demasiado universal y cosmopolita, para que la modificaran las ideas de localidad y nacimiento. Arcadio y Honorio se reparten la púrpura: Augústulo abdica; pero Roma no abdica nunca; y Teodorico y Odoacre, y los exarcas de Rávena, y los prefectos de Milan, y los patricios de Roma continúan vasallos de aquella idéa moral, que constituye el predominio de la ciudad eterna, y que continúa dando vida, y esplendor y magisterio y nombre á la ciudad de Constantino. En vano la fuerza y la barbárie se empeñan en que Roma no sea el Imperio de Occidente. El Imperio de Occidente no reconoce el destronamiento de su Reino: como otro San Dionisio, se paséa por la Europa, llevando en las manos su propia cabeza. Los Soberanos de Bizancio continuarán en llamarse Emperadores romanos; la Instituta seguirá diciendo en las escuelas griegas y bizantinas LEX EST QUOD POPULUS ROMANUS CONSTITUIT, y la Europa occidental continuará pidiendo á los Césares de Bizancio, ó á los patricios del Capitólio que envien la púrpura y la diadema con un decreto en latin á los que han de venerar como supremos señores.

VIII.

ANÁLISIS DE LA INDEPENDENCIA DE ITALIA EN ESTOS SIGLOS.

¡Extraña independencia la que se quiere buscar para la Italia en estos siglos! La dependencia es vínculo que no solo liga al que obedece, sino tambien al que manda; á uno y á otros; por diversos extremos, es cierto. Mas para que contenga á los súbditos, preciso es que produzca fuerza, y haga sentir tambien presion en la mano del que reprime. Si ésta se halla suelta, no constreñirá á los demás.

Italia, pues, no fué independiente; porque fué cabeza. Ya hemos visto que esto es ser dependiente por reciprocidad. Sus destinos fueron desde luego européos. Es más; la independencia no le hubiera sonreido; le hubiera parecido abdicacion. Las soberanías parciales y efímeras, que se formaban en derredor de ella, le parecian desmembraciones anárquicas y usurpaciones ilegítimas. Á los Emperadores, donde quiera que estuviesen, en el Bósforo, en el Danúbio, los creia sus Soberanos legítimos. Á los parciales detentadores de la potestad suprema, aunque estuvieran en Italia, los denominó tiranos. Cuando el Emperador estaba ausente ó lejano, se quejaba de él, como si la tuviera abandonada, ó como si se encontrara vendida.

Cuando los príncipes bárbaros parecieron no ocuparse más que de sus nuevos dominios, enmedio de las comunidades y *señorías* de Italia y de los nuevos Estados que se organizan en Europa, Roma continuó la idea del Imperio, primero en su Senado, despues en sus Pontífices. Por eso el Pontificado, considerado temporalmente, léjos de cometer una usurpacion, ejerce una tutela. Entre las mil soberanías tributarias, que se levantan en derredor suyo, bajo diferentes formas, el Pontífice de Roma aspira á la igualdad; pero léjos de aspirar á la supremacía, la declina y rehuye cuidadosamente. Comprende siempre, en un sentido eminentemente político y religioso, la separacion de los poderes; y cuando por el estado y carácter de los nuevos Estados, se encuentran sin Emperador, el Pontífice no le suplanta; ántes bien le crea y le consagra.

Para los Padres y Doctores de la Iglesia, la unidad del mundo, que fué la preparacion histórica del advenimiento de Cristo y de la predicacion del Evangelio, era, sinó indispensable, muy conveniente á la propagacion de este. Por ello San Pedro toma posesion de Roma. Allí, donde pasarán los Emperadores, quedará, á pesar de eso y aun por eso, la cabeza del mundo con el Pontificado. Por ello tambien ya en el siglo III escribia San Irenéo su obra inmortal sobre la UNIDAD DEL GOBIERNO DEL MUNDO contra los gnósticos, los cuales, igualmente que otras herejías, conspiraban por el fraccionamiento, así del centro y de la autoridad religiosa, como de la gobernacion y de la política.

No usurpa, pues, el Pontificado la púrpura; pero sí la conserva como en depósito.

Es de advertir que cerca ya del cumplimiento de aque-

lla etapa providencial; ó la prevision sobrenatural de ella, ó por lo ménos (aunque sea sólo humanamente juzgando), un gran instinto político hace adivinar á los Pontífices la necesidad de su alianza con la raza de los Carlovingios. Gregorio II y III envían Legados á Cárlos Martel. Leon III, apénas elevado al sólio pontificio, los envía tambien á Carlo Magno, y con ellos, además, las llaves del sepulcro de San Pedro y el estandarte de la ciudad de Roma, como signos de la soberanía, invitándole á la alianza y amistad con el Príncipe de los Apóstoles contra los Lombardos. El elegido de Dios, que con aquellas llaves ha de abrir, para sacar del tesoro de los Apóstoles, en el centro del mundo católico, el resguardado manto imperial, somete la Aquitánia, *pasa los Alpes*, sujeta á los Lombardos, y viene á Italia para resucitar el Imperio, recibiendo de aquel Santo Pontífice la consagracion y la investidura. Compartiendo con el Pontífice la autoridad, no ejerce la religiosa, ejerce sí el protectorado político: rival y amigo del califa Harum-al-Raschid, como que no quiere serle inferior en nada.

Fué el Imperio de Carlo Magno una vasta dictadura para domar á los Sajones, emancipar de los Lombardos al Pontificado, y resistir á los Árabes. Esta fué su mision histórica: la idéa capital de la misma, en el órden político, la autonomía de la raza y gente Italiana, la cual desde el Tíber y el Pó ha de mandar, por un derecho circunscrito y limitado, que no sea comun á toda Europa, la cual se creerá patricia de aquella gran ciudadanía.

IX.

EL PONTÍFICE Y EL SANTO IMPERIO.

Así se funda el Santo Imperio. Digan lo que quieran Jornandes y los historiadores godos, Carlo Magno se halló el jefe más preponderante de las naciones Galo-francas y de los pueblos Germanos.

Era el Emperador de Occidente; era el Rey de Lombardía.

El Papa, dispensador de tan altas investiduras, pero supremo representante de la autoridad y de las grandes idéas que el Cristianismo habia traido al mundo, hizo lo que era preciso para que aquel poderoso Príncipe no se creyera, como los déspotas de Oriente, ó como los Césares paganos, soberano dueño y señor absoluto. Los cristianos no podian ya ser esclavos. La antigua soberanía popular habia enjendrado un poder demasiado brutal y omnímodo. Para un pueblo tan religioso y tan creyente, el derecho divino era un freno, una barrera: el Vicario de Cristo en la tierra, el representante del poder de Dios, y de la libertad é independencia de la conciencia humana. Pero muy léjos de intrusarse en el Imperio quien le consagra, en vez de abolirle ó de suplantarle, le resucita. No ha de escarnecerle y humillarle quien bajo sus águi-

las se abroquela. Leon III no abdica, aclamando á Carlo Magno. ¿Á quien habia de hacer Emperador, sinó á él? Revístese la historia de aquella época, y dígase de buena fé si se destaca otra figura comparable con la del vencedor de los Lombardos.—Andarán los tiempos y el Pontificado no se desmentirá, ni en su prevision, ni en sus tradiciones.

Gregorio VII no aspira á destronar, y ménos en provecho propio, á Enrique IV. Hace con él, con diferencia de tiempo y accidental diversidad de circunstancias, lo que habia hecho San Ambrosio con Teodosio el Grande. No es el rival del Emperador; es el gran Sacerdote del Catolicismo; es el tribuno apostólico de la gran República cristiana, y algo más alto que Virginio y los Gracos; es el gran Justicia de los fueros y libertades de la república cristiana, algo más fuerte y no ménos perseguido que Lanuza. Los Pontífices no pretenden ser Emperadores. Á lo que aspiran los Pontífices es á que no haya un Emperador Franco y otro Germánico, sinó que el Emperador de Occidente sea Emperador Romano. Pero lo que no se les ocurre es que el Papa, aun cuando sea, como frecuentemente era, Romano, sea Emperador; ni que el Emperador mismo haya de ser forzosamente Romano, ni Italiano de nacimiento. Y es que el Pontífice era católico; el Emperador européo: el uno era el heredero de los Césares; el otro el succesor del Príncipe de los Apóstoles.

Á la muerte de Carlo Magno, vuelve á dividirse el Imperio. Estéban III consagra á Ludovico Pio. Los hijos de éste se reparten de nuevo el poder imperial. Pero desde entónces, ora sea un Rey Franco, ó un Príncipe Germánico el que mande en Italia; ya se llame Lotario ó Cárlos, ya Othon ó Enrique, Conrado ó Federico; ya sea

más ó ménos Carlovingio, ya se llame de Franconia ó de Suevia, el que ha de obtener la primacía entre todos los Monarcas de Europa, ha de ser coronado en Roma, y unjido en aquel San Pedro que ha reemplazado al Capitólio; ha de ser denominado Rey de los Romanos; ha de tomar en sus manos el globo imperial de Constantino y de Justiniano.

El interés de poseer la Italia no era tanto por enseñorearse de aquella tierra, que tal vez abandonaban á su anarquía interior, á sus *señorías* independientes, ó á sus sangrientas parcialidades, y en donde á veces no volvian á poner los piés; como porque solo de la Italia les venia el prestigio, y la consagracion del poder que habian de ejercer en las dos márgenes del Rhin, del Elba, del Ródano y del Danúbio. Y era menester la consagracion romana, porque la Providencia y la historia habian traido la herencia del Senado y del pueblo de Roma, á manos del Supremo Sacerdote de la Iglesia Católica, que sumo intérprete de la ley evangélica, se encontró además, por una série de portentos y acontecimientos, depositario de la ley régia de los antiguos tribunos.

En el siervo de los siervos de Dios se concentraba la magestad de los comicios. Por eso, con procederes más ó ménos acomodados á las circunstancias de los tiempos, con más ó ménos irregularidades accidentales, producto de aquellas sangrientas catástrofes y de aquellas bárbaras luchas, y de aquellos soberbios caractéres; con formas más ó ménos solemnes, é imponentes y terribles, se encontró el supremo juez y árbitro de aquellas contiendas, el dispensador de aquellos derechos; y por eso su autoridad y su sacerdocio no eran tampoco italianos, sinó universales, católicos.

Las guerras de las investiduras no fueron, en su esencia, otra cosa. Los mismos desórdenes é intrigas que acompañaron á la eleccion de los Pontífices, los cismas prolongados entre casas soberanas ó fracciones poderosas, á propósito de la eleccion de los Papas, no reconocieron otro orígen sino que todo lo de Roma era universal, no solo en el dominio de la religion, sino en el órden de la dominacion temporal del mundo. No habia interés ninguno transcendental en la designacion de un obispo de Reims ó de Soissons, que dirigiese la conciencia del succesor de Clodovéo ó de Hugo Capeto; pero el mundo podía conmoverse, y los poderes de la tierra agitarse, para conocer y tener propicio á aquel anciano Rey de pocos dias, salido del fondo de un claustro, ó criado en una cabaña, que había de decidir en última apelacion, si habia de ser Alfonso de Castilla ó Rodulfo de Habspurg el succesor de César y de Carlo Magno.

X.

FRACCIONAMIENTO: ESPÍRITU CONQUISTADOR.—TESTIMONIO DEL DANTE—INDEPENDENCIA DE LA ITALIA DE LOS SIGLOS XIII, XIV Y XV.

En vano en la anarquía que sigue á la extincion de la casa de Suevia, se desenvuelven con tanta fuerza y tanta vitalidad en el seno de Italia los gérmenes de vida, que abriga siempre en su seno aquella tierra de tanta expansion y de tanta energía. Ninguna de aquellas soberanías locales, ninguna de aquellas admirables repúblicas, ninguna de aquellas esclarecidas familias, ninguno de aquellos poderosos bandos abandona, negándola ó concediéndola, la idéa tenaz del Imperio, que aun en los mismos momentos en que deja de ser una realidad, grava y actúa sobre sus imaginaciones, como una pesadilla, de la cual no pueden despertar. Pero en este período, hasta los despedazados miembros de la gran familia Italiana, como si lo fueran de un pólipo de guerra y dilatacion, siguen su taréa de asimilacion y de conquista. Las repúblicas y señoríos de Italia no se funden; pero conquistan y guerrean. Conquista Pisa, conquista Venecia, conquista Génova; y hasta Amalfi, y Cerdeña, y Sicilia. Para los Gibelinos, el Emperador es siempre el símbolo de la gloria, del poderío, de la tradicion nacional; para los Güelfos,

la absoluta independencia local de sus señores ó de sus magistrados.

El génio más liberal, más unitario, más independiente de toda la Italia de los siglos medios, y el que ha escrito bajo la forma de un poema teológico el libro más instructivo y más fotográfico de los sentimientos y de las grandes idéas de la Italia, harto sabido es, cómo era Gibelino, cómo era imperialista, y cómo coloca en el último pozo de los infiernos á Judas y á Bruto, á ambos juntos en el más hondo vórtice del Tártaro, como lo estaban en la síntesis de su inteligencia el *tradittore di Cristo* y el asesino de César [1].

Nos acordamos de haber leido en algunos historiadores, y hasta en historiadores italianos, que la independencia de Italia desaparece del todo en el siglo XVI, despues de las victorias de Cárlos V, y bajo el peso de la dominacion española. Cuando esto leiamos, buscábamos con afan cuál podia ser la independencia nacional que los italianos tenian en los siglos XIII, XIV y XV, para que así la llorasen bajo las armas del poderoso Emperador. ¿Era, por ventura, en la Roma de aquellos siglos, que contendía con el Emperador Federico; en que el Papa Martino IV era nombrado, por voto unánime popular, Senador Gobernador temporal, ó en la que se combatian y condenaban las doctrinas de Guillermo de Santo Amor, ó finalmente, en donde nacían las órdenes mendicantes, y en donde germinaban y se predicaban las cruzadas que despeñaban la Europa sobre el Ásia; época memorable,

1 Podríamos hacer un libro más voluminoso que estas páginas con las citas de Dante que comprobaran nuestro aserto.—¿Para qué? Véase toda la *Divina Comedia*; pero, sobre todo, el episodio de Sordello en el Purgatorio, y la aparicion de Justiniano en el planeta Júpiter, en el Paraiso.

cuya síntesis es ser grande y heróica en cuanto toca al carácter sagrado de depositaria de la fé y cabeza del mundo católico, y pequeña y desgraciada en cuanto concierne á su individualidad y privada gobernacion?

¿Ó radicaba la independencia de Italia en la Toscana de los Güelfos y Gibelinos, ó en la Génova de los negros y los blancos? ¿Era bajo el poder de Ezzellino de Romano, de Galeato Visconti, de Sforzia, de Ludovico el Moro, de los Estes, y más tarde, de los Borgias? ¿Estaba la independencia en Sicilia, víctima de Manfredo, de los Normandos y de los Aragoneses, ó de Prócida y las famosas proverbiales Vísperas; en la Nápoles de aquella Juana que brinda con el trono á amantes extranjeros, y que hoy decapita á los Angevinos, para entregarse mañana á los Españoles? ¿Es en el ducado de Saboya, cuyos Príncipes van á ser Gobernadores de las provincias y Generales de los ejércitos del Rey de España? ¿Es la Italia independiente la Italia invadida por las armas del hijo de Luis XI, ó amenazada por los ejércitos de Francisco I, ó sujeta á los Gobernadores de Maximiliano? ¿Es la Italia del suplicio de Arnoldo de Brescia ó del martirio de Savonarola? Preguntad por esa independencia al Dante, y le oiréis llamando á gritos á su querido y lejano Emperador; ó á Machiavelo más tarde, y os describirá un príncipe como su patria lo habia menester.

XI.

AUTONOMÍA ITALIANA.
DE ITALIA, EN EL IMPERIO DE CÁRLOS V.

Pero al fin este Emperador advino; este Príncipe se encontró: Cárlos tambien; grande como el que consagró Leon III. Lloraba por él la Italia; pedíale al cielo; y él, que en su solitario castillo de Gante, como Napoleon III en su fortaleza de Ham, habia soñado en una nueva organizacion del mundo; cuando súbita é impensadamente se encontró con la realidad impensada de heredero de los reinos de España, de las coronas de Austria, Alemania, Bohemia y Hungría, del ducado de Borgoña, y del porvenir inmenso, fantástico, y todavía no bien deslindado, de la América recien descubierta, para fundar, como fundó, sinó la monarquía universal, que con harto motivo pudo pasar por su mente, á lo ménos esa unidad política que se llama Europa, fundiéndola de todos aquellos miembros desunidos y aislados, necesitaba la Italia; y la Italia necesitaba de él, como necesitó más tarde de Bonaparte.

Desde que hubo un Emperador elegido en Aquisgran y triunfador en Toledo, como su predecesor lo habia sido en el Sena, necesitó consagrarse en Roma, venir á arrodillarse César en el Vaticano. La Italia le recibió, no como á quien esclavizaba á los italianos, sinó como á quien

arrojaba de su suelo á los franceses; y la autoridad que de ella recibe, y que en ella ejerce, no se parece en nada á una dominacion directa, ni á una asimilacion administrativa, sino al alto protectorado imperial, al eminente señorío cesáreo. Comparad la situacion que se créa despues de las victorias de Cárlos V, con la situacion más antigua; ó más bien comparadlos con otra bien moderna, con la paz de Villafranca, si sus estipulaciones se hubieran realizado.

No me objeteis contra lo que voy á decir, el juicio de la Inglaterra. Fuera de que Inglaterra no puede ser imparcial ni con Roma ni con Italia, á las cuales no ha de mirar nunca bajo el punto de vista nuestro, esencial en ellas, que es el católico, tenemos que declarar una gran verdad, que hemos aprendido en la historia, y que miramos como axioma:—"Los ingleses ni hacen ni comprenden la historia. La Inglaterra no entra en el cuadro de la historia política, sino de la historia comercial."—Hablábamos de la situacion política creada despues de las victorias de Cárlos V; de aquella situacion tan católica como italiana, y aun española. Analicémosla.

Venecia, no sólo quedaba libre y señora, sino restituida de la desmembracion con que habia querido castigar su poderío la liga de Cambray. Florencia fué gobernada por los Médicis; Génova recobró su soberanía bajo el glorioso escudo de los Dorias; Príncipes italianos eran los Farnesios de Parma; italianos fueron los Viscontis de Milan; los duques de Saboya ganaron para sí y para su hijo las victorias que sellaron la independencia de sus Estados, y con que se elevaron á Reyes; Nápoles y Sicilia continuaron en aquella antigua y tradicional casa de Aragon, más italiana que la de Saboya, y por cuya san-

gre el Emperador venía á ser más italiano que los Filibertos y Amadéos. Y si Roma sufrió de las huestes de Cárlos un espantoso saquéo, cuyos accidentes se complican con la condicion de un caudillo francés y el fanatismo de bandas luteranas, no pensamos que, aparte de los accidentes del hecho, y considerando sólo el aislamiento temporal del Pontífice, le desaprobarían ahora los que vieran el carácter personal ó las antipatías políticas de un Papa, como un obstáculo para el arreglo de las cuestiones italianas.

Cárlos V no quitó al Papa sus Estados, ni le disputó sus prerogativas, ni dejó á las proposiciones de Lutero, cuando no era más que el protegido del Landgrave de Hesse, la influencia anti-papista que tiene hoy Lutero, ó el luteranismo, montado en 80 buques de línea que no son italianos. El Concilio de Trento tuvo lugar, á pesar de los Russell y Palmerston de aquel entónces. Y el representante de la unidad européa, que consideraba la idéa catolicismo como una idéa tan altamente política, que trató á la reforma como una sedicion y rebeldía, no podia mirar á la cuna del catolicismo como provincia y vasalla.

Digan lo que quieran los que sólo leen la historia por los libros franceses, y que creen que las idéas de independencia y libertad nacieron en la Asamblea Constituyente, ó que no hay más italianismo que los programas de Mazzini; Cárlos de Austria no fué el opresor despótico, ni el tirano extranjero de una Italia, que encontró despedazada y envilecida, y que dejó gloriosa y hermanada. Tantos generales italianos como españoles, hubo en sus ejércitos; Cárlos V, hombre européo y génio cosmopolita, sin nacionalidad fija y sin patriotismo local, fué el

restaurador del Imperio de Occidente, fué el Soberano de todos los pueblos de quienes era por sangre y espíritu, universal compatriota; fué el descendiente verdadero de Carlo Magno, el jefe de las naciones latinas, no español, (esta es ciertamente su censura para nosotros) pero sí sobre la base española; como el antiguo debelador de los sajones, sobre la base Franca. Aquellas y sus contemporáneos le creyeron tan poco germánico, que el Poeta soldado de sus legiones, que murió delante de Fréjus, á su vista, pudo cantar de sus caudillos:

Aquellos capitanes
En la sublime rueda colocados,
Por quien los alemanes,
El duro cuello atados,
Y los franceses van domesticados.

Garcilaso no menciona entre los sometidos, á aquellos italianos, á quienes no habia tomado más que la riquísima armonía de su idioma y la versificacion con que enriqueció su lengua. Habla sí de los enemigos ó de los dominadores de Italia, que eran vencidos ó sujetados por el Emperador.

XII.

CARLO MAGNO: CÁRLOS V: LUIS XIV: LA REVOLUCION FRANCESA: NAPOLEON.

Cárlos V no fué tan feliz contra los Sajones herejes, como Carlo Magno lo habia sido contra los Sajones idólatras. Faltóle el tiempo y la vida para sus planes ó para sus sueños; y sin esperar, estrellóse contra la Francia, y contra la reforma; y ántes de dar lugar á que una coalicion le amarrase á una roca, vínose él por su pié á Yuste, otra Santa Helena; bastante cuerdo para dejar subsistente en el mundo, ya que no todo lo que habia querido, sí á lo menos todo lo que habia acabado. Su hijo fué bastante poderoso para dejar de ser formidable. Su hermano fué Rey de Romanos, y Emperador. D. Juan de Austria fué más que el Príncipe Eugenio. Doña Margarita y la Gobernadora de Parma, fueron más que las Reinas Bonapartes de Etruria y de Holanda.

Aquel Imperio era más sólido; tenía en el mundo, por él tan renovado y tan conmovido, más vínculos históricos. Como una de esas antiguas catedrales no concluidas, quedó sirviendo para el culto de todos los pueblos. Las conquistas violentas se las lleva el humo de una batalla perdida. El Imperio francés lo deshicieron en tres

meses Wellington y Metternich. Á los ocho meses de Waterloo, la Italia era del Austria. Despues de Cárlos V pasa mucho tiempo todavia ántes de que aparezca Richelieu para demoler su obra, y ántes de que Luis XIV crea que es dado á la vanidad representar en el mundo el mismo papel que á la ambicion.

La tarea del grande Emperador fué fundar, constituir. El papel de la Francia es destruir. Cárlos V acomete y emprende todo lo que es européo. La Francia descompone todo lo que no es francés. Á Cárlos V, la unidad: á la Francia de Luis XIV, el equilibrio.

Y sin embargo, esta idéa llegaba en sazon. Aproximábase la época en que la unidad iba á ser una quimera, y la Europa práctica inauguraba una época de confederacion sin preponderancias, sin Imperio. Los Imperios no se organizan ni se perpetúan por la fuerza. Los Imperios los crea y los mantiene la representacion de un principio, de una idéa. El Imperio romano se creó para la unidad de la ley: Carlo Magno recibió de Roma la investidura para fundar en la anarquía bárbara una unidad religiosa: Cárlos V se apoya en la idéa religiosa, para la unidad moral, que es su obra.

El siglo XVII y XVIII vienen al mundo con idéas enteramente contrarias. La destruccion del Imperio de Cárlos V por los succesores de Francisco I, es una obra de revolucion, que continúa el cisma y la reforma, y que precede é inicia la revolucion de 89. Al principio de que todos los hombres son iguales y libres ante la ley, debia preceder la declaracion de que todas las nacionalidades que tienen razon de ser, debian ser igualmente representadas en el Congreso de las Potencias.

Un vago y tradicional instinto solamente la empujaba

á atacar al Imperio en su base, en su cabeza, y á arrebatar la Italia á su dominacion; pero en la reconstruccion de la obra y en los detalles de la ejecucion no habia de parte de la Francia de entónces, ningun pensamiento transcendental ni fecundo. En aquella política no habia más que vanidad egoista, míope personalismo, endiosamiento pagano, fuerza anárquica y desorganizadora. Los tratados, los pactos de familia, hechos en ódio al Imperio, no fueron en favor de las naciones, sino de las dinastías reinantes. Se habló en nombre de la casa de Francia y de la casa de Austria, como si no hubiera Europa; y entretanto que la Francia, la Italia, la España, el Pontificado, la Inglaterra, huérfanos del pensamiento de los grandes Soberanos, vivian y se agitaban bajo la tiranía descreida de Reyes y Ministros, que en el ajedrez de sus guerras y en la mesa de banca de sus diplomácias, perdian y ganaban reinos, en naipes que llamaban mapas, el trabajo de Dios y el del espíritu humano iban construyendo en el mundo européo una nueva unidad formidable de libertad y de independencia, que tuvo una terrible representacion contemporánea.

¿Cuál fué en este drama el papel de la Italia, que por espacio de dos siglos habia sido el campo de batalla en la lucha de la Francia con los restos del Imperio? Ya lo hemos dicho. La nueva idéa se habia encarnado en la Francia. Y como si la Providencia hubiera querido proporcionar una solucion consiguiente á los antecedentes de la historia, para personificar esta revolucion, envió á un Italiano. Napoleon, nuevo Pipino, pasando los Alpes para destruir á los nuevos Lombardos, vuelve nuevo Carlo Magno, para ser,—¡tal al ménos lo debiera, tal parecía serlo!—el Emperador de la libertad; y los Italianos, con-

secuentes á su eterno y fatal destino, saludan la época de su emancipacion, no en el dia en que recobran su independencia, sino en el que son uncidos de nuevo, eternos gibelinos, al carro triunfal del nuevo Emperador de los Francos, y le pasean con nacional orgullo en sus cesáreas conquistas, á través de todos los campos de batalla de la Europa.

XIII.

CUESTION DE HOY: PLEITO DE SIGLOS.

Pero aquí se presenta una diferencia esencial, que se escapó á la perspicacia y al génio del moderno César. Llevó Napoleon consigo la Italia liberal;—pero no llevó la Roma pontificia. Por una fatalidad, que pesa horriblemente sobre el destino de la Europa moderna, y que ha de influir por mucho tiempo en la solucion de todas las cuestiones européas, la libertad, que habia nacido cristiana, al pasar por la Convencion francesa, se había hecho racionalista y atéa.

Pio VII no pudo ser Gregorio III; y Bonaparte, que no se creia Enrique IV, y que no tenía miedo de morir proscripto en una isla extranjera, como Federico de Suevia, por haber incurrido en los anatemas pontificios, no pudo ser el hombre de la conciliacion de la libertad con la Religion. Desgraciadamente para su destino, estas dos idéas se divorciaron en su persona, y para mayor desventura, quedaron divorciadas para la Italia.

Despues de la caida de Napoleon, la Italia vuelve á ser súbdita del que en la reaccion de 1815, aunque con

diverso nombre, vuelve á ser Emperador; y el Pontífice, que por católico no habia dejado de ser italiano, ni en 1815 ni en 1848, ni en todas las épocas pasadas, y presentes y aun venideras, deja de ser italiano, para no ser más que imperialista. La historia sigue su curso inexorable, y la legitimidad imperial vuelve á consagrarse. Ya no va á arrodillarse á Roma, para prosternarse ante el Pontífice; pero se apresura á firmar el Concordato, así que se levanta en el Sena el trono del nuevo César, que puede volver á poner en tela de juicio ese pleito de mil años; si el jefe del Imperio romano ha de ser el que mande en el Sena, ó el que tenga su córte germánica en las riberas del Danúbio.

En ese secular litigio estamos todavía. La independencia de la Italia podrá ser el resultado del gran movimiento que tiene lugar en aquella península. Pero nada de cuanto hasta aquí ha sucedido, nos hace creer que sea éste el objeto que se ventila entre las dos potencias, la que conserva á Venecia, y la que ha adquirido á Saboya y á Niza.

En cuanto á los italianos mismos, no dudamos que el derecho de pertenecerse á sí solos, es ahora su aspiracion. Pero esta pertenencia exclusiva, como hecho, no se ha realizado jamás en la historia; y como idéa y pensamiento, es de tal manera moderna, que es contemporánea de la generacion que se afana por realizarla. Ha sido menester la enseñanza de muchos siglos, para que parezca servidumbre lo que fué en algun tiempo dilatacion y dominio. Ha sido menester una revolucion fundamental en la manera de sentir la política y de juzgar la historia, para que á un corazon italiano de nuestra edad le sonria como sueño de gloria, lo que á algun gibelino de hace cuatro

siglos le pareceria sin duda acto de decadencia y abdicacion.

Entre tanto, — nada hay definitivo.

Los arreglos no han sido más que tréguas: el último el de Villafranca.

—¡Vivir para ver!

XIV.

UNIDAD.

—LA UNIDAD DE ROMA, Y AUN LA UNIDAD DE ITALIA, ES LA UNIDAD DEL MUNDO.—LEY PROVIDENCIAL.

Hemos estudiado ya bastante lo que fué, lo que puede ser la independencia de Italia, y como por la mano somos traidos á tratar la cuestion de su unidad. Tan enlazadas se hallan, á la verdad, una y otra, que pueden considerarse una sola: más bien que diversas, son la consideracion de una misma idéa bajo dos puntos de vista diversos, aunque convergentes.

Hemos afirmado, hemos procurado demostrar que la Italia no fué nunca independiente, porque sus destinos estuvieron siempre, y estarán ligados con los destinos del mundo. Hoy vemos en la historia, y creemos leer en el porvenir, que tampoco ha sido ni podrá ser UNA por sí sola, sino con el mundo Católico. Esto, que más especialmente afirmamos desde ahora, y demostrarémos despues, respecto á Roma, esto mismo afirmamos y nos proponemos convencer hoy, respecto á Italia. El gérmen, y aun la síntesis de nuestra demostracion, está en lo que llevamos expuesto; otras razones, que deducirémos de la consideracion filosófica y de la exposicion histórica de la idéa de la unidad política y de sus desenvolvimientos,

despues de servir á esta parte especial de nuestro trabajo, vendrán á corroborar nuestras anteriores afirmaciones. Aquí, como en otras materias, segun pedia el gran poeta y legislador del buen gusto,

Alterius sic
Altera poscit opem res, et conjurat amicè.

La idéa de la unidad, fuera de la familia ó de la tribu, ó cuando más, fuera de los límites circunscritos de ciertos accidentes geográficos, no es espontánea. La independencia le es antítetica: la unidad, consecuencia del predominio ó de la lucha, se impone por la sumision.

Donde el elemento social es la familia, libre y naturalmente constituida, y su necesaria concentracion en el hogar; con el hogar y con la familia coexisten el aislamiento y la independencia. El hábito y el cultivo de la independencia familiar resisten la agrupacion fuera de los límites en que la necesidad la hace indispensable; y ésta resistencia contradice la unidad. De este principio se deduce un hecho histórico que es bien fácil comprobar.

Ninguna de las grandes divisiones geográficas de nuestra Europa, constituian algo que se parezca á lo que hoy se llama Nacion. Los Cimbros y los Bretones, los Celtas y los Iberos, los Armoricanos y los Auvernios, los Turdetanos y los Cántabros, los Ligures y los Etruscos eran tan extraños entre sí, y las variadas subdivisiones de éstos nuestros antepasados, aunque habitaran en un mismo territorio, y á veces á la ribera de unos mismos rios, eran entre sí más independientes que hoy lo son los rusos y los franceses, los austriacos y los españoles.

Crear la unidad del mundo, fué la mision de Roma; lo fué tambien, aunque en segundo término, la de Italia,

cuerpo y manos y brazo y corazon de aquella cabeza, despues que fué la primera sometida, y recibió la unidad, que ántes que á nadie se le impuso.

Pero ni Roma, ni Italia misma, son una nacion territorial: en los pueblos sometidos por Roma hay independencia; tampoco hay unidad. La unificacion de Europa y del mundo ha de venir de Roma.

Mas ¿cuál es la ley providencial que á ello la obliga? Así como para el advenimiento de su Hijo en la plenitud de los tiempos, prepara Dios una raza, un pueblo, una familia, desde las eras bíblicas; así para revelar á los hombres la Buena Nueva, venido el Salvador, que ha de atraerlo todo hácia sí, manda á la unidad que allane los caminos al Dios único; y prepara á otro pueblo, y en él elige á una ciudad á quien confía este grande y misterioso destino.

No importa que ella le desconozca. Impreso lleva en sí el espíritu de la dominacion, y la fuerza de la asimilacion universal. Instrumento de las miras de la Providencia, vá donde ésta la lleva, sin saber cómo, ni preguntar para qué. Impone al mundo vencido la unidad, por la fuerza y por la ley, como siglos despues se la impondrá por la verdad y por la enseñanza, por la fé y por la autoridad.

Ya hemos dicho antes de ahora en estos apuntes, que la unidad romana del mundo es la preparacion histórica del advenimiento de Jesucristo. Hoy lo repetimos, porque sólo así se comprende la historia.

Más adelante, hablando concretamente de Roma, explicarémos cómo procede en esta obra providencial. Hoy nos basta consignar que el mundo civilizado no tuvo unidad hasta que se la dió Roma.

XV.

DE LA CONSTITUCION DE LAS NACIONALIDADES EUROPEAS. —PORQUÉ NO HÁ LUGAR EN ITALIA.

Las nuevas nacionalidades que han llegado hasta nuestros dias, no son más que fragmentos del despedazado coloso. Así como tantos edificios se hicieron con las columnas y piedras de los monumentos romanos, así los bárbaros del Norte que destruyeron el Imperio, al desmoronar el colosal edificio de la administracion romana, construyeron nacionalidades con los grandes trozos de aquella sociedad. En la espantosa conmocion de aquella maréa de pueblos, cada nacion de las que hoy conocemos, se formó de dos elementos: de la forma cohesiva que le habia dado la asociacion romana, y de la substitucion con que en cada una de las que fueron provincias, se reemplazó á la autoridad de los gobernadores, pretores, procónsules ó prefectos; á saber, la unidad de una raza bárbara con el caudillo que la representaba. Así los Visigodos en España; así los Francos en las Galias; así los Anglos, los Sajones, los Lombardos, los Borgoñones y los Ávaros, y las demás grandes familias y derivaciones de ellos en los diversos distritos del mundo romano.

Con estas ó las otras circunstancias ó accidentes, más ó ménos esenciales y variados, en toda la Europa central

y meridional se repite el mismo fenómeno; una sociedad romanizada; una tribu, casta, ejército, horda ó raza, siempre en menor número que el pueblo sometido, y que entra á gobernarle con nuevos principios, usos y costumbres que él trae, recibiendo á su vez civilizacion, leyes, costumbres, trajes, lengua, religion é instituciones del mismo territorio y pueblo en que se asienta y fija.

Especialmente en las Gálias, en Inglaterra, en las Españas, en las orillas del Rhin y del Danúbio, los bárbaros formaron esas naciones compactas y poderosas, que se llamaron España, Francia, Inglaterra y Alemania. Sus ejércitos fundaron poder; sus familias, nobleza; sus caudillos, monarquías primero, y dinastías despues; sus repartimientos, sus guerras y sus tratados, política; y los límites de sus posesiones, más ó ménos acomodados á las condiciones geográficas, naciones más ó ménos determinadas.

Este trabajo de reconstruccion, esta taréa de armonizar los poderes, que entónces sustituyeron á la ciudad de Roma, con las condiciones naturales de cada una de estas divisiones, y en combinacion con las necesidades, vicisitudes y progresos de la civilizacion germano-romana, que reemplaza á la civilizacion del mundo imperial, es lo que constituye la historia de Europa desde el siglo IV hasta el dia en que vivimos; y que sólo espíritus muy limitados, ó sumidos en una ignorancia que ya no es permitida á la educacion más superficial ó rudimentaria, pueden creer no ya definitiva, pero ni siquiera demasiadamente adelantada.

El mundo camina siempre, aunque ya hemos visto que no siempre sabe á donde vá. Vá á donde le lleva la Providencia. De lo que es responsable siempre, es de

sus crímenes; muchas veces lo es de sus errores; de su destino, nunca. Pocas palabras añadirémos á esto, pero de esperanza y consuelo. La sociedad política ó diplomática vale siempre aun ménos que la civilizacion social. Así como, por ejemplo, la civilizacion italiana de los siglos XIII, XIV y XV, valía más que su espantosa anarquía gubernativa, así la civilizacion européa vale hoy más que su monstruosa organizacion internacional.

La contemplacion de lo presente y las aspiraciones de lo futuro, nos han distraido involuntariamente algun trecho de nuestro camino.—Volvamos á él, considerando cuál sea la explicacion del fenómeno histórico de que, como en otros pueblos, no se haya desarrollado ni fundado en Italia una unidad fuerte, una nacionalidad moderna.

Cabalmente donde encontró más dificultades la desmembracion bárbara, que dió nacimiento á las nacionalidades modernas, fué en el país más próximo á la entidad dominadora. Los bárbaros apagaron pronto en los extremos la vida central; pero no fueron bastante fuertes para destruirla en la cabeza y en el corazon de donde irradiaba. Ataulfo y Clodovéo reemplazaron fácilmente á los procónsules y á los jefes de las legiones imperiales. Los pueblos no vieron alguna vez más que un cambio de delegados. Pero ni Alarico, ni Odoacre, ni Teodorico pidieron sustituir á los Césares. El Emperador á quien Roma enviaba la púrpura, era siempre el representante de la unidad de Roma, aunque se llamara Zenon, Justiniano, Anastasio ó Heráclio, y residiera en Constantinopla. El mismo Teodorico, para asegurar su dominacion, cuida de que esta idéa no muera; y cuando la Italia, á la muerte de Justiniano, queda reducida á un Exarcado,

no entra en su comprension la idéa de ser provincia. El corazon de la gente latina se rehace contra la barbárie, y no la admite ni la recibe nunca en su seno, como las otras regiones de aquel vastísimo Imperio.

Iríamos muy lejos en esta investigacion, ó habríamos de tomar, para explicar este fenómeno histórico, el símil de algunas teorías de la formacion de la tierra, segun las cuales, al desprenderse un pedazo del sol, su superficie enfriada tornóse en costra endurecida, sobre la cual se levantaron sólidos continentes, mientras que el núcleo interior conserva en eterna fusion la férvida incandescencia del astro originario.

No de otra manera conservó ardiente las regiones vecinas al Capitólio, el fuego de aquel sol del mundo, que fué el GLOBO IMPERIAL. Todo lo que era bárbaro, escandinavo, tudesco, hunno, gótico ó lombardo, se fundía y disipaba al acercarse á su centro. ¡Solo la Cruz no se derritió con el contacto de aquel horno de dominacion y de imperio! Como uno de los prodigios de las leyendas de aquellos siglos, resistió á la prueba del fuego, y por eso allí se alzó Señora y santificada, emblema de un nuevo, místico, santo, milagroso y espiritual Imperio, en la ausencia y orfandad de toda señal visible de poder en que quedaba una region, á la cual el poder que ella creó no llegaba, y que al que en otras partes le sustituía, lo despedía y pulverizaba.

Derrocado el Imperio romano, hemos visto ántes cómo no hay en Italia autoridad que sea independiente. En el seno del nuevo Imperio, despues de extinguida en Adelchis la dinastía Lombarda, no hay ningun centro italiano que sea unidad.

Los Emperadores de Oriente no dan la unidad á Ro-

ma. La unidad bárbara no la quiere de los Lombardos. Los Pontífices no tienen poder temporal, ni lo quieren, ni lo admiten, sinó en la medida necesaria para ser independientes. Pero, como italianos, llaman á Pipino contra Astolfo, y á Carlo Magno contra Desiderio. Quedan los griegos en el Mediodía, las tribus vénetas en el Adriático, los restos del Exarcado en el Mediodía; pero el Imperio que funda Carlo Magno, no sólo no es, como ya hemos dicho, la independencia, sino que aquel vínculo moral está muy lejos de parecerse á la unidad que se forma en otras partes. Y cuando el poderoso Rey de los francos ha extinguido la última esperanza de la dinastía Lombarda, y viene á Roma á dar gracias al Dios de los ejércitos sobre el altar de los Santos Apóstoles, los romanos le reciben como su libertador, y le dan en recompensa de su victoria, el trono del mundo, aclamándole Emperador de Occidente.

Ya hemos tenido ocasion de observar cómo el Imperio antiguo no era independiente. En el que se restauró con el hijo de Pipino no podia caber la idéa de unidad. Esta idéa hubiera implicado la de separacion y aislamiento. Era una idéa de los bárbaros. Por eso sólo la tuvieron la Francia y la España. Los italianos la desecharon. El débil vínculo de asociacion en que los dejaba el nuevo Imperio, no fué más que un pretexto para quedarse existentes, y con una vitalidad propia, todas aquellas divisiones locales que habia formado, enmedio de los trastornos de tres siglos, el espíritu liberal de la sociedad latina. Las antiguas confederaciones municipales, las que resultaron de las divisiones del Exarcado, los condados casi feudales que habían establecido los condes Lombardos, las colonias vénetas del Adriático, las ciudades lígures de Gé-

nova, las etruscas de la Toscana, y las que en el Mediodía quedan definitivamente emancipadas del Imperio de Constantinopla, se consideran iguales entre sí. Y si alguna quiere aspirar á una supremacía, está siempre el alto protectorado del Emperador para intervenir en sus discordias intestinas, y para mantener aquel equilibrio de administraciones y gobiernos que en ninguno de ellos es soberanía. El título de Rey de Italia que conceden algunos Emperadores á sus hijos, no es más que un título honorífico, como le llevó siglos despues el hijo de Bonaparte. El mismo feudalismo, que sigue á la época de Carlo Magno, y que en las demás naciones de Europa, aunque produzca cáos y anarquía de gobierno, no destierra la idéa de la unidad que les habian dado los bárbaros, no puede producir en Italia los mismos resultados. En los otros pueblos siempre queda un jefe permanente para ir asimilando las divisiones feudales. En Italia, repúblicas y condados, municipalidades y Príncipes, Pontífice, Rey y Prelados soberanos son féudos del Imperio; y el Imperio no es Italia.

El Imperio y la subdivision italiana es de procedencia latina; y es un hecho á lo ménos, (ya que no se admita como un principio y una ley de la historia, cuya significacion anterior ya hemos explicado, estando la explicacion de este enigma en los destinos de Roma católica), que ningun centro, ni raza, ni familia, ni persona latina ha creado unidad, ni fundado dinastía, despues de la destruccion del antiguo Imperio de los Césares.

En los demás paises que nacen de la conquista bárbara, la unidad se revela, á través de las vicisitudes históricas, en cinco hechos fundamentales: la existencia de una familia dinástica, la creacion de un centro general admi-

nistrativo, la preponderancia de una ciudad ó la insignificancia de todas ellas, la adopcion de una lengua nacional, la universalidad de un código. Familia, intereses comunes de localidad, capitalidad, lengua, principio, hé aquí, repetimos, las condiciones esenciales para formar unidad.

En Italia todas las infinitas casas y familias que vemos pulular en su sangrienta historia, sus Estes, sus Viscontis, sus Gonzagas, sus Farnesios, sus Sforzias, sus Dorias y Médicis no pueden nunca llegar al poder, que fundan, ó conquistan y consolidan las inmemoriales régias familias de Aragon y Castilla, los Carlovingios y Capetos de Francia, los Estuardos y Tudores en Inglaterra, la casa de Suevia ó de Habspurg en Alemania, despues los Borbones, y los Braganzas y Romanow en Portugal y en Rusia. Pero no ha habido ni hay hasta nuestros dias una familia Real italiana. La Italia imperial fué representada por lo que ella significaba en el mundo, por las familias imperatorias, por las dinastías Carlovingias, por la casa de Franconia, por la de Suevia y por la de Habspurg. En las luchas modernas, por la casa de Anjou y por la de Aragon: despues, por Cárlos V y la casa de Austria: últimamente por Napoleon I.

El mismo obstáculo se opone á que la independencia y la unidad italianas se encarnen y localicen en ninguna ciudad. Las ciudades importantes que crecen, se desenvuelven, prosperan y se engrandecen enmedio de la espontánea y fecunda actividad de la Italia, siguen la suerte de sus familias. Ninguna es bastante grande, bastante populosa, bastante influyente, bastante preponderante para representar ni una Italia que no existe, ni un Imperio que es más grande que la Italia. Todas ellas repre-

sentaban grandes centros intelectuales, soberanías, políticas muy limitadas.

La Gália hecha francesa, despues de la definitiva separacion del imperio de Cárlos el Calvo, gravita siempre hácia un centro único, que no es por cierto su ciudad más populosa. Lyon, Marsella, Arlés, Tolosa eran más importantes que Paris; pero al fin las fuerzas sociales de la Francia, como girando instintivamente hácia el centro, de donde habia venido la unidad bárbara, acabaron por hacer de la antigua capital de Clodovéo, la metrópoli de su unidad y de su civilizacion.

En España, cuando despues del lento trabajo de la reconquista sobre los Árabes,—que sea dicho de paso, establece diferencias tan profundas entre nuestra historia y la de las demás naciones latinas, y dá un carácter tan especial á nuestra civilizacion,—cuando al fin suena la hora de las grandes monarquías européas, y de la unidad material de todos sus Estados, unidos de antemano en fraternidad de orígen y pensamiento; la union de las coronas de España no se encontró con los obstáculos materiales de una gran capital. Valladolid, Zaragoza y Valencia, Barcelona ó Toledo, estaban harto distantes de ser Florencia ó Génova, Nápoles ó Venecia. Otras más importantes, Valencia, Sevilla y Granada, más ó ménos recientemente conquistadas, tenían carácter y aspecto árabe, en discordancia con sus vencedores; y por tanto no podían ni reclamar, ni ejercer sobre ellos su capitalidad. Ninguna, pues, de nuestras ciudades, volvemos á decirlo, era un centro que localizara tan grandemente la entidad y la accion, que constituian la unidad material y política de la monarquía española.

Una sola habia mayor que todas las otras; y por eso

esa localidad sola determinó despues su separacion, y se creó una existencia excepcional, con otras tendencias, con otras afinidades y otras dependencias. Tener una tan gran ciudad ha valido á Portugal una nacionalidad, aunque reducida y débil. Si hubiera habido en la Península cinco ó seis Lisbóas, ellas hubieran sido tal vez muy prósperas y florecientes; pero la Península española hubiera sido la más pobre y desventurada de las naciones de Europa. La Francia llegaría al Ebro; la Inglaterra al Guadiana: habria unos pobres Reyes de Castilla en Búrgos y en Toledo; y acaso hubiera todavía en Granada un Rey moro, que la Francia y la Inglaterra sostendrían en nombre de la civilizacion y del equilibrio européo, hasta que otra Isabel la Católica osara repetir, enfrente de la diplomacia anglo-francesa de nuestro siglo, la heróica y gloriosísima hazaña, que llevó á cabo la Reina santa de Castilla y Aragon, allanando las torres de la Alhambra, en el semi-bárbaro siglo XV.

Congratúlense, pues, Barcelona la heróica, Sevilla la hermosa y Zaragoza la invícta, de haber confundido sus anales en el haz espléndido de la gran Nacion, que las lleva hoy á todas en su magnífica corona; y no envidien en ninguna parte del mundo la triste suerte de esas hermanas desoladas que llevan en su soledad la pena de su parricidio. Glorifíquense al comparar su próspera vitalidad y su eterna juventud, con la lenta gangrena de esas piernas, que se amputaron para andar solas, ó de esas cabezas sin cuerpo, que pensaron que sin pies ni brazos podían soportar coronas.

Hemos estudiado el Imperio que funda Carlo Magno, y estudiado el carácter y el destino de Italia. Caminamos con la luz de la historia en la mano, y no creemos que

es necesario separarnos del hondo y seguro sendero que marca.

Vamos, sin embargo, á hacer una digresion. Vamos á entrar en el terreno de la hipótesis, siquiera sea por breve rato, para volver á entrar con más seguridad en el de la Historia, que abre el dedo invisible de la Providencia, trazándola con sus hechos los hombres.

Tal vez se nos pregunte:—¿Qué hubiera sido si la Italia de la Edad media hubiese formado una nacionalidad robusta é independiente?

No sabemos qué hubiera acontecido, si los succesores de Albóino hubieran tomado por capital á Roma, y hubieran constituido una Italia *una, sola é independiente.* Lo que sabemos es que el carácter del Pontificado hubiera sido otro; otra la historia del mundo, de la Edad media, de la cristiandad toda entera. Algo hubo de particular para que así no aconteciera; y ese algo no es la voluntad de tal Papa, ni el interés de tal Rey. La historia no se deja influir profundamente por individualidades aisladas. Si Desiderio hubiera podido ser dueño de Roma, hubiera sido Emperador como Carlo Magno. Los Lombardos no estaban llamados á tal destino. No habian adquirido en tres siglos ciudadanía italiana, como los Godos naturalizacion española. Roma llamó, en nombre de la Italia, al que ya representaba todas las grandes nacionalidades européas, al Rey de los Francos y de los Germanos, al conquistador de los Sajones y de los Burgundios, al civilizador de toda la Europa, renovada y reunida por él bajo un cetro y una Religion.

XVI.

UNIDAD DEL IMPERIO MODERNO DE OCCIDENTE: CARLO MAGNO: CÁRLOS V: NAPOLEON.

Carlo Magno fundaba de verdad el imperio de Occidente: faltábale Italia, que era su corona. Vino á demandarla de rodillas; y el Pontífice, al consagrarle Emperador romano, volvió á colocar á la Italia al frente del nuevo Imperio católico. Era una gran revolucion en el mundo; por mejor decir fué una gran construccion; el principio de una nueva época en los anales de la civilizacion. César inaugura la dictadura de la república universal. Carlo Magno inaugura la monarquía universal de la cristiandad. En una y en otra, Roma es la cabeza; Italia la Primada, como ha dicho Gioberti. Que fueran á preguntarle entonces si era independiente! Ella os hubiera respondido, que era la Soberana. El nombre de Rey de Italia no significó despues, en toda la duracion de la historia, más que la condicion de ser Emperador de Europa. El título de Rey de Italia ó de Rey de romanos, fué para los nuevos Césares, como el de Cónsul y Tribuno del pueblo, para los primeros.

Volvamos ya á la historia. Contemplemos en ella el Imperio de Cárlos V, bajo el aspecto de la unidad, sobre todo, de su pensamiento.

Cuando Cárlos V renueva la obra de Carlo Magno, ya es una renovacion de restauracion la que comprende. No construye, como su predecesor, el grandioso edificio, gigantesco, bárbaro, magestuoso, inmenso en su conjunto, caprichoso y anárquico en sus detalles, como las grandes catedrales góticas. Cárlos V lo recompone, lo repara, lo apuntala, y algunos antiguos lienzos se le vienen encima, de camino.

En una cosa fundamental conviene con su predecesor: en recibir su autoridad é investidura de Roma; porque él todavia funda su autoridad imperial en el principio y en la idéa religiosa, cuya unidad sustenta. Los dos proclaman de esta manera, que la fuerza no es poder, sinó cuando es la representacion de un principio; cuando se manda en nombre de un sentimiento y de una creencia!....

Cuando Napoleon quiso imitarlos, se olvidó de que ya no tenía aquella representacion, que era la fuerza de los que el creía sus progenitores. Entra en el terreno de las quimeras, de la fortuna. Pero Napoleon no representaba la unidad religiosa, sino la revolucion francesa. Buscar él la consagracion en Roma, era un anacronismo. No era la Italia Papal la que podia admitirle; era, por el contrario, la *Italia antipapista.* Por eso el Papa no pudo consagrarle, sinó encarçelado. Mejor le hubiera sido prescindir completamente de él, que violentarle y escarnecerle. Hubiera sido consecuente con su destino. La Italia era para el Imperio Santo la Primada; no podía ser sinó un satélite para la revolucion, que no tenia su asiento en el Tíber, sino en el Sena sus fuentes bautismales. Pero Napoleon, que queria organizar la sociedad desgraciada, decía como Prudhon: *Il me faut l'hypothèse d'un Dieu.*

Napoleon necesitaba la hipótesis de un cristianismo, el simulacro de un Papado; y en esta obra contradictoria y efímera, su Imperio se estrelló contra la Religion que no representaba, contra la libertad que oprimia, y contra la independencia que no puede dar una cosa tan precaria como la fuerza, cuando se tienen en contra los principios.

Por eso Napoleon III tenia que optar, para renovar su obra, entre fundar una Italia con una Roma liberal, ó con un italianismo anti-católico. Su obra será más ilusoria que la del César.

¿Quiere ser nada más que Pipino?—Pues no puede entregar á Roma á los nuevos Lombardos.

¿Quiere ser Carlo Magno?—

—¿De qué sacerdocio le ha de ungir el Pontífice?

Pero nos hallamos ya no solo en Italia, sino precisamente en Roma y con el Pontífice, que es el principal y verdadero asunto de estas páginas.

Pasemos ya á consagrarle especialmente nuestra atencion.

ROMA SIN PAPA.

LO QUE FUÉ. — LO QUE PUEDE SER.

PRELIMINARES.

Omnes considera gentes, in quibus romana pax desinit.

Seneca, de Providentia.

Et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operetur fluctibus; Jesus autem dormiebat.

San Mathæi: VIII, 24.

I.

OBLIGACIONES QUE IMPONE LA HISTORIA: SÍNTESIS DE LA DE ROMA.

Libre, como lo es, el albedrío humano, nada puede contra lo pasado. La voluntad del hombre más enérgico y más perseverante, ninguna fuerza tiene contra sus propios antecedentes. Ora quiera seguirlos, ora contrariarlos, siempre obrarán sobre su vida, cuando no como procedencia, como reaccion, ó como contraste. Héroe ó malvado, sábio ó ignorante,—para no hablar más que de cualidades morales, — no podrá prescindir nunca del carácter ó influencia, de la reputacion que entre los hombres se haya adquirido. Hasta la virtud, hasta la

santidad misma, son impotentes contra la opinion que les haya otorgado el mundo. Un hombre degradado, una mujer infame se rehabilitarán delante de Dios, por el arrepentimiento y la expiacion: tendrán abiertas las puertas del cielo; pero la sociedad les cerrará las suyas. Mientras que, derribado, ó corrompido, un personaje ilustre será siempre una grandeza caida; como las columnatas de Palmira, convertidas en chozas, serán siempre un monumento.

Lo que no es dado á la libre voluntad del individuo, tampoco fué concedido al querer y al poder de esas voluntades colectivas, que se llaman sociedades y naciones. Un pueblo entero, el más numeroso, el más ilustrado, el más potente, el más enriquecido, el más unánime en su propósito, nada puede contra el carácter y el destino que le trazan las idéas y los hechos, en que le han dado el ser las generaciones que le precedieron y criaron. Al dar impulso á su porvenir, obedece irresistiblemente á las fuerzas que le traen de lo pasado; como obedece un gran rio á las condiciones que le imponen la masa del caudal de sus aguas y el recorrido cáuce de sus riberas.

Los pueblos que han sido guerreros, que han sido religiosos, que han sido legisladores, que han sido comerciantes, que han sido artistas ó filósofos, turbulentos ó pacíficos, austeros ó afeminados, obscuros ó gloriosos, vanamente se querrá que borren ó alteren en un dia, y desde una fecha, la significacion que traen al mundo, ya sea que fuerza extraña los oprima ó compela, ya que su voluntad propia reunida en millones de votos, decrete lo contrario. En la reñida controversia á que hemos asistido toda nuestra vida sobre la naturaleza y asiento de la soberanía nacional, lo que nunca hemos visto claro, es

el límite de su mandato; lo que ha quedado siempre para nosotros como misterio no explicado, es el punto en que la fuerza de las voluntades presentes concluye, para enlazarse con la omnipotencia, siempre nueva, de las voluntades futuras. Pero respecto á lo pasado, no queda misterio, ni abrigamos duda.

Los que llamamos Nacion, no solo á un pueblo que hoy vive, sinó tambien, y con mayor derecho, al que como tal ha vivido veinte siglos, y ha de seguir viviendo hasta un término para nosotros ignorado; como llamamos Tajo, no solo á las aguas que riegan los jardines de Aranjuez una mañana de primavera, sinó á los raudales que han corrido por miles de años desde las sierras de Cuenca, hasta las playas de Lisbóa, no nos satisfacemos con razones sacadas exclusivamente de lo que es actual y transitorio. Lo que ha sido perenne en un pueblo, es independiente de su voluntad determinada en un año. Ni las cancillerías todas de Europa, ni todas las asambleas del mundo, pueden alterar la significacion de una palabra del idioma. ¿Una palabra decimos?—¡Pues si hemos visto no há mucho que el número de personas que hubiera sido bastante para derribar un Ministerio, no consiguió hacer cambiar la forma de un sombrero! [1]

De cierto, los que más alto coloquen esa voluntad co-

[1] Reciente está en la memoria de todos la especie de conjuracion de hace pocos años para sustituir el sombrero hongo ó chambergo al de copa alta, que hace ya años se usa en todo el mundo civilizado. Los innovadores llevaban razon en combatir por fea la antigua y perseverante moda; tenia, sin embargo, ésta más hondas raices que lo que juzgaban muchos, y á pesar y con asombro de sus patronos, mató el ridículo la cruzada sombreril.—Ponemos esta nota no para los que hemos sido actores ó espectadores de la contienda, sinó porque sin esta breve explicacion, que hoy acaso parezca supérflua, dentro de pocos años no se entenderia la alusion que á este suceso hace el Autor.

lectiva, que se llama soberanía de los pueblos, habrán de reconocer con nosotros, que sobre esa corriente de poder, que hoy vemos pasar tan impetuosa, tan rugiente, tan incontrastable, domina inexorable, providencial é irresistible, la soberanía de la historia.

Y no se deduzca de esto, que al profesar tal doctrina, no aceptamos la regeneracion de las sociedades y el progreso de la humanidad. Por el contrario, éste mismo principio es el único que puede darnos una certidumbre consoladora. Historia, para nosotros, significa progreso: historia, es el atributo de la especie humana, como la razon atributo del individuo. Dios, que segun la magnífica expresion de un Santo Padre, "se ha reservado para sí solo la memoria de lo futuro," ha querido concedernos un maravilloso destello de su presciencia, dándonos en la historia, "la profecía de lo pasado." Al cerrarnos por delante el wagon acelerado, en que por la existencia nos conduce, nos ha puesto en ella, como un espejo frontero, que nos muestra el camino recorrido.

La humanidad es un sér histórico, como el hombre es un animal racional. Los otros séres animados no tienen historia, y por ello no tienen progreso. La historia no solamente nos sirve para explicar las revoluciones, sino que es para nosotros el criterio de su legitimidad. No sabemos de otro. Al aceptarlas como resultado de las fuerzas sociales, las admitimos, no sólo cuando son su consecuencia, sino cuando aparecen como su explosion.

Tambien en la naturaleza las hallamos. Hay de trecho en trecho en el globo volcanes que inflaman los aires y estremecen la tierra: hay, de cuando en cuando, lluvias de fuego que sepultan ciudades. Hay en los acontecimientos humanos unas leyes de geología moral, pero no ménos

encadenadas al órden misterioso de una insondable Providencia, que concentran, en determinados lugares, erupciones como las del Etna; en determinados dias, lluvias de ceniza, como la que cubrió á Pompeya. El autor de la naturaleza es el mismo autor de la Historia.

Vulgares y axiomáticas, como son estas observaciones, las vemos, sin embargo, olvidadas y desatendidas en el exámen de las cuestiones européas. En casi todos los problemas, cuya solucion agita al mundo, vemos desechados con desden, ó no contados como positivos factores, los datos y los elementos históricos. Á veces se nos figura que aportamos á un mundo recien creado, náufragos de otro mundo antiguo; ó nos da una medrosa duda de nuestro propio entendimiento, como si nos sintiéramos evocados de una region de muertos y aparecidos.

Por no hablar de nuestra propia historia, en la cual unos no recuerdan nuestro poderío y grandeza como elementos de derechos é influencia; y no consideran otros que estamos expiando las ambiciones, tiranías, errores y fanatismos, de que dieron escándalo al mundo las generaciones que nos legaron esta grandiosa y embrollada herencia; por no hablar de la Hungría, de la Polonia, de la Irlanda y de otros cien pueblos, cuyos precedentes vemos tan contradichos ó tan malamente interpretados, uno de los espectáculos que más nos admira, es el olvido completo de la más sabida, de la más estudiada, de la más vulgar, de la más manoseada de las historias, cuando se trata de los acontecimientos y de las cuestiones de Italia, que tienen hoy, como han tenido en todos tiempos, el privilegio de preocupar, absorber é interesar tan profunda y completamente la atencion y la espectante ansiedad del mundo entero.

Fenómeno es este que abruma, por incomprensible, nuestra inteligencia.

Necesitamos, pues, resumir y concentrar en algunos párrafos cuanto llevamos expuesto en nuestro anterior estudio sobre Italia.

Ya lo hemos dicho allí, y no nos cansarémos de repetirlo. La historia de Italia es la historia universal; es, á lo ménos, la historia del mundo civilizado y européo: la que entra como elemento primordial en la genealogía y progresos de todos los otros paises. Y con todo eso, si posible fuera que arribara á nuestro globo un viajero de otro planeta, al observar cómo se plantéan y discuten los problemas desde la constitucion italiana, debía creer que los pueblos de aquella region acababan de aparecer en el mundo; que Italia salía hoy del seno de las aguas, como la antigua Délos, ó del de la barbárie, como uno de los más recientes establecimientos de la Australia. Decimos mal: quien no saldría de su estupor, sería, no el morador de otro planeta, ó de un continente desconocido, sinó más bien un romano desenterrado del tiempo de Gregorio VII, ó un florentino contemporáneo del Dante.

Recordamos haber leido en la Mesíada de Klopstock, la visita de un Ángel viajero á los habitantes de la tierra; al cual, viniendo de una esfera de seres inmortales, cuesta mucho trabajo, y le causa mucha tristeza comprender lo que es entre los hombres la muerte. Parécenos que algo de ésto habia de pasar á una sombra evocada de aquellos tiempos, ora fuese de un intransigente güelfo, ora del más unitario gibelino, al explicarle lo que hoy significan estas palabras: LIBERTAD, UNIDAD, INDEPENDENCIA DE ITALIA.

No lo dudamos: si á cualquiera de ellos se le anunciara

que la Italia iba á ser al fin reino independiente, libre y separado, como España, Francia é Inglaterra; que el Sumo Pontífice iba á ser un Obispo, como el de Milan ó Turin; que Roma pasaba á ser una capital civil como Madrid ó Viena; si le dijeran, en fin, que el Imperio desapareció hace tres siglos, y que la Iglesia romana desaparecería dentro de tres semanas, ¡oh! sí, tenedlo por cierto; llamárase aquel hombre Farinato, llamárase Arnoldo de Brescia, ó llamárase Galeato Visconti, mesaría con tristeza sus cabellos, y llorarian sus ojos lágrimas de patriótica amargura. "¡Al fin ha llegado á suceder despues de tantos siglos, exclamaria volviéndose á su tumba, lo que tanto temieron nuestros padres en los dias de Odoacre el Hérulo y de Desiderio el Lombardo!"

Cuando Metternich decía que Italia no era más que una *expresion geográfica*, afirmaba una verdad histórica; sólo que esta proposicion, para él de menosprecio, encierra, por el contrario, la significacion de la más alta primacía, el destino más privilegiado que recibió de la Providencia region alguna de la tierra. Este destino fué desde su principio, excepcional, único. La Italia política no ha tenido límites jamás: Italia no ha existido nunca, porque Italia tuvo á Roma, y Roma fué, desde su dilatacion primera hasta nuestros dias, más grande que Italia; porque Roma fué succesivamente la unidad política, la unidad histórica, la unidad legislativa, la unidad moral y la unidad religiosa del mundo civilizado.

La historia de Europa no tiene más que dos capítulos: historia del Imperio Romano; historia de la Iglesia de Roma. De éstas dos grandes evoluciones, que una á otra se heredan y completan, y que describen en torno de ella, como los orbes de un sistema planetario, todos los pue-

blos y razas de Europa, Roma es el sol central, Italia su atmósfera luminosa. Dios, que ha creado en el hombre regiones en que se elabora la sangre, entrañas en que se prepara la nutricion, alambiques en que se desprende el oxígeno del aire, órganos diversos en que se comparten con maravillosa armonía las várias funciones, y las misteriosas fuerzas de la vida, nos revela, sin embargo, por un sentido íntimo, que en el reducido espacio de nuestro cráneo hay un privilegiado foco de vitalidad, donde más concentradamente sentimos que funciona y preside la inteligencia. Y quien ha dado á los hombres cerebro, tambien para la razon y voluntad de las grandes asociaciones de la humanidad ha designado cabezas.

En el más largo período histórico que conserva la memoria de la Europa, esta cabeza ha sido Roma. Léjos de hacer una figura poética, léjos de asentar una paradoja, consignamos una verdad vulgar.—Roma antigua fué la antigua unidad europea: Italia, una provincia, la más central, del mundo romano.

II.

UNIDAD RELIGIOSA:
SIN LÍMITES EN EL TIEMPO NI EN EL ESPÁCIO.

Desorganizado y destruido el Imperio, constituida la unidad de la ley, Roma heredó asímismo el centro de la unidad fundada en la fé religiosa. De las dos antorchas que iluminaron al mundo, una en aquella noche de barbárie, en que estaban sumidos los pueblos ántes de la asimilacion romana, otra en aquel cáos indefinible que resulta del choque de los nuevos bárbaros, con la cultura y corrupcion de la sociedad pagana, Italia fué la torre, Roma el fanal; Roma fué el centro de aquellas dos idéas, Italia el núcleo de aquellas dos unidades.

La primacía de Italia consiste en haberse asociado á la grandeza de una fuerza que empezó no reconociendo fronteras de territorio, y luego al poder de una idéa, que ni siquiera admitia límites de tiempo. Mayor que ésta primacía no la hubo jamás. Más grande que éste destino no lo tuvo raza alguna. Los principios elementales que le constituyen, son: el dominio del mundo en el espacio, la asociacion del género humano por una eternidad. IMPERIUM SINE FINE DEDI, decia su gran Poeta.

La historia de Italia está urdida y tramada por estas dos aspiraciones á que Roma preside, á que Italia no ha

renunciado nunca. Lo universal y lo eterno son los elementos constitutivos de su organismo, son las fuerzas vitales de su existencia; son los instintos de su temperamento; son los caractéres de su génio. Están en su oríjen, están en su desarrollo, están en su gloria, están en su decadencia; están en el génio de su ciencia, en el esplendor de sus artes, en su dominacion, en su servidumbre; están en la guerra que hicieron á todos los pueblos, en la opresion con que todos la tiranizaron, en la adopcion de todos los Dioses que acogieron en su panteon; están en el culto de un solo Dios verdadero, con el que su Pontificado evangelizó al universo.

Pero donde ciertamente no están es en los que ahora, al presentar programa de unidad, independencia, resurreccion y engrandecimiento de esa Italia, que ya no puede representar sinó una fraccion política, quieren que deje de tener por corona la cabeza universal de la unidad religiosa.

Tal se nos presenta á primera vista, y teniendo sólo en cuenta los hechos culminantes, la gran cuestion italiana y su conflicto con Roma. Tal es, á lo ménos, el punto de partida donde nos colocaríamos para recorrer la série de consideraciones que se ofrecerian á nuestros ojos, si hubiéramos de escribir un libro sobre ella. Faltos de fuerzas para tan árdua taréa, hemos reconocido por otra parte, que el desenvolvimiento de nuestras idéas pudiera conducirnos á las regiones de una filosofía histórica, donde la verdad misma revistiera las apariencias de paradoja; donde lo que pudiera nacer en nuestra alma, de una inspiracion generosa, se creyera,—en un siglo positivo, y por un público apasionado,—misantrópico y desapiadado fatalismo.

Recelando que la esfera de nuestras contemplaciones, como el aire de las altas montañas, fuera una atmósfera demasiado fria y enrarecida, incapaz de servir á la respiracion ordinaria, hemos descendido á un terreno ménos elevado y más practicable; nos hemos ceñido á un horizonte más limitado, más al alcance de nuestros ojos, más en relacion con nuestros medios, y hemos aceptado la cuestion práctica y actual, como la presentan la diplomacia y la política, sobre la constitucion de un Reino ó de una Confederacion italiana, que reuna en posible armonía y en completa independencia de las naciones extranjeras, los elementos de esa particular y reconocida nacionalidad.

III.

CÓMO REBAJAN Á ITALIA Y Á ROMA LOS QUE HOY ASPIRAN Á REALZARLAS.— NUESTRO PROPÓSITO: EL PONTIFICADO INDEPENDIENTE EN UNA ITALIA INDEPENDIENTE.

Pero si podemos admitir y ensalzar este propósito sin inconsecuencia, no nos es dado asentir á aquello que, proclamándose como complemento, nos aparece como flagrante contradiccion; que señalándose como extremo límite de elevacion y altura por los que aspiran á engrandecer la Italia, se representa, por el contrario, á nuestros ojos, como el ínfimo escalon de su final descenso, el último y certero golpe de su completo acabamiento y ruina.

En el punto en que las razones de fijar y constituir la Italia en un Estado européo, pretenden absorber á Roma en esa limitacion italiana, las consideraciones que durante siglos se aplicó á sí misma la Italia entera, se reconcentran todas sobre la cabeza del Catolicismo, y nos hacen reivindicar los derechos eternos de la Historia contra las exigencias respectivamente mezquinas y transitórias de la política.

Cuando se anuncia con seguridad tan presuntuosa que porque la Italia se eleva al rango de Nacion, Roma debe descender á la representacion exclusiva de su nacionalidad, nos creemos con derecho de preguntar á la opinion,

á la Europa y á la Italia misma, si la pretension de hacer de Roma una capital política, está en los derechos de los Italianos respecto á la Europa y al orbe cristiano. Debemos preguntar más todavia: si en el caso de que esto fuera humanamente posible, autorizado y consentido, estaria en la conveniencia, esplendor y grandeza de la Italia misma regenerada y constituida, la secularizacion definitiva de Roma, y la supresion final de todas las condiciones que han hecho de ella el inmortal y divino asiento del Sumo sacerdocio de la Iglesia Católica.

Tal es, tan modesto, tan limitado, el único objeto de nuestras observaciones, por más que en el improvisado desarrollo de este ceñido estudio, no sigamos una rigurosa dialéctica, y nos separemos más de una vez, á derecha é izquierda, de nuestro principal objeto y propósito. La deduccion principal, la conclusion definitiva de nuestras idéas, se la abandonamos á la razon y al sentimiento del que, leyéndonos, nos acompañe, nos comente, ó nos contradiga.

Generalmente se ha considerado lo que será el Pontificado sin Roma: nuestro tema es más mundano: EL DESTINO DE ROMA, SIN PAPA, es el final objeto de nuestro discurso.

No sabemos si nos acusarán los partidos, de escribir con pasion y parcialidad.—¿Porqué?—Nuestras palabras podrán ser vehementes, porque es así el acento de la voz de nuestro espíritu; pero nuestro ánimo está perfectamente sereno, porque está completamente seguro.

Abrigamos dos grandes esperanzas. El porvenir eterno del Pontificado, está afianzado en la infalibilidad de una divina promesa. La independencia, la gloria y la libertad, creemos confiadamente que los alcanzará al fin la Ita-

lia, aunque sea á través de una lenta prueba de errores, desventuras y expiaciones. No es culpa nuestra, si en el espíritu de los hombres que están al frente de su actual revolucion, no se concilían y avienen estas dos esperanzas, tan naturalmente como se acuerdan y combinan en nuestra razon y en nuestra creencia. No es culpa nuestra, si los que alucinados por un patriotismo, no bien depurado de elementos revolucionarios y de aspiraciones protestantes, han proclamado, desnaturalizándola, al aplicarla á esta cuestion, la fórmula, hoy en boga, de LA IGLESIA LIBRE EN EL ESTADO LIBRE, no buscaron en el fondo de los verdaderos sentimientos patrióticos, religiosos, liberales é históricos que animan á aquella sociedad, la realizacion de este otro programa, que creemos más práctico á la par y más elevado: EL PONTIFICADO ROMANO INDEPENDIENTE, EN UNA ITALIA INDEPENDIENTE.

IV.

URBS Y CIVITAS EN LA ROMA ANTIGUA:

ROMA IMPERIAL.

Ya lo hemos anunciado anteriormente; ahora es fuerza concretarlo.

Lo que hoy se llama unidad é independencia de un Estado, no podía tener para la Italia el mismo significado que dan á estas palabras el sentimiento patriótico y el derecho público de nuestros dias. Unidad é independencia no fueron en el mundo antiguo, ni aun lo que son ahora; expresiones tan correlativas, que frecuentemente no hayan sido idéas contradictorias. La independencia es un hecho muy primitivo, muy originario: la unidad es la elaboracion lenta de una civilizacion ya adelantada. La unidad se nos muestra primero como cualidad de raza: tarda mucho en aplicarse á una extension de territorio.

Los grandes Estados territoriales européos son de fecha muy reciente. Los vastos Imperios, como los de Asíria y Babilónia, el Mogol y la China, son de índole asiática. La antigua Europa no conoció semejante existencia política, que repugnaba al carácter libre y vagabundo de la raza de Japhet, que fué su pobladora. Su constitucion social y política fué, desde los más remotos orígenes, múl-

tiple, diseminada en cortos grupos, y en limitadas é independientes asociaciones. El escaso ejército expedicionario que la reducida extension de tierra llamada Grecia, envió á la guerra de Troya, contaba más Príncipes y Reyes, que monarquías cubren el inmenso continente asiático. Aquellos que Homero llama *pastores de pueblos*, guardaban muy escasos rebaños en sus silvestres apriscos. Más tarde, las mismas repúblicas griegas eran una confederacion de pequeños municipios; y el coloso que Alejandro quiso levantar por el diseño de los Imperios de Oriente, rodó en pedazos despues de su muerte, como si solo le hubiera sostenido en equilibrio atlético su poderosa espada. No quedó en esta parte de Europa, más que el trozo que vino á ser despues uno de los sillares para el edificio que la Providencia encargó de construir á Roma.

No hay para qué insistir de nuevo sobre la reconocida mision de la ciudad predestinada. El mundo entero ha consignado en todo género de testimonios, los hechos y los caractéres del destino excepcional y maravilloso, de que le tocó ser providencial instrumento. Roma no es una nacion: no es un estado territorial, ni se cuida de serlo. No es una raza que viene de afuera, ni que busca su vivienda en el mundo: no es una familia prepotente que levanta el esplendor de una autoridad social ó doméstica, al rango del poder político: no es un conquistador guerrero, ó un profeta religioso, que sale á pasear por la tierra la fuerza de su espada, ó la inspiracion de una doctrina. No es un taller industrial, que va á imponer á pueblos rudos y necesitados, el consumo de sus mercancías, ó á demandarles á poco precio las materias de su trabajo y de su comercio.

Ya lo hemos anunciado. Roma viene á mandar, á constituir, á ser Reina, á crear poder, á organizar gobierno, á establecer derecho, á poner un yugo de ley en los hombres, un vínculo de unidad en los pueblos: viene á amalgamar en una inmensa ciudadanía las diferencias de todas las razas, de todas las gentes, de todos los paises. El gérmen de sus instituciones, como el de una bellota caida, destinada á ser un fortísimo roble, para dar orígen á un dilatadísimo bosque, rompe desde luego y succesivamente, todos los obstáculos que dentro quieren aprisionar su fecundidad, todos los diques que se levantan por fuera, á ceñir y limitar su impulso. Sus ojos y sus brazos se extienden sobre la tierra, pasando por encima de la region geográfica que la circunda. Ántes que en Italia, piensa en el mundo; ántes de cruzar los Alpes, desafía á Cartago; antes de pasar el Pó, coloniza el Ebro y el Bétis. Un hijo de Gádes viene á ella á ser cónsul; y Sagunto puede ser aliada y amiga, primero que los Lígures y los Vénetos dejen de ser para ella bárbaros, extranjeros y enemigos.

Ni los Galos de Breno han de venir á incendiarla desde lo que despues fué Paris; sinó de las regiones que hoy son Turin y Milan. La guerra social fué una consecuencia, no fué un propósito. Su vocacion, no es fundar una Italia: el REGERE IMPERIO POPULOS, *todos los pueblos*, es su divisa.

Todos son sus enemigos, porque todos han de venir á ser sus ciudadanos. Á todos los ha de organizar con la doble fuerza de la asimilacion y de la resistencia. Las dispersas tribus que pueblan la España y las Gálias, antes de formar provincias por la sumision, organizarán confederaciones para la lucha. Viriato, como Vercingétorix y

Arminio, no serán jefes de pueblos, sinó caudillos de ejércitos allegadizos; y Roma triunfará fácilmente de aquellas nacionalidades indeterminadas, que no tenian entre sí ni vínculos morales de poder, ni intereses de comercio y cultura. Roma se los traia. Roma no venia, como habian venido los Asirios y los Persas; como vinieron despues los Tártaros y los Mogoles; como Gengiskan y Timur.

Roma no exterminaba, no destruia. Su instrumento era la espada; su fin la ley, la gobernacion. Sus legiones de guerra hacian obras de paz: sus Procónsules, que eran en su hogar Magistrados, traian instituciones; y sus Augures y Feciales, templos, culto y ritos. No causaban, pues, tanto horror, ni sobre todo, tanto desconcierto, como hoy nos parece, aquella dominacion, aquella conquista. El mundo era entónces horriblemente bárbaro; y á través de las tradiciones de los pueblos sometidos, y de las exageraciones de los historiadores nacionales que las acogieron, alcánzase á ver, poniendo alguna atencion en el carácter de aquellos tiempos, que salvas las diferencias de raza y clima, estas poblaciones primitivas y subyugadas, se hallaban poco más ó ménos en la situacion de los pueblos americanos, cuando se descubrió el Nuevo-Mundo.

Los siglos de la conquista romana no están tan remotos, que no hubieran quedado vestigios y monumentos de anterior cultura, si por ventura existian, como quedaron del Egipto y de Grecia. Por eso fueron asimilados todos; por eso aquella civilizacion fué tan homogénea, tan uniforme, tan completa, tan unitaria; por eso el sentimiento de la patria nativa llegó á perderse, ó más bien á confundirse con la ciudadanía de la patria comun. Por eso llegó el tiempo de que las idéas de independencia fuesen ridículas; y de que Séneca pudiera decir que la

pretension de dividir los pueblos por los Pirinéos y los Alpes, por el Rhin ó por el Danúbio, era como si las hormigas quisieran dividirse en especies por los cuadrados de un huerto. Á tan formidable unidad llegaba ya en tiempo del filósofo Cordobés, y á mayor llegó siglos despues aquella asociacion universal, aquel catolicismo pagano, de que fueron Pontífices los Césares. Aquel Imperio ya no tuvo fronteras; ni sus súbditos extranjería.

Roma era ya una idéa; ser Romano, una especie de religion. Y esta idéa, este sentimiento, solo pudo inspirarlo una ciudad, un sér moral, no una nacion toda entera. Hubiera parecido absurdo que todos los hombres se llamaran italianos; como nunca será que se llamen ingleses ni franceses. Romanos se pudieron llamar todos, sin abjurar de su patria nativa. CIVIS ROMANUS SUM, tanto queria decir como soy hombre en la plenitud de mis derechos; soy hombre civilizado. Fué un dictado político, como lo es hoy religioso: llamóse romana la humanidad, como despues hasta nuestros dias, romana se llama la Iglesia católica.

La que se decia URBS se asentaba en el Tíber: la CIVITAS llegaba del Átlas al Rhin, y del Támesis al Cáucaso. Y como para dejar un público testimonio de que el mundo se asociaba en torno de una metrópoli; pero que no se constituia en siervo de una raza, ni se daba en vasallaje á una region, Italia resistió la primera la prepotencia de Roma, luchó con ella largo tiempo como otras provincias, y aún más que muchas de ellas, hasta que, concertadas ó sometidas, pero arrebatadas unas tras otras las ciudades italianas en el vórtice de Roma, formaron en torno de ella un centro luminoso de gravitacion y fecundidad, que fué el sistema político del mundo.

V.

ERRADAS APRECIACIONES HISTÓRICAS:— LA VERDAD.

Desde que aquel destino le faltó, desde que el astro de Roma, en su choque con el cometa de la barbárie, cambió la eclíptica de sus revoluciones, hay quien cree que la Italia no ha tenido tiempo ni ánimo para formular las condiciones de una nueva existencia.

Hay quien cree que el arquitecto que construyó la *Domus aurea* de Neron, no sabría labrar el palacio modesto de un Rey constitucional; que aquella Emperatriz del mundo, que pudiera haberse cobijado en un cláustro, como Cárlos V, deja pasar siglos sin que piense en desceñirse la diadema, y en construirse su nueva morada; que antes quiso recibir la hospitalidad ajena, que reducirse á la vulgar condicion y partija igual de sus otras hermanas; que prefiere, como Boabdil destronado, ir á pelear en extranjeras campañas, á recomponer un pequeño Estado con los pedazos de un roto Imperio; y que le fué más soportable su caida, hospedándose en las régias múltiples estancias del palacio del Universo, que si hubiera medido por los términos de su estrecha península las dimensiones de su vivienda.

Hay tambien otra historia más vulgar, otra aprecia-

cion—que, por más materialista y más cronológica, tiene más pretensiones de práctica y verídica,—la cual nos cuenta la agonía de un Imperio romano, que muere y se extingue en un dia y una hora dada, con la abdicacion de Augústulo, y nos hace pasar más de tres siglos en mirar la descomposicion cadavérica del gigante del Mediodía, pasto de los buitres del Septentrion. Ella nos hace asistir al tristísimo espectáculo de una Italia cautiva en vergonzosa servidumbre, entregada en féudo á un rudo Emperador germánico, cuyos succesores la profanarán con todo género de tiranías y liviandades, hasta que por último, despedazada en una division anárquica de Estados incoherentes, presa en lo interior de la violencia de sangrientas facciones, ludíbrio y juguete de toda dominacion extranjera que quiso imponerle yugo, viene arrastrando hasta nuestros dias un largo martírio, demandando en vano á sus opresores y verdugos la ley de su libertad y de su emancipacion, en las condiciones de su unidad, y con el derecho de su independencia.

Nos atrevemos á creer que tal juicio y tal pintura no son la verdad de la historia. Quien aprecia de este modo las circunstancias y consecuencias de aquel gran cataclismo, olvida que entónces, no sólo varían las condiciones del mundo político, sinó que se invierten los polos del mundo moral: se cambian los puntos de vista y la perspectiva de la Historia. Los hijos de los bárbaros, al estudiarla, al escribirla y al aprenderla, hemos seguido más bien las idéas que sirvieron á nuestros padres en la constitucion de las nuevas naciones, que el gran principio y el gran sistema político, que habia quedado en la mente y en el corazon de aquella MAGNA PARENS RERUM, señora é institutriz del género humano.

La verdad es que el pueblo cuya mision habia sido destruir toda individualidad y toda independencia, no pudo aceptar jamás ni comprender siquiera las idéas de los bárbaros. No cupo en su pensamiento que las razas invasoras trajeran pretensiones de organizacion política; ni pudo él entrar en el espíritu que preside á la constitucion interior y especial del embrion de estas nuevas nacionalidades.

La unidad y la independencia, como principios políticos, son una idéa contradictoria al elemento constitutivo del Imperio; como condiciones domésticas de aquellas tríbus, ni las aprecian, ni las contradicen. Roma había dilatado sus términos de conquista, para gobernar: las razas germánicas y escandinavas bajan al Mediodía pidiendo campos en que vivir. El establecimiento de cada una de ellas empieza por una demarcacion de territorio; sus condiciones de fundacion son arreglos económicos de particion de productos; su gobierno interior, el predominio de sus nombres venerados ó temidos: su ambicion no va más allá. Aquel espíritu que, entregado á sí mismo, habia de concentrarse cada vez más, hasta llegar al aislamiento feudal, no trae pretensiones de dar leyes, ni de fundar instituciones; y al aceptar la organizacion política de las regiones que ocupa, le es indiferente que conserven sus códigos, con tal que pueda darles sus costumbres.

Las nacionalidades que se forman más tarde y más léjos, en las provincias separadas, se organizan,—ya lo hemos visto en nuestros estudios preliminares,—para el cumplimiento de su particular destino, siempre sobre la base de una raza conquistadora, un pueblo sometido y una familia prepotente. Pero en Italia nada de esto sucede. Italia es la única en que las familias latinas siguen siendo las

familias patricias. Ni en Italia ni en Roma (contrayéndonos á nuestro actual propósito) se levanta, ni bárbara ni indígena, ni se ha levantado hasta nuestros dias, una dinastía con aspiraciones de Italiana. Porque un imbécil se despoje de la púrpura, no se desprende ella del derecho de darla, que los mismos bárbaros le reconocen y acatan.

Su imperio está donde quiera que mande el que es Señor del mundo; y el mundo no reconoce otro dueño que el que ella acepte ó designe. El círculo de su eleccion es tan extenso é ilimitado, como cuando llamaba de Siria á Heliogábalo, de la Arabia á Filipo, á Trajano de España, á Maximino de los Godos ilíricos, de África á Severo, y de las Gálias á Póstumo, Tétrico ó Avito. Los bárbaros siguen siendo elegidos, porque hace tiempo son elegibles. Hace siglos que mandan los ejércitos, y que intervienen en la eleccion de Emperadores.

Los nuevos jefes de estas razas más numerosas y más audaces, no dejan de ser romanos: las muchedumbres que acaudillan, son legiones. Aëcio las mandará todas en los campos cataláunicos. Stilicon, el vándalo, habia sido Ministro universal y regente, despues de la muerte de Teodosio, á nombre de Honorio, su sobrino, y de Serena, su mujer: sin duda que era Romano. Alarico y sus hordas penetran á saco en Roma: Romanos son: súbditos del Imperio se llaman. Así entró un dia el Cónsul Mário; y á través de más sangre y de mayor matanza, subió á ejercer la dictadura Sila.

Piden tierras y botin, como los veteranos de César. Saquéan la ciudad, pero no matan el Imperio; y cuando nombran un Emperador, no es por la usurpacion de conquistadores, sino por el derecho consuetudinario de pretorianos: así lo hacian las legiones de las Gálias ó las de Bretaña.

VI.

UNIDAD DEL IMPERIO, AUN DIVIDIDO. AVERSION AL FRACCIONAMIENTO.

Que sean dos los Jefes del Estado; que manden separados; la unidad no desaparece por ello. La antigua república tuvo dos Cónsules; á la muerte de Gordiano, el Senado eligió ya dos Emperadores. Que uno de ellos esté en Oriente, no es nuevo. En otro tiempo llegaron al Eufrátes ó al Oróntes: en el Bósforo no está sinó acampado el que allí habite.

Constantinopla es una residencia, no es una capital. El Emperador que se sienta en este sólio, se llamará heredero de aquella soberanía: se intitulará CÉSAR y FLAVIO, y cuantos nombres le puedan hacer más latino, y acumulará cuantos dictados puedan justificar la categoría de Romano. Por eso, entónces y por muchos siglos—¿quién sabe si aun en el nuestro?—Francos y Germanos, Escitas ó Esclavones, se disputarán encarnizadamente, en la posesion de Roma, no el yugo que le hayan de imponer, sino la consagracion que de ella hayan de recibir.

Pero Roma no se satisface con lo que puede bastar á la ambicion del más poderoso de los Reyes bárbaros. Clodovéo puede creerse Rey de los Francos cuando se

aloja en las ruinas del palacio de Juliano; pero el Génio de la Ciudad Eterna se hospeda en el Capitólio; y en tanto que pronuncie sus oráculos, ya sea por boca de un Senado decrépito, que habia visto derribar en su foro el altar de la Victoria, ya por los lábios de un anciano Sacerdote, que se alza evocado de las Catacumbas, con aquellas dos llaves que cierran las puertas del antiguo mundo, y abren la entrada de la eternidad prometida, Roma se creerá la Emperatriz del Orbe, y no comprenderá que pueda retroceder el antiguo dios Término de su vocacion dominadora.

Todo cuanto le señale límites, y la circunde de fronteras, es para ella abdicacion y destronamiento: toda idéa de formar un reino aparte, le parece atentatoria á la majestad imperial, sacrílega traicion á su inmortal soberanía. ¿Quiere Odoacre dar á sus Hérulos el rico patrimonio de Italia? Apelarán demandando auxilio al César que en Oriente guarda el nombre romano, y vendrá el Ostrogodo Teodorico, de parte de Zenon, á libertarlos.—¿Intenta Teodorico convertir su delegacion imperial en monarquía vinculada en su raza, y limitada por el mar y los Álpes, como hacen sus compatriotas en regiones vecinas? Belisário y Nárses volarán en nombre del Trace Justiniano, á exterminar en Teya y en Totila la estirpe de los audaces usurpadores. ¿Hace señas el injuriado Nárses á los Longobardos de Albóino, como se cuenta de D. Julian á los moros, para que descienda á posesionarse de lo que no pueden guardar los degenerados Césares de Bizancio?

Nárses pudo muy bien ser un político filósofo, que llamase á Albóino para fundar la patria italiana, como fué llamada ahora la casa de Saboya; y á Nárses, sin embar-

go, le apellida traidor la Historia. La estirpe de Albóino, léjos de hacer desde Monza ó Verona lo que hoy se aplaude y espera de Turin y Milan, no consigue siquiera lo que lleva á cabo Clodovéo en las Gálias, y en ambas vertientes del Pirineo, aquel

Ataulfo valiente
En cuya heróica frente
De los Godos descansa la corona [1];

ni en los dos siglos y medio que corren hasta Desiderio se funda unidad lombardo-italiana, como se organiza en torno de los otros caudillos sociedad bárbaro-latina.

[1] No citamos estos malos y vulgarísimos versos sinó porque su mismo autor consideraba el reino Lombardo muy de otra manera que como las que él tiene por legitimidades consagradas de Clodovéo y Ataulfo.

VII.

ROMA DEL SANTO IMPERIO.

Los Romanos de Italia insisten tenaces en su idéa, como el antiguo patriciado que heredaron; como la antigua generosa plebe, que proclamó la ciudadanía universal.

Abandonados enteramente del Oriente, no desisten de reconstruir el Imperio: están cercados por todas partes de bárbaros. César le habia fundado con españoles y galos. Hay en el Occidente un caudillo tan fuerte y victorioso como el vencedor de Pompeyo y de Vercingétorix; un legislador más inteligente de sus tiempos que Teodosio y Justiniano. Las victorias alcanzadas sobre todas las razas germánicas y eslavas, y sobre las regiones á ellas sometidas, le constituyen el Jefe más poderoso de aquel mundo mezclado y confuso. No le quiere solamente someter y dominar; ni como Genserico y Atila, ha recibido de Dios la vengadora espada del Ángel del exterminio.

Su gran mision es organizar. El Norte y el centro de Europa son su fuerza: le falta Italia, que es la autoridad. Tiene el vigor y la rudeza de las nuevas razas: há menester la inteligencia y la cultura de las antiguas. Presenta la razon de su espada y el prestigio de su gloria; pero le

falta la legitimidad de un derecho. Aspira á fundar un Imperio sobre un principio; y principio, derecho, legitimidad, inteligencia y sabiduría, sólo podian venirle de aquella Roma, que no habia entregado á ninguna fuerza el intransferible depósito de su eminente soberanía.

VIII.

PERSONIFICACION DE ROMA, MUERTOS EL SENADO Y EL IMPERIO.

Pero en Roma el Senado ha enmudecido: sus Prefectos y Duques son magistrados municipales: los Exarcas imperiales quieren erigirse en tiranos. Para pronunciar los oráculos de la Divinidad tutelar de Roma, ha quedado solamente un personaje maravilloso, un Sacerdote de una Religion perseguida y martirizada durante cuatro siglos por los poderes públicos, y á quien todos ellos, sin embargo, habian hecho árbitro y custodio de todos los intereses sociales; un Obispo cristiano, á quien todos los Obispos de la cristiandad, reconociendo la delegacion y autoridad de Aquel que sobre Pedro fundó su Iglesia y su legítima succesion, habian dado en llamar Sumo Pontífice y Vicario de Cristo; á quien nuestros Poetas, por ello, han dado el título de mayor majestad en el mundo, llamándole VICE-DIOS.

Por él Graciano habia declinado el honor de llevar entre los dictados imperatorios, el antiguo título de Pontífice máximo: por respeto á su autoridad, Constantino no quiso reinar donde aquel varon santo ponia sus plantas;

ni los hijos de Teodosio poner su sólio donde él servia los altares.

Un hombre humilde, que, la frente cubierta de ceniza, habia contenido con sus lágrimas el furor de Alarico; un profeta que, revestido de imponente majestad, habia aterrado con su sagrado conjuro al espantoso ministro de las iras del cielo, que se llamó Atila, y enviádole á morir de espanto y frenesí á los pantanos de la Pannonia; un hombre, que con un severo anatema habia libertado á su desamparada metrópoli, de las depredaciones de Rachis y Luitprando, Reyes de aquellos Lombardos, ya entónces enemigos de su autoridad; un tribuno de su pueblo, que con una intimacion habia obligado á Pipino, el poderoso Rey de los Francos, á pasar los Álpes para proteger la cabeza del mundo contra un Exarca desvanecido, que queria hacerse su Rey; un Prelado, cuya reconocida santidad y cuya indisputada primacía, habia convocado y presidido Senados de Pontífices en Nicéa, en Constantinopla, en Éfeso y en Calcedonia, y dirimido desde su Cátedra Santa, todas las controversias de la Teología y todas las interpretaciones de la doctrina; un Príncipe de los Apóstoles que habia enviado los misioneros de Cristo á iluminar con la luz de su fé á los pueblos que se extendian desde las riberas del Indo hasta los desconocidos Anglios; desde la Escandinávia hasta la Abisínia, y que acababa de nombrar, en la época á que nos referimos, los Obispos y Pastores de las iglesias que el nuevo Emperador fundaba en todo el territorio de la Germánia; un hombre, en fin, que, anciano, indefenso, pacífico y desarmado, se veia ensalzado como coronado Príncipe y Magistrado supremo, en aquella misma ciudad, donde tantos de sus predecesores y ministros habian

dado su cabeza al verdugo, por enemigos y perturbadores de la República.

Este hombre extraordinario y único, cuya dignidad no había tenido modelo, y cuya potestad no ha de tener más fin que el de los tiempos, será el vínculo de union de todos los pueblos. Todos ellos, bárbaros ó latinos, eran cristianos: todos ellos se unían fraternalmente en la veneracion de su santa paternidad. Este hombre es el encargado por el pueblo romano de ungir con el óleo santo de los antiguos Reyes de Judá, al nuevo César de la república cristiana. Y porque el Sumo Pontífice unge, consagra y santifica en el bautismo de una nueva ley, al supremo Jefe temporal de la Europa Germano-latina, es reconocido aquel Jefe de los pueblos bárbaros, SANTO, AUGUSTO, PACÍFICO EMPERADOR ROMANO!....

IX.

REFUTACION, COMO DE PASADA, DE VOLTAIRE Y LOS VOLTERIANOS.

Harto sabemos que esta apreciacion histórica está en contradiccion con otras apreciaciones. Harto conocida nos es aquella dogmática y magistral sentencia, que el siglo XVIII puso en boca de Voltaire; segun la cual, el Imperio fundado por Carlo Magno y consagrado por Leon III, no era *Santo, ni Romano, ni Imperial.*

Voltaire le juzgaba en la persona de Federico Barbaroja: con volver la vista á personas que debia tener á su

alrededor, hubiera podido afirmar con más razon que la monarquía de Clodovéo y de San Luis no era cristianísima, ni francesa, ni monárquica. El siglo XVIII no creia en la soberanía de un pueblo, si el pueblo, al ejercerla, cantaba maitines en una basílica, y no en las plazas públicas la Marsellesa. El siglo XVIII° no creia en la santidad de Leon III, esperando canonizar la *virtud Petion* y la santidad de Robespierre.

El siglo décimo octavo no comprendía que *romano* significaba, diez siglos ántes, lo que Voltaire llamaría humanitário, progresivo, civilizador,—y lo dirémos de una vez, aunque esto no lo decia Voltaire,—*constitucional y representativo;* como hoy, con razon ó sin ella, se llama volteriana á cierta especial tendencia de materialismo, descreimiento é inmoralidad, que predominó en su siglo. Voltaire puede hallar absurdo que fuera Emperador Romano aquel Carlo Magno, que por ser germánico, no deja de contarse como soberano francés. Voltaire podia no creer Imperio la remota, templada, tutelar, poco sensible, multiforme y contrapesada primacía de un Protector supremo sobre los vastísimos Estados y Reinos de la Confederacion germano-latina.

Es natural. Voltaire no entendia ya la unidad, sinó sobre un tablero de ajedrez, ni la gobernacion sinó sobre un campo de maniobras: para él solo era mando la administracion centralizadora, despótica, reglamentaria, burocrática y cortesana de Luis XIV, ó la ordenanza militar inflexible y disciplinaria de Federico de Prusia.—El Santo Imperio romano duró con todo eso casi hasta nuestros dias. ¿Alcanzarán nuestros nietos los dias de aquellos Imperios *consagrados en el espíritu de la religion de Voltaire?*

Hay un versículo en los Libros Santos, que anuncia dónde estarán cuando los busquen mañana:

TRANSIVI..... ET ECCE NON ERANT!

X.

VIDA ITALIANA DE ITALIA EN EL SANTO IMPERIO. —AUTONOMÍA ESPECIAL.

Bajo aquel Imperio vivió la Italia una vida, y alcanzó una importancia, que, comparada, en los mismos siglos, con las de otras naciones, no desmerece en prosperidad interior, y las sobrepuja infinitamente en grandeza, en consideracion, en influencia, y hasta en libertad y unidad, que no vemos existiesen la una más viva, la otra más caracterizada, en nacion alguna.

No basta llorar lágrimas de tragedia sobre las discordias y desventuras de las Repúblicas de Venecia y Florencia, de Génova y Pisa, de Milan y de Nápoles. Es menester presentar en parangon las historias de Francia y España, de Inglaterra y Polonia, de las Provincias Ilíricas y Danubianas, de las regiones Escandinavas ó Escíticas, en esos tiempos de confusa ebullicion y de fermentacion sangrienta ó nebulosa, de todos los elementos de sociabilidad y civilizacion en la vasta extension del continente européo. Nos frotamos en vano los ojos para contemplar esa mayor ventura y prosperidad de los otros pueblos; y lo que vemos con asombro, es que todos ellos continúan, como de ántes, en reconocer la superioridad de Italia, en mirarla como modelo, en copiarla como dechado, en imitar su cultura, en solicitar su amistad, en

aprender de su ciencia, en admirar sus artes, en codiciar su poderío, en aspirar por él al dominio del mundo, y en reverenciar aquella Roma, que sigue presidiendo desde su trono Pontifical, á los progresos de la humanidad, y á los adelantos de una civilizacion más grandiosa que la civilizacion antigua.

En la ignorancia y rudeza que envuelve por todas partes á Europa, como una noche de densísima niebla, no se llega á extinguir en aquel siempre radiante foco, la luz que alumbra al mundo, y que guia al género humano por el camino que le ha de conducir á las regiones de un claro dia.

Ya lo hemos dicho. De aquella *tierra de muertos* irrádia toda vitalidad y movimiento; de aquella *serva di dolore ortello*, todo espíritu de libertad que fecunda la nueva civilizacion, y le dá proporciones de sociabilidad y engrandecimiento. Allí no ha perecido, ántes bien se ha multiplicado, el hábito y ejercicio de las costumbres políticas. Allí no cesan jamás de agitarse las asambleas públicas; allí se ensayan todas las teorías; allí se discuten todos los intereses; allí se ponen á prueba todos los sistemas y combinaciones electorales.....

Allí se guarda como una tradicion veneranda, el estudio y el respeto del antiguo Derecho: y al lado del depósito dogmático y profesional de la ley civil, se rejuvenece en más fecundas libertades la tradicion viva y práctica del fuero municipal. Allí se inicia, y allí se desarrolla, y de allí parte aquel movimiento general de las comunidades contra el vasallaje feudal, que en los siglos medios representa una revolucion, todavía más profunda que la que en la edad moderna transforma en Estados constitucionales las monarquías absolutas.

La ciencia política y la diplomácia no tienen en Europa otro campo ni otra escuela, que aquellos Estados, aquellas repúblicas, y aquella Roma, por donde se cruzan y van á converger como á su centro de accion, todas las grandes negociaciones européas.

Allí, donde se quiere que haya quedado más vivo y por más tiempo arraigado el espíritu pagano, allí se fundan y se establecen todas las grandes órdenes é instituciones religiosas. Pero tambien en aquel suelo sembrado de asilos de religion y de monumentos de piedad, se erigen tantas escuelas y universidades, como templos y santuarios.

XI.

INFLUENCIA Y PODER DE ITALIA: PARANGON, Y PIEDRA DE TOQUE: DEMOSTRACION HISTÓRICA.

Á los ojos de todas las demás naciones, en aquellos siglos, Italia aparece siempre como una vision oriental, ceñida de una aureóla de esplendor, de culto, de prestigio y de singularidad privilegiada. Allí se dirige toda curiosidad, y toda codicia, y toda ambicion, y toda envidia, y todo deseo de saber y de gloria.

En aquel, que se pretende panteon, el saber humano tiene su archivo: y para el arte, donde quiera sepultado, toda aquella tierra es magnífico Muséo.

En aquellas costas saqueadas y de contínuo conmovidas, concentra el mundo todas sus riquezas, y tiene el comercio de aquellos siglos sus grandes empórios. Todo

tráfico se negocia en Génova; toda preciosidad oriental viene de Venecia; toda gala, de Milan; toda belleza artística, de Florencia; toda alegría, de Nápoles; todo saber, de Bolonia y Pavía; y toda ley y toda autoridad, de ROMA.

Ningun pueblo de Europa se creerá prepotente, sinó pacta alianzas ó ejerce influencias en aquellos Estados. No hay entre los poderes, ni entre las inteligencias otro órgano del pensamiento, que el idioma del Lacio que guarda Roma; y la primera que recibe vida y existencia y dignidad de lengua civilizada, es aquella en que erige el Dante el monumento más maravilloso entre todas las creaciones de la fantasía.....

¿Buscais la unidad en este conjunto?—La unidad que buscais, la que llamais unidad ahora, lo que representa esa idéa en vuestra imaginacion, esa unidad compacta y nivelada de la época moderna, esa pasta homogénea, que acaba de fundirse ahora, y que está blanda todavía del fuego de las nuevas revoluciones, no la hallaréis en esos siglos; no se os revelará realizada y existente en parte alguna.

Pero acaso preguntareis, si habia unidad fuera de Italia?—Interrogad los ensangrentados dramas de la historia de las islas Británicas; preguntad á las siete ú ocho soberanías independientes y rivales, que se formarán hasta el succesivo poder de Luis XI, de Richelieu, de Luis XIV y de la Convencion, para producir aquella unidad francesa, que costó tanta sangre. Preguntádselo á las múltiples coronas cristianas y sarracenas de nuestra España; preguntádselo á la Germánia anárquica y desgarrada; preguntádselo á la Hungria, y á la Polonia, que se excavaron su tumba en sus querellas; preguntádselo á esas

regiones de la Europa central, que forman todavía el cáos austriaco; y preguntádselo al Oriente, al Occidente, al Mediodía y á las hordas, casi salvajes entónces, del Norte escandinavo ó moscovita.

É inquirid al mismo tiempo de todos esos pueblos sinó era la Italia de entónces una nacion que sabian distinguir de todas; si no era Roma una unidad incomparable, y sobre todas las demás, encumbrada; si no era el Emperador la más alta eminencia entre las potestades de la tierra.

Pero sobre todo, preguntad á los Italianos de aquel tiempo (que vivos están todavía en obras inmortales que nos dejaron); á los unos, si se creían dependientes ó vasallos; á los otros, si se tenían por tan divididos que fueran entre sí extranjeros. Preguntad á Dante si aquella Águila maravillosa del tercer canto de su PARAISO, no es el vivo é inmortal emblema de un Imperio de que aún se cree miembro y ciudadano: preguntadle si cuando llamaba *serva* á su patria, no se referia á las míseras y locales facciones que la desgarraban; no á aquel Emperador que llamaba á grandes gritos á la tutela de la sociedad que abandonaba; y si güelfos y gibelinos no cabian dentro del gran círculo de libertad é Imperio, cuyo espíritu nos revela con tan perspícua verdad el Poeta florentino.

Aquella suprema autoridad nunca les parecía extraña, por más que con frecuencia les pareciese dura ó tiránica; aquella, que parecía particion, no lo era bastante á dividir la homogeneidad *eucarística* del amor de la patria.

La division del territorio era cuestion de gobierno interior; no era la desmembracion de la gran República. Aquella diversidad de Ducados ó Repúblicas, Condados

ó *señorías*, no implicaba independencia soberana, ante la eminente gerarquía de la majestad Imperatoria; ni más la contradecían que las pasadas denominaciones de Procónsules ó Prefectos, Gobernadores ó Exarcas. Las colisiones, á veces tan sangrientas, con los Emperadores, fueron diferencias entre súbditos y su propio Soberano; ya sobre dureza y tiranía de su administracion y gobierno; ya sobre la organizacion y atribuciones de los poderes: eran como la lucha interior é incesante de todos los demás paises, entre el Rey, los magnates y el pueblo. Aquí no habia otro Rey. Ni el príncipe más independiente, ni la *señoría* más democrática, ni el güelfo más italiano, discutían ó negaban el reconocimiento de aquella legitimidad, que representaba la grandeza comun.

Entre las mil casas prepotentes ó usurpadoras que se alzaron en Italia, ninguna abrigó jamás aspiraciones de dinastía italiana, como aquellas familias, desde el principio régias, que representaron la nacionalidad francesa ó española; ni república alguna afectó la pretension de heredar ó reconstituir la antigua, sin que su vuelo se viera atajado. Quedaba siempre Roma, de donde emanaba el poder, y donde la más alta gerarquía temporal tenía que venir á demandar y recibir de rodillas la consagrada corona con que habia de ser reconocida en el mundo.

Quedaba el Imperio, á quien ella daba título y nombre, como la más excelsa cumbre, aunque apareciera lejana é inaccesible, y envuelta entre nubes y tempestades, sobre las cordilleras de otras más cercanas y practicables eminencias. El Emperador no bajaba á Italia para enseñorearse de un suelo que á veces no hacia más que atravesar, y donde no volvía á poner los piés, abandonándole á sus *señorías* particulares, y á veces á sus san-

grientas facciones. Pero el Emperador, cuando á Roma viene, se hospeda siempre en la mansion de los Césares: el Pontífice le consagra sobre la tumba de los Apóstoles.

Fuérais á demandar á esa Italia si se creia independiente: ella os respondería—ya lo oimos antes—"que era Soberana."—Aquellas dos potestades, bajo una majestad á veces ilusória y lejana, y bajo una consagracion divina, representan todas las memorias y todas las esperanzas de su eterna universal primacía. Aquellos Estados, al reconocerse bajo ella iguales, no se tienen por esclavos, y se creen bastante unidos. La imposibilidad de una union más compacta y cohesiva, llevábanla aquellos siglos en sus desordenados movimientos; llevábala, sobre todo, la Italia en su historia; como en testimonio de la peléa, llevan los ejércitos los girones de sus banderas, y los guerreros sus piernas rotas y sus miembros mutilados. Ella no se los pudo entablillar. Las mismas huestes bárbaras, que en tan encontradas corrientes se pasearon por su suelo, no la pudieron unir, porque no la pudieron conquistar. No había nacido para ser la Polonia, ni la Hungría, ni la Bohemia, ni la Bretaña, ni la Borgoña. No fué eso: Venecia, Génova, Milan, Pisa, Florencia y Sicilia no renuncian nunca á aquella ilusion de unidad, remota, como las fronteras de sus conquistas; misteriosa y lejana, como su eterno providencial destino.

República ideal, con dos á manera de extraordinarios cónsules, reverenciaban de léjos á un Emperador, que se hospeda en el Mosa, como ántes en el Bósforo; acatan en Roma á un Sacerdote, á cuyas plantas vienen á postrarse todos los Reyes de la tierra, como en otro tiempo ante la Majestad del Capitólio. Y Venecia, y Pisa, y Génova y Florencia se van á guerrear cada una por su lado; quien

con los turcos, quien con los tártaros, quien con los franceses, quien con los sarracenos; gozándose más en lidiar en Palestina, en dominar en Malta, en triunfar en Criméa, en combatir en Lepanto, en penetrar en la China, en descubrir la América, en inventar la brújula y en escribir la DIVINA COMEDIA, que en fundar una nacion de italianos. Acaso no era dable una nacion de génios, de señores y de caudillos!....

¿Quién, despues de todo, se atreverá á condenarlos, ni á compadecerlos? ¿Qué pueblo no se sentirá inclinado á envidiar tan glorioso destino? ¿Quién querria trocar el nombre de esa pléyada de civilizaciones magníficas, por alguno de esos astros pálidos y frios, por alguno de esos cometas ominosos, que con tan estéril unidad, ó con tan funesta independencia, giran en el hemisferio de nuestra historia?—Recurramos sinó á un infalible barómetro.

Suprimid por el pensamiento algunos de esos pueblos, y en nada se perturbará la vida de la Europa..... Suprimid un instante la historia de esa Italia tan desgarrada y tan caida, y suprimis con ello la civilizacion del mundo.

Pero una observacion más todavía. Antes de hacer esa hipótesis, suprimid el Pontificado de Roma; y ni Roma ni Italia existirán como pueblos sobre la haz de la tierra!

XII.

EL PONTIFICADO ES INDISCUTIBLE, PORQUE ES INCUESTIONABLE.

NO ES ITALIANO, NI AUN EUROPÉO, PORQUE ES CATÓLICO.

Temeridad, al mismo tiempo que pedantería, fuera en nosotros la insistencia en probar esta asercion. Somos enemigos de disertar sobre lo que todo el mundo sabe, nosotros, que no sabemos sinó lo que nadie ignora. Hánse escrito en pró y en contra del Pontificado, millares de volúmenes; y el último escolar sabe ya tanto en ésta controversia, como el más paciente erudito. La historia crítica y elevada ha reducido á su justo valor todas las exageraciones, como todas las fábulas: ha hecho justicia de todas las preocupaciones hostiles, de todas las imputaciones calumniosas, de todas las falsedades sectárias.

Bajo el punto de vista histórico, ya están de acuerdo todas las eminencias literarias y científicas de las más opuestas doctrinas, de las más distintas creencias. En el momento de escribir estas líneas [1] un Religioso de la ór-

[1] Escribíase esto casi en la época de la recepcion en la Academia francesa del Rdo. Padre Lacordaire, cuya pérdida lloran hoy la Religion, la filosofía y tantos hombres, que á su palabra debimos ilustracion, consuelo, fortificacion en la fé, é inspiraciones de caridad y esperanza.

den más intransigente, y la más grande Inteligencia de la comunion ménos tolerante, acaban de hablar á la faz del mundo, en la primera asamblea literaria de Europa..... De Roma y del Pontífice hablaron.—¿Qué podriamos nosotros añadir? ¿Ni que nos pueden importar las opiniones de ese fanatismo anti-religioso, que usurpa el nombre de racionalista ó filosófico; cuando sus premisas y sus conclusiones están juzgadas por la más alta razon, por la más autorizada filosofía?... De hoy más, no habría inconveniente para nuestras doctrinas, en que historiadores como Guizot, ó filósofos como Leibnitz, asistieran á las sesiones de los concilios. En manos de tan altos espíritus podemos ya confiar la verdad histórica de nuestras creencias.

Por eso, sobre la soberanía del Pontificado no discutimos. El Pontificado es indiscutible, porque es incuestionable.

Ahí está, delante de nosotros está; á la faz del mundo, y sobre el mundo: hecho histórico, evidente, tangible. Nuestros ojos le ven: diez y nueve siglos le abonan: ochenta generaciones le atestiguan. Ahí está; como las Pirámides, como el Colosséo, como la columna de Trajano; más antiguo que ningun trono, más que dinastía alguna, más que ninguna institucion, más que cosa alguna viva, más que la civilizacion misma de la Europa, á la cual bautizó en su cuna. Su existencia, como la del hombre, como la de las lenguas, es uno de aquellos fenómenos, que son á un tiempo mismo hechos incontrovertibles, y milagros patentes. Su orígen, aunque evidente, se pierde en lo sobrenatural. Si le faltara el prodigio del nacimiento, seria aún más prodigiosa su duracion y su existencia.

Cuando San Pablo se presentó en el Aréopago de Até-

nas, á los filósofos que le preguntaban sobre su doctrina:—"Vengo á declararos, les dijo, el nombre de ese mismo Dios desconocido—IGNOTUS DEUS—que he visto escrito y consagrado en las columnas de vuestros pórticos."—Cuando San Pedro pone su cátedra en Roma, viene á revelar de quién era aquella misteriosa cabeza sin cuerpo, que apareció entre los cimientos, cuando se fundaba el Capitólio. Aquel cuerpo, él se le trae; era la humanidad toda entera. El Pontificado que él funda, es la última expresion de la universalidad del destino de la Ciudad Eterna.

¿Cómo habia de ser italiano? Ni siquiera es européo: ES CATÓLICO: es la transfiguracion de la ciudad de los hombres en la ciudad de Dios. Ni en el mundo cabe: es de la Iglesia; es de la congregacion de todos los fieles de la cristiandad, que desde las regiones expiatorias del otro mundo, sólo parte límites con la Jerusalen celestial de los bienaventurados.

XIII.

GRANDEZA VERDADERA DE ROMA. ORÍGENES Y FECHA DEL PODER TEMPORAL DEL PONTIFICADO.

La ciudad á quien ha cabido tal representacion, es la más grande y maravillosa de todas las ciudades. El hombre que ha recibido tan portentosa significacion, tiene, ántes de todo poder temporal, la más extraordinaria de todas las potestades. Se le vé aparecer; y su aparicion es un misterio profundísimo. Se le vé crecer y levantar-

se; y ese desarrollo, y esa grandeza, es un fenómeno inexplicable. ¿Cómo le han de juzgar bien los que le conocen mal, y ménos aún los que le reniegan y aborrecen, si confunde y anonada á los mismos que le acatan y le adoran?....

Agítase hoy tumultuáriamente en Europa la cuestion de cómo y cuándo empezó el Sumo Pontífice á ejercer poder temporal. Ciertamente,—y lo decimos en un sentido eminentemente católico,—ciertamente es una cuestion harto limitada y de proporciones bien mezquinas! Seguramente que para la majestad de aquella institucion prodigiosa, lo temporal apareció tan insignificante y secundário, que pasa como embebido y eclipsado ante la contemplacion de los primeros siglos, atónitos y subyugados ante el espectáculo de su espiritual grandeza.

No toman los Papas el señorío de Roma: Roma es la que los acata, obedece y adora. Parece que el Papado se levanta, sólo porque ella se le arrodilla. Es el sol: nos hace ilusion de que asoma por el horizonte, y sube al firmamento; y es la tierra la que se vuelve y gira para que él la alumbre! Como los astros empalidecen con el nuevo dia, así los otros poderes no se extinguen: dejan de verse.

El Papa no se impone soberano. Son Roma y la Italia las que quieren afianzar, engrandecer y amayorazgar en su suelo, aquel milagroso sacerdocio de una Religion, que despues de redimir al mundo, disciplina la Europa, y civiliza la barbárie. Presente del cielo que se encontraron en las catacumbas, subiéronle en un camarin de oro, y rodearon su frente de coronas, como á aquellas Imágenes santas que aparecian en las excavaciones ruinosas, y que los pueblos ensalzaron en sus templos, como á tutelares Patronos, colocándolos al frente de sus ejércitos, ó su-

biéndolos á lo alto de sus murallas, para triunfar de los enemigos.

Sí. Harto mezquina y secundária es, por cierto, esa averiguacion judicial y forense de la legitimidad del derecho, de la antigüedad del poder, de la claridad del orígen de la soberanía secular del Pontífice. Sus probanzas son hechos tan rudimentários y tan aprendidos con el catecismo, que causa pena y bochorno recordarlos, cuando se trata de la fundacion de esa dinastía nobilísima, en comparacion de la cual ya dejamos sentado que son inciertos y tenebrosos los principios de todas las casas reinantes, y la legitimidad de sus primitivos derechos.

Los Reyes que en los tiempos modernos han subido á los tronos de Europa más popularmente y por voluntad de Asambleas, Miguel Romanoff, en Rusia, en 1613; don Juan de Braganza, en Portugal, en 1640; Guillermo de Orange, en Inglaterra, en 1688, y en nuestros dias Bonaparte, Luis Felipe, Leopoldo de Bélgica y Napoleon III, no presentan títulos más evidentes de legitimidad que esa genealogía antiquísima de Reyes de Roma, que empieza en el siglo VIII y en el 94.° Pontífice, para no interrumpirse jamás hasta el actual, el DOSCIENTOS CINCUENTA Y SEIS de los succesores de San Pedro.

Los orígenes de este poder son más claros que los elementos de Euclídes, más auténticos y reconocidos que la procedencia de la càsa de Apsburgo ó el nacimiento de Hugo Capeto. El último de los escolares os dirá el dia y la hora en que un Pontífice se vé obligado á aceptar de la mano de un Rey victorioso, y por voluntad de un pueblo, que no quería ser presa del vencedor, el señorío temporal de una ciudad, que se redimía á un tiempo de dos Reyes igualmente bárbaros.

Confrontemos de nuevo nuestros recuerdos. Ellos nos dirán si el acto de cesion de la Lombardía al Rey Victor Manuel, despues del tratado de Villafranca, es un documento más legal, más solemne, y más auténtico que la donacion del territorio Romano al Papa Estéban el año 755, despues de otra batalla casi en los mismos lugares que las de Magenta y Solferino..... Pero la historia nos añadirá por complemento, cómo cuarenta años más tarde, Carlo Magno, dueño de la Europa, y debelador de todos los bárbaros, no sólo acata la soberanía de aquel Pontífice, á quien con un solo ademán de su manopla de hierro, podia arrojar de la ciudad ocupada por sus armas; sinó que le reconoce con autoridad de darle la más alta investidura del poder humano..... Y nos contará minuciosamente, como si lo hubiéramos visto con nuestros ojos, ó leido en la *Gaceta* de ayer, de qué manera y forma, al asistir á la solemne funcion del dia de Navidad de 799, último entónces del año, el vencedor de los Sajones, de los Ávaros, de los Burgundios y de los Longobardos, que rezaba de rodillas ante el altar de los Santos Apóstoles, es coronado súbitamente por Leon III, y aclamado por el pueblo, "GRANDE, INVICTO Y PACÍFICO EMPERADOR ROMANO."

Ya lo veis. Este es el gran suceso. El sorprendente prodigio, el no explicado misterio es, no cómo el Papa se hace Rey, sinó cómo puede hacer un Emperador. Ésto podía ser la gran duda; éste el difícil problema. Duda que no tuvo entonces el mundo; problema *del dia de hoy!....* que era entonces ejecutoriado derecho. Ni Pipino ni Carlo Magno se le dieron. De más antes estaba consagrado y reconocido. Una cesion, una aquiescencia, un homenaje, un ceremonial bastarían para constituir una le-

gitimidad humana, ó para dar testimonio en un litigio vulgar. La gran legitimidad que el derecho humano no explica, lo sobrenatural y formidable de aquella categoría, que la humana razon no mide, está en reconocerle la potestad de imponer coronas y de consagrar Imperios. El prodigio incomprensible está en que los que en cien batallas habían triunfado de todas las naciones, y habían impuesto el yugo de la espada á tan innumerables tribus, para presentarse como legítimos señores á reclamar la obediencia del mundo, tienen que arrodillarse á los piés de un sacerdote pacífico é indefenso, reconocido ya como propietario de una soberanía que viene del cielo.

¿Qué le importaba, pues, la autoridad temporal? ¿Quién se la podía disputar? ¿Quién se la podia conferir?

Ni Pipino, ni Carlo Magno, ni la condesa Matilde fueron sus creadores ni sus cesionarios. No dieron lo que no podian quitar. Lo que de ellos fué llamado título, no es más que testimonio. De aquella institucion, divina á un tiempo é histórica, fueron notarios y cronistas. Escribieron de ella una lápida, pusiéronle una fecha, como los antiguos Cónsules en los fastos de la República, fecha de su propia grandeza y de su propia sublimacion, que abriendo una nueva época cronológica, como la de Julio César, consumaba una revolucion fundamental en el sistema político de Europa. Los polos del mundo moral habian cambiado, y la civilizacion empezaba á girar por una eclíptica distinta, y bajo los signos de un Zodiaco invertido.

La antigua soberanía popular, concentrada en la LEY RÉGIA, habia acumulado en un hombre un poder tan omnímodo y brutal, que los supremos delegados del pueblo se erigieron en deidades. El cristianismo no podía admitir la sacrílega apoteósis de la fuerza humana. Su sobe-

ranía no podía ser la omnipotencia del hombre. La grande idéa religiosa, de que el poder viene de Dios, es completa y esencialmente contraria á que una potestad humana pueda proclamarse divinidad.

El dogma del libre albedrío fué una gran tabla de derechos; el poder social concluía donde el señorío de la conciencia empezaba; y en la manera de sentir de aquellos pueblos, que rompían, los unos la opresiva coyunda de una fuerza dominadora, al paso que se salvaban otros de un individualismo bárbaro, el DERECHO CRISTIANO fué para los pueblos vínculo y garantía, fué para los Reyes valladar y freno. Suprímase este derecho, y será Carlo Magno dueño y señor tan absoluto, como los Césares pretorianos. Pero tambien sin la consagracion de este derecho, no pasaba de ser un caudillo de bárbaros, transitório, como aquellas mangas de torbellino que se llamaban Alarico ó Atila.

De este derecho, sin embargo, él no era ni el símbolo, ni el representante. De él, de aquel principio, de aquella creencia y de aquel dogma, la personificacion es el Vicario de Cristo, que se hospeda en Roma. Como enlazando un mundo que muere, á un mundo que se transforma; una civilizacion que aparece entre escombros, á otra civilizacion que brota entre ruinas, allí está, custodiando la antigua majestad de la República, el Representante de la ley de Dios sobre la tierra. Donde el antiguo tribuno, vuelta la espalda á la curul de los Cónsules, interponía el VETO de las libertades populares, se sienta ahora, en la misma humilde actitud, el Siervo de los siervos de Dios, diciendo á las potestades de la tierra el formidable NON POSSUMUS.

En el foro de Júpiter Capitolino estaba la fuente de la

universal soberanía, con que legitimó el primero de los Césares la universal dictadura: en la cátedra de San Pedro pronuncia sus oráculos el intérprete de aquella ley, que renueva la asociacion européa, bautizada en la fraternidad de Cristo. Por eso Cárlos viene á recibir en Roma la investidura de una majestad que el nuevo Derecho eleva á sacramento. Por eso la Europa, constituida en confederacion cristiana, se llama SANTO IMPERIO ROMANO.

Datad desde este momento, si quereis, la fecha del poder del Pontífice. Tal poder, que crea un Imperio; que vuelve á colocar la Italia á la cabeza de la civilizacion; tal poder, que sigue haciendo á Roma la metrópoli del Universo, no puede ser para nosotros, no es para la Historia la fecha del poder del Papa: ES LA FECHA DE LA OBRA DE DIOS.

XIV.

ROMA PONTIFICIA HASTA 1852.
UNIDAD MORAL, LA UNIDAD CATÓLICA:
URBI ET ORBI.

Ni el Pontificado es cuestion de la historia de Italia, ni derecho controvertible en el progreso de su nacionalidad.

Es una institucion preexistente, y generadora de esa nacionalidad misma, que brota y crece debajo de la silla de San Pedro, como sale un rio al pié de una montaña. Italia no tuvo más que abrirle cáuce, para ser fecundada por sus aguas regeneradoras. No sólo recobra delante del mundo nueva superioridad política: preside desde entónces á una nueva civilizacion social. Italia, que habia dado al mundo la unidad de la ley civil, debió al Pontificado la preeminencia de evangelizar al género humano en la plenitud moral: debióle el haber conservado la superioridad de Roma sobre aquellos mismos bárbaros, que habían bajado como bandadas de fieras á destruirla, y que se pusieron humildes, como corderos, á adorarla.

La era de venganza que habian concitado en el mundo los crímenes de los Emperadores, la conjuraron las bendiciones de los Pontífices. La civilizacion de la Roma gentílica no habia podido nada contra las locuras de un

Calígula, ó contra las infamias de un Heliogábalo. La Roma de los primeros Papas tuvo poder para hacer prosternarse en el polvo á aquellos salvajes cabelludos, que se llamaban Francos y Sicambros. El Pontífice hace arrodillarse penitentes y despavoridos á aquellos guerreros, tintos todavía de la sangre de los sacrificios humanos, y que sin el espanto de su Cruz y de su anatema, hubieran sido mónstruos desenfrenados.

Enmedio de aquella anarquía de poderes que no se regían por códigos; de aquella mezcla de razas, que no se atenían á territorios; de aquel cáos de individualidades feroces, que no reconocian ninguna superioridad gerárquica; los Pontífices imponen á las naciones del Imperio aquella poderosa unidad moral, que ántes de llamarse Europa, se llama la cristiandad. El Pontífice conserva la misma existencia material de Roma, que no teniendo razon de ser desde que no fuera capital del mundo, hubiera desaparecido en escombros de sobre la haz de sus asoladas campiñas, como Tiro y Sidon, Ménfis y Palmira; como Tébas y Cartago.

¿Qué mucho que el género humano, que habia creido á Julio César hijo de los Dioses, porque con grandes ejércitos y aguerridas legiones habia llevado á término sus portentosos hechos; al presenciar verdaderos milagros, obrados por un humilde y desarmado anciano, le reconociera Vicario de Dios?.... ¿Qué mucho que aquellas clases oprimidas, que habian ensalzado á Tiberio y á Neron, sólo porque les parecía que eran sus vengadores, aclamaran en la excelsa magistratura de sus Pontífices, al más liberal de sus tribunos?

Por vez primera en el curso de la Historia presenciaban un maravilloso espectáculo, á cuya idéa no habían

llegado nunca ni los Gracos, ni los Virginios. Veian á un indefenso Sacerdote, salido á veces de la cabaña del pastor ó de la celda del cenobita, soberano *tolerado* de una exígua provincia, ejerciendo sin embargo la potestad sobrehumana de quitar y poner Reyes, de mandar hacer penitencia á los Emperadores, de dirimir sus discordias, de hacer las treguas de sus guerras y dictar las condiciones de sus paces, de denunciar á la execracion de los pueblos el escándalo de sus costumbres, de maldecirlos á la faz del cielo por la crueldad de sus venganzas, de anatematizar el horror de sus incestos, de atajar el contagioso concubinaje de sus irracionales divorcios, y de ofrecer un asilo en las sapientísimas leyes del derecho eclesiástico, contra los inícuos desafueros y los procedimientos arbitrarios de los códigos bárbaros.

Verdad es que ahora oimos calificar estos actos, de demasías, de usurpacion, de translimitaciones inauditas de autoridad, de humillaciones degradantes del poder!....—¿Era entónces así?—Recordemos que aquellos pueblos, compuestos de una gran masa de vencidos, bajo una raza guerrera de feroces conquistadores, no tenían otra tribuna de asambleas, otra imprenta de periódicos, ni otra magistratura de acusador público..... que aquella cátedra Santa!.... El Pontífice, en verdad, fué como el Gran Justicia de los reinos cristianos!

Los pueblos no se curaron de exigirle escrupulosamente sus títulos. En vez de escatimárselos como abusivos derechos, se sometían á ellos como oráculos; y los Reyes, en lugar de hostilizarlos como usurpadores ó rivales, quisieron mas bien ampararse de ellos, dando ejemplo de aquel respeto que les valía la sumision y obediencia espontánea de sus bandas feroces.

Y así fué cómo los Pontífices abolieron el despotismo, destruyeron la esclavitud, y condenaron la rebelion. Así fué como organizaron la república cristiana, enmedio de la anarquía. Así fué cómo la sociedad européa se organizó para el Pontificado, y para la Iglesia de Roma, que fué la Iglesia universal; y así fué como durante tantos siglos, en que la idéa política no es en parte alguna bastante fuerte para dar cohesion, consistencia, eficácia y grandeza á aquel cúmulo de principios en ebullicion, y de naciones y razas en perpétua lucha; todo lo grande, unitário, perpétuo y progresivo, que constituye en comun la obra de la civilizacion y de la historia de Europa, lleva el sello de la unidad católica, impreso por la mano del Sumo Pontífice que la representa.

Fué para Roma: fué para el mundo..... URBI ET ORBI.

XV.

LA IGLESIA REGENERADORA DEL MUNDO: FUENTE DEL DERECHO: MADRE DE LAS CIENCIAS Y LAS ARTES. — LAS TRES CORONAS DEL PONTÍFICE.

Todo cuanto nace y crece, y resplandece y dura, y queda en la Historia hasta el siglo XVI, tiene al principio religioso por generador, y á la Iglesia de Roma por Madre amorosa y fecunda. De ella son todas las grandes obras de la paz; todos los grandes hechos de la guerra; todas las creaciones inmortales del génio; todas las maravillas del arte; todas las colosales empresas de la erudicion; todos los descubrimientos de la ciencia; todos los progresos y adelantos de la legislacion y de la política.

Por la Iglesia se fundan las ciudades. La Iglesia asienta las bases fundamentales de las monarquías: por ella penetran en Oriente las Cruzadas, y la Europa lanza de su suelo á los Tártaros y á los Agarenos. No mandaban los Pontífices en Constantinopla, cuando se apoderaron de ella los Turcos; pero eran Católicos los Reyes que arrojaron de Granada á los Árabes; los Polacos de Sobieski, que salvaron á Viena; los Húngaros de Matias Corvino, que fueron ántes, en el Danúbio, baluarte de la cristiandad. Y era, por último, un Santo Pontífice el que or-

ganizaba aquella coalicion gloriosa, que postró para siempre en Lepanto el empuje aterrador de los Otomanos.

Por la Iglesia se emprenden los grandes trabajos públicos, se canalizan los rios, y se desecan los pantanos. Por la Iglesia se construyen magníficos puentes, que aproximan las ciudades; grandes diques y muelles, que abren seguro abrigo á las naves; vias de comunicacion, que dan tránsito á los peregrinos; suntuosos hospitales, que prestan abrigo, lecho, medicina y descanso á los enfermos y desvalidos.

Por la Iglesia se fija el derecho en códigos, como el del Fuero Juzgo y el de las Partidas: y se reunen en los claustros del estudio cristiano, las bibliotecas del saber antiguo. Por la Iglesia son los retirados cenobitas lumbreras de la filosofía: una órden monástica emprende esas obras que dieron su nombre proverbial á la erudicion potentosa: un Pontífice es el que reforma el calendario, y fija la incierta cronología. Los Papas cubren la Europa de universidades, que llevan todas el nombre de Pontificias; son misioneros los que traen de la China el gérmen de la seda; un religioso es el que inventa la pólvora, y en fin, la necesidad de divulgar la Biblia es la que inspira á Guttemberg el portentoso descubrimiento de la imprenta.

De la Iglesia católica hace Dante el más sublime de los poemas; y bien léjos estaba de ser heresiarca quien escribió en su *Paraiso* aquella grandiosa apoteósis de Santo Domingo de Guzman. Á un Pontífice dedica sus cantos el Ariosto, y un Papa ciñe el laurel de la gloria á aquel Tasso á quien los Príncipes habian encerrado en una jaula de locos.

Para la Iglesia de Roma son arquitectos Giotto, Bru-

nelleschi, Bramante, y aquel Miguel Ángel, *de las cuatro almas*, más grande que la cúpula de San Pedro. Para la Iglesia, para los Papas y á vista de los Papas, pintan Fray Angélico, y Perugino, y Rafael, y Julio Romano, y Ribera, y Tiziano, y Correggio, inspiradores de Zurbarán, y Rubens y Murillo, y de tantas otras maravillas del arte, que cubririan extendidas todo el suelo de la Grecia de Apéles y Parrhassio. Y á través de las devastaciones del tiempo, que no dejó nada en Nínive, ni en Tiro, ni en Tébas, ni en Alejandría, ni en Corinto, ni en Aténas, los Pontífices recogen, acumulan y conservan en la Roma moderna los tesoros y riquezas de la ciencia de todos los tiempos; que solo en aquella arca santa han podido salvarse del universal diluvio, en que la edad, la guerra y la barbárie anegaron toda la civilizacion antigua [1].

Todavía, sin embargo, hay ciencia ingrata, orgullosa y parricida, que lanza acusaciones contra la Iglesia, por obstáculos que puso, dicen, á los adelantos del espíritu humano. Si accidentes transitórios de sucesos, circunstancias especiales de personas, parciales contradicciones de que no está exenta ninguna institucion, en que entran como elementos siempre refractários la pasion ó la flaqueza humana; si tales obstáculos se atravesaron alguna vez para atajar el curso de una gran verdad ó de un descubrimiento fecundo, obstáculos fueron que arrojó léjos de sí, como escórias impuras, el impulso y marcha general, que en corriente majestuosa lleva el espíritu de la Iglesia

1 Nos dirán que estas ideas están muy vulgarizadas y repetidas.—Lo sabemos: insistimos, sin embargo, en ellas, porque muchos de los que las desdeñan por triviales, obran y hablan en seguida como si no las supieran.

misma. Y no bastaría la vulgar ignorancia, sinó viniera en su ayuda la mala fé, para presentar á Roma como enemiga y perseguidora de aquellos tres grandes hechos, que representan estos tres grandes nombres: COLON, COPÉRNICO, GALILÉO.

¿Quién era, al cabo, Galiléo?—y permítannos nuestros lectores esta leve digresion, de pasada.—Un sábio Italiano, criado en Florencia y Roma, que durante veinticuatro años explica las ciencias en Pádua, universidad del catolicismo, y que es personalmente amigo, querido, mimado y favorecido de los Médicis, familia de Pontífices.

¿Quién llevó á Colon al Nuevo mundo, sinó una Reina Católica, de santísima memoria, apoyada por los frailes Juan Perez de Marchena y Hernando de Talavera? ¿Quién sostuvo el ánimo del gran Descubridor, sinó el fervor apostólico de revelar el Evangelio al otro hemisferio, y el voto de religiosa exaltacion que hizo asistiendo á la toma de Granada, de rescatar el sepulcro del Salvador con los tesoros de las Indias?

¿Qué obstáculos encuentra Copérnico para renovar el sistema del mundo, en aquella Roma, adonde habia ido desde una obscura y helada aldéa de Polonia, para estudiar los antiguos sistemas, que solo puede consultar en la biblioteca de los Papas, y en la escuela de sus astrónomos? Que el Sumo Pontífice le haga canónigo de una catedral, para que desde el sosiego religioso de un templo cristiano, pase sus años en estudiar la estructura del templo de Dios; y que él, piadoso y agradecido, dedique al morir, al Papa Paulo III, la obra inmortal que revela la ley de los orbes.

Ésta es la historia de la Iglesia de Roma; ésta es la

historia del Pontificado. Es la historia de los progresos del espíritu humano.

No en vano el sagrado simbolismo de esa Religion, ciñó tres coronas á la frente de su Sacerdote supremo. La más alta gloria entre las grandezas pasadas; la más excelsa entre las soberanías presentes; la que hasta el novísimo dia de los siglos, saludarán con reverencia, despues de muchos naufrágios y olvidos de cuanto nazca y viva, las generaciones venideras.

XVI.

EL PAPA EN AVIÑON: ROMA DEJA DE SER PONTIFICIA; ITALIA, DE SER SOBERANA; ALEMANIA, IMPERATORIA.

Á principios del siglo décimo sexto, no había aún en Europa otra unidad que la que habian creado los Papas, la unidad religiosa. No habia dejado de padecer eclipses y de ser combatida de tormentas; pero tormentas y eclipses habían servido para realzar su importancia y acrisolar su esplendor.

La unidad política de Carlo Magno habia caido succesivamente á pedazos, por los progresos mismos de cada nacionalidad particular. España, que no había entrado en el Imperio, porque cuando el Imperio se formó, era sarracena, había adquirido en una lucha de siete siglos, aquella independencia que, cimentada en el espíritu religioso, la hizo aparecer comparativamente fanática. Inglaterra, separada por su posicion del general movimiento, llegaba despues de dos conquistas y de sangrientas

catástrofes, á aquella unidad excéntrica que le habia de dar tan extraordinaria representacion en el mundo. Francia, reunidos que hubo sus despedazados miembros con la conquista de la Bretaña y la incorporacion de los féudos de Borgoña, alcanzaba aquella plenitud de vigor y poder que, reanudando sus orígenes con la dinastía de Carlo Magno, la habian de preparar para creerse heredera, succesora y rival del Imperio. La Germánia, permaneciendo bajo el espíritu del individualismo primitivo, y del fraccionamiento feudal, subordinando siempre la comprension de la idéa política de un Estado, á los intereses de familia, no había sabido fundirse con los pueblos latinos, ni asimilarse las naciones eslavas.

Las querellas de las casas de Franconia y de Suevia con la Silla Apostólica, léjos de acrecentar el poder seglar, le habian herido en el centro de su vitalidad. Cuanto más germánico y más temporal se hiciera, ménos romano y más extranjero habia de aparecer del otro lado de los Álpes. Por no querer ser tenidos como dominados por Roma, los Emperadores se aventuraron á ser mirados como conquistadores y enemigos, por los Italianos; y la Iglesia no habia podido ampararlos, desde que ellos no supieron protegerla.

Durante el calamitoso período que se señala con sus depredaciones y violencias, con la emigracion de los Papas á Aviñon, con el gran cisma de Occidente, y con el alternado predominio de franceses y españoles, la Alemania deja de ser imperatoria; Italia deja de ser soberana; Roma deja de ser pontificia.

Gime la una bajo la impotencia anárquica de familias rivales y de caractéres sin grandeza: pasa la Italia del yugo de sus facciones propias, al vasallaje de dinastías

extranjeras. Roma aprende, para no olvidarlo jamás, lo que es su destino en el mundo, cuando no es metrópoli católica; y la Iglesia Romana, lo que es un Pontífice, que prefiere á la sombra sagrada del altar de los Santos Apóstoles, el más inmediato arrimo de un poderío robusto, pero terreno.

Y miéntras que los Papas creen que las aguas del Ródano, pueden ser tan fecundas para la cristiandad, como las sagradas del Tíber, aquel mismo Rienzi, que sueña restaurar en el desamparado Capitólio la república de los Escipiones y el Trono de los Césares, intima al Pontífice que vaya á ocupar su silla en aquella Roma, que, á pesar de sus recuerdos y de sus glorias, se desmorona en polvo, huérfana del sacerdocio, como se deshace una momia cuando se desligan las bandas balsámicas que la conservan íntegra en su sepulcro.

XVII.

ESPÍRITU PAGANO.—MATERIALISMO ANÓNIMO.—RIVALIDAD POLÍTICA: APOYO QUE DÁN Á LA HEREJÍA DE LA REFORMA.

Pero el que Roma se caiga en pedazos porque la tutela del Pontificado la desampara, pudiera decirse que no es más que un símil material de cómo la sociedad européa se desmorona cuando el espíritu cristiano y católico no la vivifica. Los disturbios del siglo XIV, que tras la dependencia francesa de la Sede Apostólica [1] y los escándalos del cisma, prepararon las deplorables disidencias y las peligrosas doctrinas y controversias, contra las cuales fueron ineficaz remedio los concilios de Constanza y Basiléa, revelaron patente otro más grave mal, que había penetrado en el corazon mismo de la cristiandad.

Al fin, aquellos disturbios y encontradas pretensiones, realzaban la misma importancia temporal de la Silla apostólica. De cierto que por las prerogativas del Arzobispo de Toledo ó el de Reims, no se hubiera, ni entónces ni ahora, conmovido el mundo; pero la Europa política va-

[1] No se crea que incurrimos en la falta de ignorar que Avignon era féudo y señorío de los Papas. La dependencia, más ó ménos real ó aparente, desde la eleccion de Clemente V no se liga solo con una residencia, que, fuera de Roma, parecerá siempre extranjera.

cilaba estremecida en sus fundamentos, cuando se trataba de la elevacion de aquel anciano, que decidia en último arbitraje quién, á través de los siglos, habia de ser el succesor de Carlo Magno.

Más hondos estragos que el fanatismo herético, y que la disidencia política había de producir aquel espíritu pagano, que se conservaba, no del todo extinguido, en la antigua sociedad; como la semilla de anteriores frutos en un campo labrado, que retoña vigorosa, cuando se descuida el esmerado cultivo. Espíritu, que se habia de insinuar tanto más fácilmente en los mismos católicos, cuanto que no proclamaba ni contradecía ningun dogma.

Era la misma naturaleza humana, depravada y caida, devuelta al preponderante dominio de sus propias perversas inclinaciones. Era el eterno espíritu mundanal, positivo, carnal, materialista, utilitario y epicúreo, que indiferente á toda religion, como á toda moral, acababa por matar en el corazon todo sentimiento; en la conciencia individual, todo freno; en los súbditos, todo respeto de autoridad; en los poderes, toda norma de derechos; en las almas, toda fé; en las inteligencias, todo criterio de certidumbre, y entre las naciones, todo vínculo fraternal y cohesivo.

Este espíritu, que dominando sobre la civilizacion de nuestra edad, con señorío casi absoluto, recibe vários nombres; los unos de gloria, los otros de vituperio, aún no tomaba en los siglos décimo cuarto y décimo quinto otros dictados que el de corrupcion y perversidad, cuando sobresalia en individuos obscuros, á la postre desafortunados; ó por el contrario, el nombre de cultura, de magnificencia, de saber, y sobre todo de habilidad, y hasta de razon de Estado, cuando se realzaba con la be-

lleza de las formas, con la destreza de los medios, ó con la fortuna de brillantes resultados.

Esta cultura, esta política, esta corrupcion, hicieron más partido en Italia que los extravíos del orgullo teológico. La adoracion de la fuerza y el culto del placer fueron más funestos á la Iglesia y al Estado, que las predicaciones de Wiclef y de Juan de Huss. Aquel desden de la autoridad, que siempre trae en pos de sí el desprecio del derecho; aquel materialismo anónimo, como el que en nuestros dias viene acompañado de un filosofismo acéfalo, habían allanado el camino á las pretensiones de todos los tiranos, y asentado la razon de la fortuna como base de todos los poderes. La sociedad política del siglo XVI no hubiera sido tan hondamente conmovida por Lutero y Calvino, si la sociedad católica no se hubiera encontrado tan disuelta y corroida por aquella moral de violencia, de bajeza, de escepticismo, ó de desenfreno, que en política habia de producir el libro de Machiavello, y que estaba representada por príncipes como Luis XI, ó por héroes como César Borgia.

Cuando Cárlos V aparece en la escena de aquel mundo; cuando el último vástago de Isabel la Católica y de Cárlos el Temerario, que no habiendo nacido heredero de ningun grande Estado [1], ni ciudadano determinado de nacionalidad alguna, se encontró, por una série de prodigiosos acontecimientos, succesor de todas las soberanías, hijo adoptivo de todas las nacionalidades, y dueño de un nuevo mundo, conquistado para su poder en nombre de

[1] Nacido ya, sí, heredero del Reino de Castilla, pero no engendrado. El mismo año del nacimiento de Cárlos V moria el Infante D. Miguel, hijo de la Reina de Portugal. Fernando el Católico podia aún tener succesion para Aragon y Sicilia.

la Fé, y aspiró á reconstruir con todos aquellos miembros de la descoyuntada Europa, el antiguo edificio de Carlo Magno y de Othon el Grande; natural era que, como sus excelsos predecesores, se propusiese cimentar su obra sobre aquella unidad, que todavía, despues de tan grandes trastornos, representaba solamente Roma.

Por eso todo principio que pusiera en tela de juicio la base fundamental de sus proyectos, debía ser, á sus ojos, faccion y rebeldía, como para los adversarios que suscitaba su gigantesca dominacion, sería un arma de partido y una bandera de libertad. Y por eso la predicacion de Lutero no hubiera sido más que una controversia de disciplina, ó una de tantas herejías, como desde los tiempos de Arrio y de Nestorio habían perturbado la Iglesia, sinó se hubieran apoderado de ella, como grito de independencia, ó segun diríamos ahora, como programa de oposicion política, los que se levantaron entónces contra los proyectos del gran Emperador, y los que se coligaron despues, para fundar su propia grandeza sobre las desmoronadas ruinas de su colosal poderío.

XVIII.

OBRA DE CÁRLOS V.—ARIETES PARA DERRIBARLA. NUEVA CARTAGO RESUCITA CONTRA ROMA.

No nos compete juzgar si era realizable ó quimérica la empresa de Cárlos V. Su obra aún dura, y su historia no está escrita.

Lo que sabemos es que no bastó la liga feudal y protestante del Norte, para derribar todo lo católico, latino y unitario de aquella organizacion poderosa. Si Italia no pudo quedar independiente, quedó, más que ántes y despues, italiana. Véase, en la primera parte de este trabajo, cuál salió la Italia de sus manos. El que además de ello, restauró en el Piamonte la estirpe de Saboya, no estaba léjos de la paz y arreglo de Villafranca.

Italia le miró, no como quien sometía á los Italianos, sinó como quien echaba á los Franceses. Roma se levanta, más que nunca importante y reverenciada; el Pontificado aparece enaltecido en santidad, y acrisolado en esplendor; la Iglesia, fortificada en las mismas turbulencias de la récia batalla, y el dogma y la disciplina robustamente confirmados en la santa majestad del Concilio de Trento. Concilio que, á la verdad, fué una de sus más reñidas y campales victorias, que compartió con su Hijo.

Mal puede el poder político de aquella gran soberanía decirse efímero, por los que en nuestra corta vida hemos visto pasar tantos entierros de régias dinastías y de glorias imperiales!.... Aquel que fué solemnemente á Roma á ratificar su coronacion desde el Vístula, pudo un dia de desencanto y misantropía, más que de vencimiento, venirse por su pié, y de su propia voluntad, á su monástica Santa Helena. No se enterró, por cierto, en su tumba, el polvo de todas sus batallas. La Historia lo dice con nosotros: dejó subsistente para las generaciones venideras, no todo lo que había querido, pero sí todo lo que había acabado.

La monarquía de Felipe II fué algo más que la de José Bonaparte: su hermano, el rey de Romanos, otro porvenir alcanzó que el más moderno Rey de Roma. Más duraron que esas fugaces coronas de Etrúria y de Nápoles, aquellos protectorados de Génova y Toscana, aquellas restauraciones de Milan, aquellas espadas de San Quintin, que fueron cetros de Saboya, aquellas libertades de Italia que, segun la frase de Quevedo, *fueron desperdicios de su liberalidad.*—Hasta los destellos oblícuos y colaterales de su gloria, que se llamaron Juan de Austria y Alejandro Farnesio, resplandecieron más vivamente en el mundo, que los pálidos y mustios reflejos de otras adopciones imperiales.

No serían tan flacos y deleznables los cimientos de aquella construccion gigantesca, cuando los trabajos de tres siglos aún no han acabado de arruinar el soberbio edificio. No bastaron á tanto los esfuerzos de la Alemania anti-romana y anti-latina, cuyos ataques contra la unidad católica habian de venir á derribar primero la antigua unidad Imperial. Fué menester que en esa secular

demolicion otros muchos cooperadores vinieran en su ayuda. Fué menester que la Francia católica sacrificara sistemáticamente las tradiciones de la monarquía cristianísima al sentimiento de una rivalidad vanidosa, y á las pretensiones de una primacía fundada en condiciones de interés egoista y mundano. Fué necesario que el catolicismo polaco se viera absorbido en un nuevo Imperio griego, que por una rara inversion de los humanos destinos, empezó en el Báltico, para ir á buscar el complemento de su destino en el Bósforo. Fué necesario, sobre todo, que se levantara del seno de los mares, á embestir por la Europa, como un navío de coraza, una Potencia que, reducida largo tiempo á la elaboracion nebulosa y sangrienta de su fatídico destino, tenía para cumplirle, que presentarse en hostilidad encarnizada contra todo lo que fuera cohesion, unidad y fuerza sobre aquel continente, que ella empezó á mirar desde entónces como miran los fundadores de una ciudad el antiguo bosque que florece en sus contornos.

Al aparecer por el Norte una nueva y más formidable Cartago, tocóle su vez al cristiano Capitólio de oir, repitiéndose de generacion en generacion por los senadores britanos: DELENDA EST ROMA!

XIX.

INGLATERRA:—SU MÁQUINA DE GUERRA. MEZQUINA POLÍTICA Y DIPLOMÁCIA DE MAS DE DOS SIGLOS.

Entónces es, en efecto, cuando hace su aparicion en la Historia esa Potencia, cuyo influjo en la suerte del mundo no es dado todavía caracterizar á los que vivimos enmedio del cáos de los sucesos presentes, y cuyo destino, como el de casi todos los pueblos, se ha de revelar más claro á los historiadores futuros.

Esa Potencia, cuya mision parece encubrir un arcano tan sombrío, como las nieblas que la envuelven y los mares que la ciñen; esa Potencia, cuyo influjo tiene algo de siniestro, como los planes de una conjuracion indefinida; cuya política tiene algo de vago é incomprensible, como el carácter de los héroes del más grande de sus poetas; esa Potencia, que verdadera antítesis de aquella Roma, que hizo política tan grande, fecunda y cohesiva, con hombres individualmente perversos y depravados, ejerce su accion funesta, disolvente y demoledora, con ciudadanos personalmente justos, nobles y virtuosos. Esa Potencia, en fin, que por tortuosos rumbos, sin curarse de hacer aceptar, sinó antes bien, de demoler instituciones; ni de legitimar, sinó ántes bien, de contradecir derechos, aspira

á su vez, á ser dominadora é imperatoria. No disputa, para ello, el Imperio, como los hijos de los Reyes Francos y de los Césares germánicos, á la suerte de cuál de ellos ha de obtener la influencia y la preponderancia en Roma; sinó que se propone arrancar de Roma aquel mágico centro de donde le vienen toda su influencia y toda su preponderancia.

La nueva doctrina será su máquina de guerra. Ella sabe de antemano que los principios no se substituyen con intereses, sino con principios contrarios ó con negaciones dogmáticas; que una religion no se combate con una filosofía, sinó con el fanatismo de otra religion nueva. El símbolo que le sirve de tema para sus revoluciones interiores, le proclama, le predica y le propaga despues, como INSTRUMENTUM REGNI de su política exterior, como síntesis de su sistema de dividir para dominar, y de impedir, á lo ménos,—ínterin no llega la hora de la prepotencia asegurada,—que tome cohesion y consistencia, toda unidad que pueda ser más fuerte que la suya. Deja á la Francia de los Valois, de Richelieu y de Luis XIV, que desmoronen la obra del Imperio, y con tal que desaparezcan las idéas unitarias y européas, que habia en el fondo de la ambicion política de Cárlos V, poco le importan las efímeras pretensiones de la vanidad personal, ó los mezquinos proyectos de la unidad de familia.

Bien sabe Inglaterra que la empresa de construir una monarquía universal, posible en Carlo Magno, abortada ya en Cárlos V, no ha de ser más que una ilusion vanidosa en la grandeza teatral de Luis XIV. Para que los miembros del gran coloso sean incapaces de formar un solo cuerpo, basta con que las coyunturas y articulaciones reciban la vida de otro espíritu.

No es de nuestro propósito, ni del alcance de nuestras fuerzas examinar bajo este punto de vista, la triste política y mezquina diplomácia que rigen en Europa por más de dos siglos. Tendriamos, por otra parte, que emplear una dureza, que sin extensas explicaciones, pudiera creerse extravagante ó hiperbólica.

Es el período de la historia de Europa que más nos aflige. Nunca pasiones más pueriles, ni más fútiles motivos fueron causa de los acontecimientos humanos [1]. Nunca apareció más en disonancia con la grandeza de las naciones la razon de los hombres de Estado, ni con la civilizacion de una época, el espíritu político de los Gobiernos. En todo el período que dura la demolicion de la obra de Cárlos V, no hay de una, ni de otra parte, ningun pensamiento transcendental ni elevado.

Los tratos de paz, las alianzas de guerra, los enlaces de Príncipes, las transacciones comerciales, concluidos en hostilidad al predominio del Imperio, no se hicieron en favor de los pueblos. Lo que ántes tenía por fin la unidad, debió á lo ménos proponerse el equilibrio; pero los que esto mentidamente propusieron, á nadie sinó á sí mismos engañaron. Para contrapesar poderes se necesita el reconocimiento de una superioridad, ó la inmutabilidad de un derecho; y en esta obra infecunda, la autoridad de un comun respeto no existia, los principios de la justicia no tenian sancion.

Ni religion, ni conciencia. No hay en aquella humi-

1 Exceptuamos la accion civilizadora de España y de Inglaterra en la América, debida en gran parte al espíritu religioso, y bastardeada tambien, cuando en el Norte prevalcció el materialismo sobre el espíritu puritano, y en las colonias españolas se olvidó el espíritu de los admirables códigos y ordenanzas de Felipe II y los santos ejemplos de fray Bartolome de las Casas, y de los sabios civilizadores del Paraguay.

llante política, no hay en aquella fútil diplomácia más que personalismo míope, materialismo impudente, cálculo cínico, guerras oficiales en tierra, descarada piratería en los mares. La coleccion de tratados de esa época no es más que un legajo de expedientes. Ni la dignidad Real en su augusta esencia, ni el interés de las naciones en su soberana importancia, se pesan y cuentan en aquella taréa de arbitrariedad y disolucion, de que Dios apartó su vista, para maldecir á Reyes descreidos y escarmentar á pueblos humillados. Ni de pueblos, ni de Reyes, queda siquiera el nombre en el lenguaje oficial de aquellos Gobiernos, que empiezan á llamarse *Gabinetes.* Se dice casa de Austria, casa de Borbon, casa de Brunswick, casa de Braganza..... ¿Qué mucho que en lugar del santo nombre de los Pontífices, se dijese *córte de Roma, curia Romana*?

Francia, Alemania, España, Holanda, Suecia, Hungría, Polonia..... Italia tambien, huérfanas de grandes jefes, y muertas á la accion de los principios, se agitan y convulsan al capricho de unos jugadores presuntuosos, que moviendo piezas de ejércitos en el ajedrez de sus campañas, ó fichas de paises en el tapete verde de sus negociaciones, creen haber ganado para su vanidad ó su codicia, aquello que al finalizar la partida, marcaban sobre un mapa con el lápiz de sus apuntes del *whist.*

XX.

LA HORA DEL ESCARMIENTO. CONDUCTA GLORIOSA DEL PONTIFICADO DESDE QUE ÉSTA SONÓ.

Y nadie vé entretanto cómo el espíritu de los pueblos, desamparado de direccion y gobierno, preparaba una revindicacion tremenda de su menospreciada dignidad; y cómo la Providencia prevenía á Reyes y á poderes la más ejemplar de las lecciones de escarmiento.—Unos y otros habían desdeñado por insuficiente, la unidad fraternal de su doctrina; unos y otros habian tenido en insolente menosprecio la blanda autoridad de su justicia: á unos y á otros estaba preparada aquella unidad formidable de principios y negaciones; aquella justicia sangrienta y expiatoria de castigos y guerras, que como se alza una montaña al empuje de un terremoto, habia de levantarse en medio de ellos, con el nombre de revolucion francesa!....

Durante ese tristísimo periodo, no pidamos cuenta al Pontificado de no haber sostenido la unidad del reino temporal—que no es su encargo en el mundo—cuando cumple, hasta el martírio, la obligacion de ser el antemural en que se estrella el espíritu de disidencia cristiana, empleado con tenaz perseveráncia como instrumento de

ambicion disolvente, como piqueta de minador subterráneo. De enmedio de la discordia política salva siempre la unidad religiosa: en el cáos de un racionalismo descreido, hace prevalecer triunfante la más alta razon de la doctrina evangélica: sobre el exclusivo predominio de materiales y corruptores intereses, levanta la eterna protesta á favor de imperecederas é inmutables instituciones.

Y si alguna vez, en litígios en que se ventilan derechos mundanos, aparece más inclinado á aquellos que no combaten sus principios; si obligado á habitar en una mansion, que por ser un santuário, no deja de estar fundada en la tierra, no ha ido á sentar su tabernáculo en el real de sus adversarios, falto de un campo neutral donde no le alcanzaran los cruzados fuegos; si en las luchas del continente se pone alguna vez al lado de las idéas de los succesores de Cárlos V contra los franceses del Reino Cristianísimo, que olvidan las tradiciones de San Luis y de Carlo Magno; y si en contiendas que pueden serle, como temporales, indiferentes, acude solícito á rechazar, no la novedad de una institucion extraña, sino el error de una doctrina perversa; no por eso es verdad que el Pontificado haya ejercido influencias perturbadoras ó tiránicas, patrocinando en Europa y en Italia, contra la justicia de los oprimidos, la iniquidad de los opresores, que las más de las veces son sus mortales adversarios.

No es verdad, no, que el Pontífice haya repugnado sistemáticamente una forma de gobierno, ni dejado de acatar jamás los designios de la Providencia en el orígen y constitucion de los poderes. No le asustaron nunca libertades; no le subyugaron tiranías. Habia vivido en paternal familiaridad con las antiguas repúblicas de Italia:

vivió con Venecia hasta nuestros dias, y no fué él quien la entregó al Austria aherrojada y vendida.

Habia roto con los monarcas más poderosos; con los déspotas más temidos y adulados; con Enrique IV de Alemania, con Federico Barbaroja, con Alfonso de Aragon, con Pedro de Castilla, con Felipe Augusto, con Enrique VIII, con el gran Cárlos V, con el mismo religioso Felipe II. Resistió en nuestros dias sugestiones de soberanos muy poderosos, y sigue en pastoral armonía con las repúblicas democráticas de América.

Al estallar la revolucion de 1789, no condenó la declaracion de los derechos del hombre: abominó, sí, de la guerra que declaró á Dios, y de los crímenes con que espantó al mundo. La maldijo en los demagogos atéos ó regicidas, llamáranse Robespierre ó llamáranse Grégoire; y la resiste en el caudillo que la resume y personifica, pero no cabalmente cuando magistrado popular restaura y constituye, sinó cuando Soberano reconocido y Emperador poderoso, avasalla y tiraniza.

No le neguemos el láuro de gloria y la palma de santidad que recoge en esas agitadas y turbulentas centurias, y en la más deshecha tempestad del medio siglo que las corona, hasta enlazarse con la que atravesamos y corremos. Si no puede establecer la concordia entre los Príncipes cristianos, ruega siempre por ella en los altares, con eterna y diaria protesta de una fé que abarca á los gobiernos y á todas las formas de gobierno, y ejerce siempre, y bajo el influjo de todas las idéas, sus altas funciones de poder moderador, atento á atajar las ambiciones tiránicas y desmedidas, lo mismo de un Emperador católico, como el que le sitió en Santangelo, que de un César jacobino que le llevara encadenado á Fontainebleau.

Y cuando no puede salvar á Italia, como en tiempos de Cárlos V, obligando al vencedor prepotente á que reconozca todos sus Estados, gobiernos y príncipes italianos, impide á lo ménos que Roma vuelva á ser humillante feudo de Césares extranjeros, ó risible parodia de exhumadas repúblicas, cuyos postizos tribunos fueron cónsules y dictadores, á la manera que se vestian de Quirites los romanos de alquiler, que puso no sabemos qué Rey de Nápoles, para animar las ruinas de Pompeya.

XXI.

CONFIANZA DEL PAPA EN DIOS Y EN SU MISION DIVINA. —QUIÉN PIERDE MÁS.

Esto, y no más, fué dado á la potestad sagrada del Pontificado, puesta en contacto con los intereses del mundo. Hasta donde su influencia es legítima, no la rechaza; pero ni favorable la adula, ni hostil le amedrenta; ni en caso alguno le antepone la mision espiritual y perdurable que le está confiada. Porque los poderes de la tierra le abandonen, no se cree desamparado de la existencia del cielo [1].

1 Hé aquí las palabras de la admirable oracion escrita en 1866 por la Santidad de Pio IX:

CIVITATEM *Romæ circunda tu Domine, et Angeli sui custodiant muros ejus..... Sed contere fortitudinem illorum, et disperge illos, ut agnescant quia* NON EST ALIUS QUI PUGNET PRO NOBIS NISI TU DEUS NOSTER.

Rodéa ¡oh Señor! la ciudad de Roma, y guarden tus Angeles sus murallas. Destruye su fortaleza y dispérsalos, para que CONOZCAN QUE TÚ SÓLO, ¡DIOS NUESTRO! Y NINGUN OTRO, ES EL QUE NOS DEFIENDE.

De la hostilidad de sus adversários ó del desdeñoso apartamiento de los que debieran ser sus protectores, no será la Iglesia católica ni la Religion cristiana las que más sufran. La sociedad civil, el estado temporal, quedarán de este abandono peor librados. Lo que pierda el Pontificado en influencia, no lo ganarán ni la Italia en consideracion, ni el mundo en reposo. Porque deje de existir el Imperio, Italia no alcanzará soberanía, ni la política européa vendrá á concierto.

En tres siglos de encarnizadas contiendas no ha podido hallar todavía una combinacion para cimentar sobre bases sólidas el equilibrio de aquellas fuerzas que más de una vez mantuvo la autoridad de la Iglesia romana en el fiel de la balanza de su santa justicia.

La fé religiosa no ha retirado sus márgenes de la extension del mundo, ni los cálculos de la razon han reemplazado en las entrañas de los pueblos á aquellos principios evangélicos, de tal manera connaturalizados en nuestra moral, que los espíritus superficiales se ilusionan, hasta el punto de considerarlos no más que como nobles instintos. Pero los poderes que han divorciado la justicia cristiana de la razon de Estado, corren, y corren, y correrán desconsolados, buscando vanamente las garantías del público derecho, fuera del alcance de esa fuerza brutal, que afrenta diariamente el orgullo de una civilizacion presuntuosa..... Guerras de treinta años, guerras de cuarenta años, guerras continentales, guerras marítimas, guerras por una succesion, por un matrimonio, guerras por la orilla de un rio, ó por la falda de un monte; guerras por el azúcar, por el algodon, por el ópio; guerras por un collar, por un guante, por un abanico, por un paletot, han hecho humear de fuego y cuajar de sangre todas

las playas y campiñas de aquella culta Europa, que se escandalizó de las cruzadas, y de la querella de las investiduras. Y ni la paz de Westfalia, ni la paz de Utrech, ni la paz de Amiens, ni la paz de Viena, han dado asiento de reposo á la Europa de la ciencia, de la libertad, de la industria maravillosa, de la riqueza inagotable, de la diplomácia infalible!....

Desde que San Pio V cantó aquel TE DEUM de Lepanto, cuando España y Venecia, con una bendicion de Roma, acabaron para siempre con el poder de los Otomanos, los pueblos européos celebraron infinitos funerales y ofrecieron innumerables hecatombes.

El Jefe supremo de la Cristiandad no ha vuelto á entonar en su nombre TE DEUM ninguno.

XXII.

PROBLEMA ACTUAL.—DATOS.

Cuando despues de tantas luchas por mentidos intereses; despues de tantas iniquidades y tiranías, perpetradas con olvido de Dios y en desprecio de los hombres, se inaugura en Europa una nueva política, y se alza una voz y una bandera, que convocan á los pueblos á una nueva asociacion de naciones iguales, independientes y libres; á lo ménos, el nombre que se proclama es el que corresponde á la más excelsa de las prerogativas de la humana criatura, al más noble, al esencial atributo de la conciencia humana. La doctrina que anuncia esa palabra eléctrica y de mágico prestígio, es algo como la fé; algo que se parece á una religion; algo que debe inflamar, despues de tanto materialismo, á los espíritus más generosos; que hace revivir, despues de tanta desventura, á los pueblos oprimidos; que no choca, ántes bien armoniosamente se concierta con las almas creyentes.

Ahora bien: libertad y materia; materia y libertad se contradicen y excluyen, como el ser y la nada. Quien dice libertad, ha dicho espíritu: quien admite el espíritu, está tocando á Dios. Quien reconoce á Dios, viene luego á

Cristo. Libertad.... puede sonar como REDENCION, cuando baja del cielo. Mucho fué menester..... fué menester que el génio infernal del orgullo profanara su nombre, para que los libertadores aparecieran tiranos, y los redentores verdugos!

En ninguna parte debia tener éste grito un eco más resonante que al otro lado de los Álpes. Fué consecuencia del eterno espíritu, que habia animado á aquellos naturales en todo el curso de su historia; fué resultado necesario de la situacion á que le habian traido las combinaciones de la diplomácia, que el pueblo Italiano se adhiriera con la más ardiente de sus aspiraciones á una regeneracion política, que se fundaba en una idéa expansiva y universal, y le brindaba con la esperanza de recobrar entre los demás pueblos un puesto de grandeza.

Pero desconoceríamos tambien el génio de Italia, si al despertar de su letargo, en vez de abrir sus párpados á la vida de la igualdad, no conservara todavía en el fondo de sus ojos aquellas ilusiones de primacía con que se adormeciera. No la culpemos, si sus opresores, para mantenerla despierta, esclava, la cargan de cadenas más pesadas que cuando se encontraba adormecida. Los esfuerzos de la sierva que se emancipa, no tienen toda la dignidad que cumple á la Reina destronada.

XXIII.

DIVORCIO ENTRE LA RELIGION Y LA LIBERTAD.—NAPOLEON, ITALIANO. YERRO DE NAPOLEON.—ERROR DE ITALIA.

Pero no culpemos tampoco al Jefe de la Iglesia Romana, si cuando esta gran revolucion se inaugura en toda la extension de los reinos cristianos, y con toda la confusion de sus nuevos principios, no se pone desde luego al lado de la tendencia que se llamó patriótica, y al frente de la idéa que se anuncia regeneradora.....

¿Cómo pudiéramos nosotros aclarar con más evidencia que lo ha presenciado el mundo, el lastimoso principio de este discorde antagonismo?.... ¿Á qué emplear nuevas fórmulas, ó nuevos razonamientos, ó nuevas declamaciones, en el juicio contradictorio de ésta revolucion y de su resistencia?.... No: no tenemos nosotros, herederos, aunque próximos, de tan grandes sucesos, el derecho de llamar rebeldes á los que se alzaban, ni de lanzar dictados de oprobio contra los que resistian..... Lloremos, sí, no sobre ellos, sinó sobre nosotros y sobre nuestros hijos, (como á las piadosas mujeres de Jerusalen decía, caido en tierra, el Salvador del mundo), si los que primero tremolaron la enseña de libertad, empezaron por lanzar anatemas á la Religion, y dieron desventurado principio

á ese sacrílego divorcio, que imprime desde entónces funesta bastardía á todo cuanto engendra la revolucion francesa, y que propaga por de pronto en el nuevo César que la hereda y personifica, la estéril impotencia de levantar de nuevo el poder de Carlo Magno.

Las aspiraciones y los sucesos de Italia toman desde luego un carácter muy distinto del que revisten en las demás naciones de diferente temperamento histórico. Ya lo hemos dicho con insistencia. En vano la Italia, que había visto las águilas del antiguo imperio reducidas á no ser más que un blason heráldico, esculpido sobre la puerta de un castillo desmantelado, había despertado de los sueños del predominio, á las realidades del cautiverio: ni por eso formula sus demandas de emancipacion en pretensiones de igualdad. Este pensamiento le es instintiva y originariamente antipático.

Nunca se le presentará la independencia, sinó bajo la forma de conquista. No reclama la igualdad, hasta que se siente dotada de un privilegio de dominacion; y el movimiento de la libertad no la arrastra, sinó cuando hay un nuevo Imperio, al cual se asocia. Y es que por una ilusion que se enlazaba con su propio destino, este Imperio puede creerle suyo. El dictador de la gran República, el caudillo de las nuevas doctrinas, el ascendiente de las nuevas razas, el reorganizador de la nueva sociedad, el representante de la idéa que agita al mundo, el que lleva en sus manos la bandera de los nuevos colores, y en su nombre extraño el agüero de los nuevos destinos, es un italiano, es el succesor y descendiente de los antiguos coronados dictadores.

Pasemos nueva revista á los títulos que sobre él tiene Italia. Italia es la primera que le proclama César; que le

saluda Augusto; la que le quita su nombre de familia, y hace de su nombre personal un título imperatorio y un apellido dinástico. De Italia son las glorias que le hacen Cónsul; á Italia torna siéndolo para volver consagrado de Emperador. No le hubieran bastado cien batallas ganadas en el Rhin ó en el Danúbio, ó en el Támesis. De allí no hubiera traido aquella corona de hierro vinculada en los armarios de Monza.

La púrpura del Luxemburgo era una decoracion teatral: los italianos le enviaron desde el foro la secular, la verdadera: fueron ellos sus legiones pretorianas. En aquel génio, que es su génio; en aquella fortuna, que es su libertad; en aquella personalidad, que es su representacion, abdicarán de nuevo su gloria y su destino; y miéntras que todos los pueblos de Europa se aprestan á defender su secular independencia contra un soldado, que no les representa como los Césares, la universal ciudadanía; los italianos seguirán tras el ídolo de su creacion y abismarán su nacionalidad en el piélago de aquella gloria, con total olvido de su extranjería, en pos del nuevo Emperador de los Francos, y le servirán de cohortes y de lictores en la lucha ó en el martirio de las otras nacionalidades de Europa.

Y á esta ilusion de los súbditos, habia de corresponder otra más deplorable en la imaginacion del caudillo. Á aquel Carlo Magno se le antojó tener necesidad de un Leon III; aquel Cesarismo creyó que para hacerse Imperio le faltaba la tradicional consagracion. Como los Emperadores paganos, tenía el Pontificado máximo de la aclamacion popular; quiso él buscar fuera de la revolucion, aquella autoridad que no es la fuerza. Pero entre la incapacidad de una soberanía atéa para ungirle de una

majestad religiosa, y la imposibilidad de que un Pontífice diera al heredero de los regicidas una consagracion cristiana, abrióse un abismo tal, que sus ojos, al contemplarle, se marearon con el último vértigo de la soberbia humana, desvanecida y endiosada.

Entónces, más audaz que Alejandro, quiso hacer un nudo con aquella espada, que solo servia para cortarlos. Entónces, tiranizar á Roma, le pareció lo mismo que arrodillarse ante ella; y porque tenia á la Italia liberal, quiso arrastrar con ella á la Roma pontificia. Era éste en el órden religioso un absurdo tan grande, como en el órden moral las locuras de Calígula y de Heliogábalo.

XXIV.

LA ITALIA DE NAPOLEON NO ES LA ITALIA PAPAL:
ES LA ITALIA ANTI-PAPISTA.
ILUSTRES ESCRITORES ITALIANOS CONTEMPORÁNEOS.
EL PONTIFICADO CATÓLICO VALE MÁS
QUE EL DE LA REVOLUCION Y EL DE LA DISIDENCIA.

Cabia en lo antiguo la elevacion del hombre al rango de divinidad; pero no en el sentimiento européo esta apoteósis que postraba la divinidad delante del hombre. Era un golpe que humillaba la religion más que los decretos de Saint Just, y que las ceremonias de Robespierre. Era declarar el Sacramento de la Iglesia como un rito de pompa palaciega y de etiqueta cortesana, que el mundo podia necesitar como ceremonia; pero que él no admitia como creencia.

¿Y qué habia de suceder?—El atentado se consumó.—Pero la inflexible lógica pudo más que la ilusion absurda, y la Providencia más que el cálculo descreido. Napoleon no pudo ser el conciliador de dos potestades, ni de dos idéas, ni de dos siglos. Su consagracion fué una antítesis, un anacronismo, como despues su matrimonio. No era una nueva Europa religiosa la que representaba; era el siglo XVIII que prevalecia. No era la Italia Papal; era la Italia antipapista. Las dos idéas que se divorciaban en su persona, más que para el sentimiento européo,—y lo fueron mucho,—quedaban divorciadas para el espíritu y para el porvenir de Italia.

No quisiéramos que nuestros juicios parecieran apasionados; pero no pueden dejar de ser severos. No es culpa nuestra que las consecuencias de estos hechos sean más tristes que nuestras calificaciones; y las ilusiones más funestas que los errores. Los españoles, que hemos perdonado á la sombra de Bonaparte los delirios de su ambicion, bien podemos lamentar con tristeza, pero sin ira, los sueños de gloria con que magnetizó la nerviosa complexion política de los italianos. Más lúgubre que nuestras palabras, *triste, comme le lendemain d'une fête*, que dijo un poeta francés, fué para ellos el despertar de aquel letargo febril y convulsivo.

Vieron entónces que, en vez de colocarse de nuevo al frente de la Europa, se habian hecho sus enemigos: que cuando, trás de una breve dominacion, habia desaparecido el nuevo Imperio, en el hundimiento estrepitoso de su misma frágil construccion, se habian encontrado, como ántes, envueltos en sus ruinas; presa y víctimas de desapiadados rivales. Vieron los italianos que sus ilusiones imperiales solo servian para quedar amarrados á las

cadenas de otra Potencia, que alucinada igualmente de un somnambulismo cesáreo, continuaba en probarles con su mismo razonamiento, que no podia ser Imperio sin ellos. Vieron, finalmente, que al divorciarse de Roma, que en la lucha sangrienta no habia podido ser imperial sinó européa, habian hecho excision con su natural metrópoli.

Ellos debieron conocer..... ya tarde!.... que de lo que habia quedado de revolucion en el mundo, la metrópoli no estaba en Italia, sinó en Paris; que adictos á Roma, tenian que dejar de ser revolucionarios; y que el buscar de nuevo en la revolucion su independencia, envolvia la original contradiccion de hacerse independientes, dependiendo de principios y de apoyos extranjeros.

Estas consideraciones, que parecerán fantásticas á algunos espíritus superficiales, no se ocultaron á la penetracion y claro entendimiento de los más ilustres y eminentes italianos [1]. Son ellos mismos los que nos las han sugerido.

Ellos mismos son los que nos explican cómo estos precedentes complicados tejen la trama de los últimos sucesos de Italia, ántes de su más reciente explosion. Ellos mismos nos indican cómo para volver á colocar á los italianos en el camino de una nueva y legítima regeneracion, era menester empezar por desvanecer ante sus ojos las ilusiones que los habian alucinado. Ellos mismos formu-

1 Véanse, entre otros muchos, los escritos de Gioberti, de Rosmini, deAzzeglio, de Manzoni, de los dos Balbos, y hasta del Conde de Maistre, que no es Francés, como algunos piensan, sino Saboyano y súbdito del Rey de Cerdeña: era eminente patriota, y nada Austriaco, como lo revela su correspondencia particular publicada por su hijo el Conde Rodolfo, y más especialmente su correspondencia diplomatica, publicada por el gabinete de Turin en tiempo del Conde de Cavour.

laron fria y razonadamente un nuevo programa, segun el cual las aspiraciones de Italia debian acomodarse á demandar un puesto de igualdad y participacion, que la justicia y la imparcialidad de la Europa no podia negarles. Y algunos de ellos, en fin, anunciaron elevadamente la idéa, y predicaron resueltamente la necesidad de que entre los elementos de grandeza para constituir su nueva y legítima nacionalidad, no rechazaran ni tuvieran en olvido el mismo singular y glorioso privilegio que deben á la Divina Providencia, de abrigar en su seno aquel Pontificado de la Iglesia universal, que harto más vale que el Pontificado de la revolucion, ó que el Pontificado de la disidencia, en cuyo nombre otras naciones toman ó ejercen su moral predominio.

XXV.

COMPROMISOS DE LAS ALIANZAS. SOLUCION DE PIO IX. ROMA INDEPENDIENTE ENMEDIO DE UNA ITALIA LIBRE.— ENCONO DEL ANTIPAPISMO PROTESTANTE.

Cuando la Italia inició de nuevo una pretension nacional y práctica, tal como se deriva de la actual constitucion européa, reclamando un puesto de independencia é igualdad entre los demás Estados y su participacion de soberanía en el Congreso de las naciones, los hombres inteligentes debieron abrigar la esperanza de que Roma fuera para los Italianos, no solamente la égida protectora contra las extremadas consecuencias de su natural agi-

tacion, y contra las indeclinables necesidades de su debilidad, al empezar la desigual peléa; sinó tambien el obstáculo para que la cuestion de su independencia no apareciera en el drama de la política moderna, un acto más de la antigua, clásica y secular tragedia entre un Imperio que se funda en la posesion de someterla, y otro que aspira á constituirse en el poder de emanciparla.

Comprendemos que Italia acepte sin desdoro la alianza y los auxilios de una potencia que puede oponerse legítimamente á que haya en Europa una supremacía imperial fundada en la *hcguemonia* Germánica sobre el centro y núcleo de las naciones latinas.

Pero comprendemos tambien que esta cooperacion impone á la Italia miramientos hácia el nuevo Augusto, que sin divorciarse del espíritu católico, como el César que le precedió, no puede entregar á Roma á los nuevos Lombardos de Desiderio, ni acceder á que el Pontífice quede bajo una custodia que el mundo católico no consiente, ni confia á los sectarios de Mazzini.

La solucion de estos conflictos debiera haberse buscado hoy, como hace mil años, en Roma misma, y en el santo prestigio del Pontificado. Pero no en vano, ni por arbitrario capricho, nos hemos fijado con tanta insistencia en los precedentes históricos, al examinar una faz de esta cuestion, evocándolos é inculcándolos, aun á riesgo de ser molestos, ó de parecer desmemoriados.

Ahora nos cumple ya ser más concisos, y correr más desembarazados. No en vano nos hemos detenido en un análisis de aquellos elementos históricos, que encarnados en la generacion de los sucesos y en la genealogía de los partidos, tienen más fuerza vital que las especulaciones de la inteligencia, y mayor poder que las combinaciones

y cálculos de la sabiduría; á la manera que el temperamento nativo de un individuo, ó el resultado de sus hábitos y costumbres hacen ineficaces las prescripciones más cuerdas del médico que aspira á curarle ó fortalecerle. No en vano, ni por espíritu de preocupacion fanática, hemos recordado los tiempos en que una disidencia anti-católica toma las proporciones de un vasto sistema diplomático, y los nefastos dias en que una revolucion política reviste en sus principios y en sus resultados, la forma de una cruzada anti-religiosa.

Hombres y acontecimientos vienen, desde Adan, engendrados en el gérmen de las paternas dolencias. No es culpa, sin duda de la Italia actual, sinó original pecado, inherente á la filiacion histórica de las idéas y á la procedencia de los intereses y ambiciones, que desde el primer instante, y aun ántes de nacer, se hayan apoderado de su movimiento regenerador las dos tendencias que señalamos.

Pero mucho ménos puede ser culpa del Sumo Pontífice de Roma, si entre el espíritu anti-religioso que se deriva de la revolucion francesa, y el proselitismo anti-católico que anima las creencias reformistas, la resurreccion italiana no ha tenido la fortuna de buscar dentro de sí misma los principios que pudieran constituir su unidad en una federacion ó en una monarquía católica.

Decimos mal, y con dolor habrémos de recordárselo á la revolucion italiana!.... Hubo quien tuviera el primero la inspiracion de esta idéa patriótica y salvadora. Ha habido quien buscó en ella la solucion del problema, tal como le hemos propuesto, y como lo habian anunciado esclarecidas y patrióticas inteligencias.

El Santo Pontífice, que se sienta hoy en la Cátedra de San Pedro, proclamó un dia desde las alturas de su Tro-

no venerando, una ROMA INDEPENDIENTE ENMEDIO DE UNA ITALIA LIBRE.

El mundo recuerda con espanto de afliccion, cómo respondieron la Europa y la Italia á la patriótica apelacion del más güelfo y liberal de los Soberanos de Roma. No queremos detenernos en la conmemoracion de aquella lastimosa historia, y de las tribulaciones tan parecidas á remordimientos que debieron caer sobre aquella alma santamente cándida y generosa, cuando en lugar de una Italia regenerada, se encontró con una revolucion asesina; cuando la sangre inmortal de Rossi, víctima del puñal fratricida, bañó con doloroso espanto su Sagrado Pié!

Pero no extrañemos la inevitable consecuencia de que la revolucion actual, hija de 1848, encontrándose, al ver la luz, con un Pontificado, del cual se reconocía sin derecho á demandar ni admitir proteccion ni acogida, le declarase esa sistemática guerra, con todo el rencor del remordimiento, que nos revela aquella profunda observacion de Tácito: *Proprium humani ingenii est odisse quem læseris.*

Desde ese momento, Roma se halló comprometida en el espantoso conflicto de la absorcion con que la amenaza la hostilidad revolucionaria, y la proscripcion y el destierro que contra su Pontífice fulmina, entre gozoso de la victoria é iracundo de la tardanza, el anti-papismo protestante. Aún pudiera llegar á tiempo de salvarla la solucion patriótica é ilustrada de un liberalismo verdaderamente italiano, pero, sobre todo, sincera y completamente católico.

¡Oh! feliz y grande esta luz, y el que traiga esta luz! Mas estos son misterios del porvenir, ó más bien..... el secreto de Dios.

XXVI.

PLAN PROTESTANTE.—¿QUÉ IMPORTA VENECIA? —LO QUE IMPORTA ES DECAPITAR AL CATOLICISMO.

Esta solucion dejaria una Italia en Europa.

Pero ¿qué importa al liberalismo européo que haya Italia? Lo que importa al protestantismo, sea liberal ó monárquico, democrático ó socialista, es que no haya Iglesia católica, esto es, Iglesia romana, ni en Italia, ni en el mundo, si tanto osaran y pudieran.

Y ésta sería de seguro, aunque otra no se diera, la prueba de lo que valen, para la constitucion européa y para la libertad del mundo, la existencia y la accion del Pontificado. No se lo pregunteis á los Italianos, sinó á los contendientes en ese gran juego, del cual ellos son la puesta, y que quieren hacer á Roma la carta de triunfo decisiva de la última baza. Preguntádselo á quien para quedarse con el caudal de todos, no tiene otro obstáculo que esa autoridad vigilante, ni otro principio de cohesion refractario á su accion disolvente; que sólo encuentra la rigidez inflexible de su universal derecho opuesta á la norma contradictoria y acomodaticia de la particular conveniencia; y que no tiene rival más formidable que un Sumo Sacerdote, al título mismo sobre el cual otro invasor proselitismo aspira á fundar una especie de

Pontificado seglar, ó tal vez femenil; el Pontificado de la Biblia.

Fiel á su divisa de dividir para reinar, el vínculo que se esfuerza á destruir, donde quiera que existe, es aquella unidad que él no puede representar.

No le hace sombra ya la casa de Austria, ni la grande Armada, ni Richelieu, ni Luis XIV, ni la Convencion, ni Bonaparte.

Pero el Pontífice permanece aún en el Vaticano; y donde quiera que la ley de su espiritual supremacía pueda ser el vínculo moral para la formacion ó subsistencia de un grande Estado, allí será menester abrir un foso de disidencia; y allí acudirá Lutero, no con Mauricio de Sajonia, ni con el Landgrave de Hesse, ni con Gustavo Adolfo, sino con ochenta ó cien navíos de ciento y treinta cañones..... ¿La Alemania, puede muy bien volver á ser en nuevas condiciones un Imperio poderoso?—Pues para hacerlo imposible, divídanse los Germanos del Elba y del Rhin y los ribereños del Danúbio en irreconciliables creencias. Rivalidad entre Alemania y Prusia, que abra un abismo en que pueda hundirse la una, y mejor la primera..... que para eso es católica!

Portugal y España ¿pueden estrechar su natural hermandad, haciendo desaparecer sus ligerísimas diferencias y sus irracionales antipatías?—Pues hágase aparecer siempre á España fanática, sanguinaria, intolerante; y predíquese un dia y otro en Portugal el protestantismo, con el celo de la desconfianza ó del ódio exajerado á Roma, y se creará entre los dos pueblos una frontera impenetrable á los caminos de hierro.

¿Amenaza la Francia de Napoleon III convertir en imágen demasiado parecida de un nuevo Imperio, una

proteccion sobradamente eficaz y obligatoria?—El remedio es conocido; el antídoto, infalible y probado. Que la Italia al reconstituirse, arroje de su seno al Sumo Pontífice! Que la temida unidad Italiana sea una comunion protestante ó vergonzante ó descarada; y la dominacion del protectorado anti-papal queda asegurada en las dos penínsulas.

¡Venecia!.... ¿Qué importa Venecia?.... Venecia no es Italia en aquella geografía donde Gibraltar no es España..... Darle á Venecia sería desmembrar demasiadamente á un *Estado amigo*, á quien ya se ha dejado desangrar en Magenta y Solferino..... Si el Papa estuviera allí, ¡oh! entonces ninguna duda ofreciera la apremiante necesidad de darle su puerto natural á la Lombardía. Pero, desgraciadamente para los Venecianos, el Papa está en Roma..... en Venecia no manda más que el Emperador, á quien apenas obedecen los Bohemos, los Croatas y los Maghiares..... En Roma está aquel poder misterioso que tanto se ridiculiza, pero que todo el mundo reverencia y acata, y que no tiene límites ni en los siglos!

Todos los cónsules y almirantes se encuentran prevenidos en todas las zonas y en todos los mares, por sus apóstoles y misioneros..... Es menester que desaparezca la rival temida, para que el Pontificado de la Biblia en sajon tenga en todo el orbe colonias; en todas las costas, factorías; y en todos los Tronos européos, miembros de una misma familia. Es necesario que la nueva Italia se apodere de Roma; que secularice el Santuario de Roma; que se convierta el palacio del audaz soberano, que no quiso absolver á Enrique VIII, en una córte donde pueda gobernar todavía, despues de otros Rienzis y de otros Ar-

noldos de Brescia, algun descendiente de Mauricio de Sajonia ó de Guillermo el Taciturno.

De aquel árbol pomposo, que cobijó con su sombra á todo el orbe civilizado, y á pueblos ateridos y faltos de sol, han cortado las ramas que caian hácia sus tierras, á pretexto de que no dejaban pasar clara la luz del cielo. Es preciso ahora, que arranquen su tronco los mismos hijos del suelo en que ahondó sus raices, aunque destilen sangre, como aquellos árboles del Dante en que se convierten en el Infierno los suicidas; aunque les sirvan despues, como á los desesperados réprobos, para ahorcar en ellos sus propios cuerpos.

Ocupar á Roma para lanzar de ella el Pontificado; esta es, y nada más, para la revolucion,—y sobre todo para el protestantismo,—toda la cuestion, todo el interés de la causa italiana. Se hacen harto engañosas ilusiones los que allí puedan creer que esas simpatías, esos votos, esos auxilios tan tardíamente llegados, son por su libertad, por su independencia, por su unidad, por su buena gobernacion. Antes de su programa de ir á Roma, no los tuvieron. Que renuncien á esa pretension, y no los tendrán. Una nacionalidad que resucitar; una libertad que proteger, una independencia que constituir, nada les importa á los que solo se afanan y conspiran allí donde hay un Pontífice que derribar.

Los que divinizan los héroes Italianos, no tendrán una protesta de esperanza, ni una gestion de simpatía para los mártires Polacos. En Polonia no es enemigo el Papa.

Los que no tienen bastantes homenajes y loores para el nuevo Rey de Italia, dejaron morir en la amarga orfandad de un destierro á su esforzado Padre, porque el desafortunado Cárlos Alberto no podia ser enemigo del

Papa. Los que hicieron perecer en un infame suplicio al mártir Caracciolo, prodigarán á Garibaldi auxilios de cooperacion y dictados de gloria, porque la caida del Reino de Nápoles no es más que la circunvalacion de Roma por las bandas que gritan "¡Abajo el Papa!"

Los que proclamarán como natural y hasta geográficamente necesario el unitarismo de la Península Italiana, enviarían sus escuadras, sus tesoros, su poder todo entero contra la unidad de la Península Ibérica, porque en España no está el Papa. Los que denuncian diariamente como un sacrílego atentado contra la civilizacion del siglo la administracion de los Estados Romanos, no consentirán que se sospeche siquiera, y ménos que se profundice, el ignominioso desgobierno de Constantinopla; porque el Gran Turco no es el Papa!....

Tengan, pues, los fuertes el valor de sus ódios: no hay necesidad de desmoralizar al mundo con la hipocresía de las inconsecuencias..... Tener á Roma, ocupar á Roma será para los italianos la esperanza de un medio ineficaz de homogeneidad imposible; tal vez para muchos una nueva alucinacion sobre la grandeza de una República ó de un Imperio irrealizables. Para la revolucion y el protestantismo, hacer de Roma la capital de Italia, solo significa el medio de que el catolicismo no tenga cabeza. Que los italianos lleven su trono al Quirinal, les seria indiferente; tal vez les parecería ridículo. La grande hazaña, el grande interés, la grande esperanza es que sean ellos mismos los que con sus propias manos derriben el Vaticano.

Pero no, no haya miedo: no lo harán, no lo podrán hacer..... Se les vendrán encima al intentarlo, las catacumbas de cuatro siglos de mártires, y las bóvedas de dos mil años de templos!

No es esto una figura; es un raciocinio y un sistema. Roma no es de Italia; es de Europa, del mundo católico: no de la Europa y del mundo actual, sinó de la Europa y del mundo que ha creido en Cristo, y ha de creer por la duracion de los tiempos. Roma no es de los Romanos del Tíber, como no es París de los Franceses del Sena. Roma es la metrópoli de la gran república que se llama la Iglesia. Tambien se funda en una inmensa y perenne soberanía nacional: sólo que esta democrácia incomparable, cuyo reino es la vida eterna, y cuya ciudadanía es la inmortalidad, cuenta siempre como presentes los votos de los muertos, y las aspiraciones y derechos de los que han de vivir.

No hay en toda Europa foro bastante espacioso á contener los comicios de su tremendo plebiscito. Se necesitan aquellas graderías de cielos que vió en su nuevo maravilloso Apocalípsis, el gran poeta de los siglos Evangélicos. Allí estarán, no lo dudeis, el dia del peligro de la ciudad Santa, las tribus y centurias DI QUELLA ROMA DOVE CRISTO E CIVE, y allí acudirán á vindicar su derecho ante esas microscópicas muchedumbres de un instante, todos los oradores y tribunos del cristianismo, con el formidable sufragio y la abrumadora mayoría de ochenta generaciones.

XXVII.

SIN VENECIA NO HAY UNIDAD ITALIANA. ROMA PONTIFICIA DEFENSORA DEL MUNDO CATÓLICO: SOLUCION.

Sí; Roma es necesaria para Italia, como el Pontificado es necesario para el mundo. Pero aquella necesidad necesita explicacion.

No es Roma necesaria á Italia como capital; ántes le sería funesta. Ésle necesaria como cetro y como corazon del mundo católico, para hacer afluir allí la vida y el poder y la inteligencia del mundo actual y del venidero, como lo fué en el antiguo y en el moderno, y lo será siempre, mientras aliente y dure el nombre y el espíritu cristiano; es decir, hasta la consumacion de los siglos.

Por lo mismo que el cristianismo es la vida de la humanidad,—como que sin él, ni aun se concibe el hombre moral,—decíamos que el Pontificado, sin el cual tampoco se concibe ni explica el cristianismo, es necesario al mundo. Pero la voz infalible que ha asegurado existencia y vida á la Iglesia, no le ha fijado como condicion de esta existencia, la perpetuidad en Roma.

La Iglesia no vivirá sin Pontificado; es decir, sin cabeza visible en el mundo, sin el centro universal de la autoridad, sin el criterio de la Fé, sin el depósito de la

doctrina, á quien están cometidas la definicion y decision, y asegurada la infalibilidad. Pedro es la piedra, y sobre ésta piedra está fundada la Iglesia; á Pedro están dadas la facultad de atar y desatar sobre la tierra, y las llaves del Reino de los Cielos.

¡Admirable armonía de lo eterno con lo transitorio, que en la succesion de los Representantes de Cristo, en quienes Pedro vive siempre, vincula lo inmutable de la institucion, que no es humana, y la perpetuidad y el cumplimiento de la doctrina! En ella está visible la mano de Dios, y patente el sello de su sabiduría; así como acontece en los misterios de nuestra augusta Religion, que tan léjos se hallan de ser humanos, que ni aun fuera dado á los hombres imaginarlos por sí solos. Contemplándolos, se arroba el alma, viendo la inefable unidad de su conjunto, y el apoyo y demostracion y coronamiento que entre sí se dán; como que todos y cada uno de ellos son la revelacion de la Increada esencia del Amor y del Poder y de la misma Sabiduría.

Fijo, pues, el mundo católico en lo que no le es dado dudar, en la perpetuidad de la Iglesia, descendiendo ahora á lo que es humano y contingente, á los medios de realizacion; ¿cuánto no importa á Europa, cuánto á Italia señaladamente, que esta sea tal como la han trazado los siglos, adaptando á ella la historia, los progresos y hasta los errores mismos de la Humanidad?

Viene en apoyo de esto la razon política, que ni puede dar á la Italia una cabeza que la haga zozobrar, ni una unidad fanática, que ponga en peligro la paz de la Europa; ni ha de dejar de tomar en cuenta el contrapeso que en ésta hace la autoridad de Roma y su Pontífice contra cualquiera de las Potencias heterodoxas que prepondere;

y en especial con la que, aun de entre las católicas, se muestra más pujante é invasora, como arrastrada por su destino ó por sus tradiciones.—Procedamos á explanar, aunque en breves rasgos, estas indicaciones.

En la esfera de la razon de Estado, ¿quién no vé cuánto más esencial es á Italia independiente la posesion de la Reina del Adriático que la de Roma? Sin Venecia no hay independencia verdadera y completa italiana. Y esto, por más que la veais destronada, á consecuencia del camino que ha tomado el comercio del mundo, y de largas ingratitudes é inmerecidos infortunios; pues que, como á Jesus, la han vendido, al precio de la paz de Europa, en Campo-Formio, y en otros posteriores mercados, los que con ósculo la halagaban, ya se llamasen Napoleon I, ya Cárlos Alberto.

Sí. Para ella no tornarán los hermosos dias de poder y de dominacion, en que á la par de nuestras naves, tronaban y vencian las suyas en Lepanto, y en que fué su poder marítimo valladar inquebrantable de Europa. Pero la patria de Manin, la amada de lord Byron, ventajosamente situada sobre el Adriático, y puerto natural de mucha y de la mejor parte de Italia, con ricas ciudades y fértiles provincias, es uno de los más ricos florones de la espléndida corona con que la ambicion halaga á esa familia de Saboya, hoy más impetuosa que astuta, aunque este último distintivo comparta con el otro sus tradiciones, completando en cierta manera su blason heráldico.

Pero hemos hablado de esta corona de Italia. Para que sea una, quieren á Roma. ¡Como si Roma no pesara mucho, como cabeza, para esos piés, todavía mónstruos, más numerosos que robustos, á quienes tanto falta para estar unidos, y que tememos que nunca puedan alcanzar

tal aplomo, que puedan aclamar como divisa el VIS BENE CONJUNCTIS.

Tener por cabeza á Roma impondría además obligaciones á una potencia poderosa; á las cuales ni sabemos cómo faltar pudiera, ni cómo las consentirian ni sobrellevarian sus vecinos. Francia, ó por mejor decir, el Emperador que hoy la rige y personifica, sorprendido y burlado por Cavour, que hizo abortar los planes de Villafranca, vé ya con celos esta ambicion hidrópica de unidad, celos que aumentó la agregacion de Nápoles y Sicilia, y que acaso tornara en incendio la union incondicionada de Venecia y del Cuadrilátero. Á ella dirige sus etapas el nuevo reino, que aunque perdiendo á Cavour ha perdido más de cien batallas, puede llegar á aquel término por otro camino que por la conquista; fuera de que sin conquista se fué á Nápoles, y salteó las Marcas.

¿Cuál es, pues, el interés de Italia y el interés del mundo, y sobre todo de Europa, en el arreglo de esta cuestion? No podemos ménos de creer, ni vacilamos en afirmar que este interés es el de una CONCORDIA.

Iniciada tal vez por la prevision política del Austria, ó por la de Francia; comprendiendo ésta cuánto arriesga en faltar á sus tradiciones, creándose á sus puertas un nuevo y compacto y poderoso Estado, con grave peligro, andando el tiempo,—y quizá antes de mucho,—de que pueda pasar de amigo mimado, exigente, insaciable, á enemigo ensoberbecido y temible, esta concordia pudiera, y aun debiera, consistir en una *federacion*. Suceda lo que suceda, nosotros creemos que Austria poco puede esperar ya en Italia, á donde está, por la santidad de los tratados, por el llamamiento de sus contrarios, ó por el abandono, á lo ménos; pero contra toda espontaneidad y

filiacion. En el seno de la Confederacion Germánica, la amenaza con creciente empuje su rival natural la Prusia. Buscar debe, pues, en una cesion oportuna, en una compensacion hábil y valiosa, los medios de precaverse, asegurarse ó defenderse, en donde para ella está la vida, en Alemania. Allí no es solo para ella cuestion de dominacion, sinó de existencia material y política.

Dos razas, dos pueblos hay en Italia; dos coronas debiera haber, y aparte de las dos coronas, la Tiara; la santa autonomía del Pontificado, con su territorio independiente, rodeado y defendido por ambos reinos. Una Confederacion, pues. Formar los tres una *trinidad latina*, con su *Primado* italiano.

La idéa no es nueva, ni nuestra. Apuntó en los albores del glorioso y festejado advenimiento de Pio IX; quísose en Villafranca; pero las tempestades que soltó el Éolo francés, no volvieron á recogerse á sus antros cuando á á ello las requirió el mandato imperial. Sueltas andan por el mundo, turbando tierras y mares; y no habrá paz ni sosiego hasta que sea dado encadenarlas de nuevo. ¿Qué gloria y alabanza merecerá en su dia, ante su Patria y ante la historia, quien osó abrirles las puertas, y no quiere ó no puede cerrárselas con mano fuerte, haciendo por la paz del mundo, y sobre todo, por la seguridad de Francia, cuanto debe, ya que antes hizo lo que, bien ó mal, le pareció que de él reclamaban su nombre y el sello providencial de su dinastía?

Pero deciamos que la federacion italiana que satisfaciendo los derechos y los intereses de Italia, daría garantías á Europa, asegurando á Francia, era necesaria tambien bajo otro punto de vista. Ella, en efecto, tendría por base la continuacion del centro de la unidad católica

en Roma, cabeza del mundo católico, y aun por ello, del mundo civilizado.

Sería, en efecto, el centro de la unidad, que debe tomar la Europa celto-latina católica. Esta unidad poderosa, es antemural robusto contra dos embestidas: la de las razas eslavas que amenazan desbordarse bajo la enseña del autócrata cismático; ó bien, contra la liga protestante, cuya cabeza está en Lóndres, y cuyo brazo pueda ser acaso la casa de Hohenzollern al frente de la Prusia, si prepondera un dia en Alemania.

Esto, respecto á los peligros del enemigo. Hailo tambien, por decirlo así, dentro de casa, aun entre los pueblos católicos, y señaladamente en el que lleva el nombre de cristianísimo; que ya está visto en todos tiempos, que la política y los intereses se sobreponen alguna vez, y aun de contínuo, en el ánimo del poderoso, y más cuando por su instinto y tradiciones, se halla en la pendiente de ser invasor.

Aludimos á Francia. Á vista de todos, y en la conciencia del mundo están sus medros, su robustez, su poderío, su ciencia, su riqueza, su fuerza militar, su grande espíritu de iniciativa, su carácter acometedor y aventurero, que sólo templa el cálculo del interés en que es tan hábil, y en cuyo cálculo, por fortuna de Europa, entran allí todos, el gobierno, la Nacion y los individuos.

Pero ¿ha bastado esto ántes? ¿Bastará siempre? No, á la verdad; sinó se le busca otro influjo prepotente; el freno de la autoridad religiosa, puesta enfrente de ese gobierno, y á nombre de la cual se levanta y obra el sentimiento religioso arraigado en sus entrañas.

¿Quereis medir la fuerza de este sentimiento? Pues contadlo en el escrutinio de los votos que formaron el

Imperio, y en las fuerzas y en el espíritu público que ahogaron la reciente segunda época republicana. Preguntad además ¿quién ha hecho retroceder en sus planes á ese mismo Emperador? ¿Quién le ha hecho, en parte, borrar su obra al mismo tiempo que la escribía, y á hacer de ella una segunda edicion corregida y no aumentada?

Es el espíritu católico, que se sienta á su lado en el trono, encarnado en su augusta compañera, altiva española de la sangre de Guzman; el que resuena en la cátedra evangélica en la voz de los Lacordaire, de Ravignan, Félix, y tantos otros preclaros oradores; el que mueve la pluma de sus grandes escritores católicos contemporáneos, como de Bonald, Dupanloup, Nicolas, Ozanam, Montalambert y otros ciento; y finalmente, el que va delante de sus mismos ejércitos, y sobre todo en pos de la Cruz de sus insignes Prelados, y en las falanges de un clero sábio y virtuoso.

¿Qué intervencion, qué contrapeso opondríais para la paz del mundo, si esto quitárais de aquel suelo, volcánico y movedizo de suyo, y que además siente hoy rugir en su seno el rumor mal comprimido de los volcanes de 1848, apénas apagados y amenazando siempre con repetir sus erupciones? ¿No sabe el mundo ya por experiencia que nada es más temible para su sosiego, que los ensueños de gloria, que en la Nacion vecina suelen confundirse con el delirio, y rayar en el frenesí?

Lo dicho basta para justificar nuestras indicaciones. Asunto es este tan importante, que si el tiempo, y sobre todo la salud, vagar nos dieren, nos proponemos hacerle tema de otro Estudio especial, que nos ha parecido anunciar aquí.

XXVIII.

ASPIRACIONES.—POSIBILIDADES.
LO PERMANENTE.—LO NECESARIO.—LO ACCIDENTAL.—
LO TRANSITORIO.—LO ITALIANO.
LO REVOLUCIONARIO.—LO CATÓLICO RELIGIOSO.—
LO CATÓLICO POLÍTICO.—ROMA EN ESTAS CONDICIONES.

Si de las consideraciones que preceden, hemos venido tan rápidamente á denunciar como imposible la destruccion del Pontificado romano, es porque con trazar nada más los leves lineamentos de su historia y de su influencia, no solo le hallamos santo y legítimo, sinó que,—y esto es de mayor importancia todavía para la cuestion que se ventila,—hemos de reconocerle como un hecho necesario.

Necesario para la Religion; necesario para la política; necesario para la existencia civil; necesario para la organizacion social; necesario para la paz de Europa; necesario para la independencia de Italia; necesario, en fin, para la libertad, para el progreso, para la tranquilidad, para el concierto y para la paz del mundo. Así le ha fundado Dios, y así le ha hecho la Historia. Así le han consagrado los siglos, así le ha recibido en legado y depósito la Europa, y así le tiene que conservar y transmitir á la cristiandad toda entera.

El Pontificado es necesario como institucion social européa, porque ha entrado por la accion de diez y nue-

ve siglos en el organismo interior, en la vida íntima, en el estado personal, en el derecho doméstico, en la manera de ser de la gran asociacion cristiana.

Es necesario el Pontificado, porque ha penetrado como esencial elemento en el derecho público, en las instituciones políticas, en las leyes civiles, en las relaciones internacionales de todos los pueblos católicos.

El Pontificado es necesario, no tan sólo para regir la Iglesia, para definir el dogma, propagar la doctrina y conservar la tradicion apostólica; sinó para esa misma division esencial entre el poder espiritual y temporal, en cuyo nombre se le ataca, y que sin embargo no existe —nótese esto bien—sinó en los Estados católicos, ni puede existir sin la institucion del Pontificado.

Es necesario el Pontificado de Roma, para que los Soberanos de las demás naciones no sean al mismo tiempo Pontífices; para que los depositarios del poder civil no se arroguen el señorío de las conciencias.

Es necesario el Pontífice, como poder moderador en la política cristiana; para que los Reyes no se divinicen; para que no aspiren al rango de deidades, como hicieron siempre en el paganismo; para que haya en la tierra una potestad visible, á la cual tengan que reverenciar; para que haya un Sacerdote, á cuyas plantas tengan que rendir público homenaje de la igualdad de todos los hombres ante la ley de Dios. Y es necesario que este Sacerdote sea Rey, hasta para que lo hagan sin mengua; para que, súbdito ajeno, no sea su acatamiento un vasallaje, y súbdito propio, una farsa hipócrita.

Es necesario el Pontificado, tal como está en Roma, bastante grande para ser independiente; bastante majestuoso, para representar dignamente el culto de la más no-

ble porcion del género humano; bastante débil y limitado, para estar libre, hasta de la sospecha de ejercer dominacion temporal sobre los otros Príncipes y Estados.

Es necesario, en fin, por su organizacion perfectísima, que satisface y sobrepuja todas las necesidades, todas las teorías y todas las aspiraciones políticas. Succesion electiva, por una votacion la más libre, la más escrupulosa y más afianzada que reconoce la Historia. Hereditaria, por la creacion de cardenales, que constituyen una familia de Príncipes elegibles, habida de la manera única que los Pontífices pueden procrearla.

Monarquía, en la indisputada supremacía de la potestad, y en la direccion unitária de los negocios.—Gobierno representativo, por la inmutabilidad del derecho, por la autoridad é intervencion de los Concilios, por la forma de las deliberaciones y la distribucion de las gerarquías.—Democracia, por la capacidad reconocida á las condiciones más humildes, de ascender á las más excelsas eminencias.—Institucion política, como Imperio.—Teocrática, como sacerdocio. Constitucion maravillosa, de la cual si hubieran hablado á Platon y á Aristóteles, como existente en alguna region de la tierra,—"Llevadnos allá, hubieran exclamado atónitos aquellos sapientísimos filósofos;—llevadnos allá, para que nos prosternemos en adoracion ante esa autoridad portentosa y divina: porque esa institucion que nos decís, es una revelacion del cielo mismo; como que todo el poder de la inteligencia y de la sabiduría humana no hubiera sido capaz de inventarla ni de establecerla....."

Verdad es tambien que si Aristóteles y Platon hubieran vivido en la Roma de los Pontífices, el uno se hubiera llamado Santo Tomás, y el otro San Buenaventu-

ra. Bien que entónces, en la imparcialidad de nuestros pretendidos liberales, la filosofía y la política de aquellos grandes génios no habrian sido contadas en la historia del espíritu humano, hasta que hubieran venido á disipar de repente las tinieblas de la ignorancia, y á enseñar á pensar á los hombres Descartes ó Bacon, Hugo Grocio, ó J. J. Rousseau!....

¿Y es esa institucion, y las condiciones materiales y necesarias de su existencia, lo que quieren destruir los Italianos? ¿Se creen con el derecho de anular, por su propia voluntad y peculiar conveniencia, lo que es de altísimo interés moral en la organizacion de la Europa entera? ¿Se creen autorizados para hacer su constitucion particular de hoy, incompatible y contradictoria con la secular constitucion religiosa de doscientos millones de almas, á la que ellos mismos tan principalmente han cooperado? ¿Se creen bastante poderosos y autorizados para establecer el protestantismo universal, y para hacer prevalecer en un nuevo derecho público européo, que así como la Europa no puede reconocer un solo Emperador, el catolicismo haya de dividirse en iglesias, no subordinadas á un Sumo Sacerdote?

¿Quién les ha permitido creer que esa enorme pretension es de la competencia de las Cámaras italianas, ni de los habitantes de Roma? ¿Quién ha podido pensar que una ciudad, que por espacio de tantos siglos ha sido cabeza del mundo de la ley, y por tantos otros, Metrópoli del mundo religioso, está en las condiciones ordinarias de un reino que se legisla y constituye? Aun los que crean que esta cuestion es del dominio de los hombres, ¿no tendrán que reconocer la legitimidad del derecho, la universal competencia en ella de los fieles cristianos?

XXIX.

QUERER Y NO QUERER. — ¿PORQUÉ NO DERRIBAN LOS INGLESES SU CATEDRAL DE SAN PABLO? LAS LÁGRIMAS DE MELANCTON Y LA GRAN CARCAJADA DE CARLO MAGNO.

Pero si esos italianos continúan en confesarse católicos, sinó quieren atacar la existencia del Pontificado, si proclaman ellos los primeros la necesidad de que debe subsistir, ¿cuál es, entónces, en condiciones prácticas y aceptables de buena fé y de comun sentido, la misteriosa ó enigmática fórmula de ese inexplicable y contradictorio catolicismo?....

Y con solo admitir que el Pontificado debe permanecer, ¿podrán querer despojar á esa Patria que tanto ensalzan, de la gloria y preeminencia de hospedar en su seno una tan grande institucion? ¿Quieren subordinar esa primacía espiritual, suprema y única, á la conveniencia administrativa de dos millones de habitantes? La suerte de esa ciudad incomparable, que mereció un dia tener altares como una divinidad [1], y que desde los tiempos de

[1] Desde el año 195 de nuestra era, la ciudad de Roma tuvo altares en Asia. Los de Esmirna, que segun dice Tácito, se gloriaban de haberle erigido su primer templo, fueron imitados por los habitantes de Alabanda, en Casia, y despues por casi todo el Oriente. (AMAD. THIERRY: *Introduccion á la historia de la Galia bajo la administracion romana.*

Á este propósito debemos indicar á los lectores, que nos crean exagera-

Alarico, fué ella misma santificada como un templo, y adorada como un santuário por todos los pueblos de la tierra, ¿vendrá á ser en nuestros dias exclusivo objeto de las ordenanzas municipales de una poblacion de doscientos mil habitantes?....

Permítasenos sobre este punto una interesante observacion personal y práctica. Este mismo verano nos hallábamos en Lóndres un dia que, habiendo tenido que ir á la City, nos encontramos á las inmediaciones de San Pablo, envueltos en aquella confusion babilónica, arriesgada, sofocante, de que no pueden tener idéa los que no hayan visto á las tres de la tarde el espectáculo de aquellos barrios, donde la circulacion de aglomeradas muchedumbres, trenes, carruajes y carros produce casi una pesadilla, y origina á cada diez minutos una verdadera congestion y parada en el movimiento.

Aquel espectáculo nos sugirió una consideracion. La municipalidad y el comercio han hecho todo lo humanamente posible para dar ensanche y desahogo á aquel centro de la actividad y concurrencia industrial del mundo. Vimos más. Se está haciendo un ferro-carril subterráneo que, partiendo de Regent's-Park, atravesará en más de dos leguas la inmensa ciudad, para que sirviendo al transporte de efectos y mercancías, deje expedita la via pública para las personas. Todo lo más gigantesco y portentoso se les ha ocurrido á los Ingleses, ménos el sencillísimo expediente de derribar la catedral de San Pablo,

dos ó parciales en lo que hemos dicho sobre la influencia de la Roma pontificia en la civilizacion, lean el libro que acabamos de citar, ameno y bellísimo por cierto, y verán cómo nos quedamos muy atrás de las apreciaciones y encómios de uno de los primeros historiadores críticos de nuestros dias.

transportarla á un barrio excéntrico y desahogado, y dejar donde hoy está, una anchurosa plaza. Y sin embargo, tal pensamiento no ha pasado por ningun espíritu inglés. Aquellos hombres tan positivos y prácticos, pero en su casa tan religiosos y conservadores, se hubieran escandalizado de tal proyecto.....

¡Y lo que creerian abominable, impío, por conveniente que fuera á los intereses materiales de su gran metrópoli, respecto á un templo, lo creen aceptable, necesario, cuando se trata de derribar el templo vivo del mundo católico, por los intereses aparentes, transitórios, mal comprendidos de una poblacion de Italia, que no llega á la duodécima parte de la de Lóndres!....

¿Querrán privarse los católicos Italianos de poseer el santuario universal y viviente del cristianismo apostólico, cuando los Españoles de Santiago y de la Vírgen del Pilar, los Irlandeses de San Patricio, los Napolitanos de San Genaro, los Piamonteses de San Máximo, los Rusos de San Andrés y San Nicolás, y los Parisienses de Santa Genoveva defenderian aún con más encarnizamiento que el trono de sus Reyes, el depósito de las reliquias de sus santos Patronos?

¿Es posible que los hombres de aquella region, tan privilegiadamente iluminada por el espíritu de la sabiduría, tan electrizada por el sentimiento de la belleza; aquellas inteligencias para quienes la adivinacion de la verdad y la inspiracion del arte son cualidades ingénitas como el fuego de la mirada, y la armonía de la voz; es posible que aquellos corazones tan noblemente levantados al entusiasmo de la gloria, como á la comprension de toda ideal grandeza, se hayan hecho de repente sórdidamente positivos y materialistas?.... ¿Habrán llegado

á creer que vale más el palacio de cristal, que la basílica de San Pedro, ó que pueden trocar las catacumbas por minas de carbon de piedra?.... ¿No habrá en sus ojos, ciegos por la luz de tantos resplandores, siquiera aquellas lágrimas que lloraba Melancton, el apóstol y ministro de Lutero, por la suerte de las venerandas abadías, de las portentosas catedrales, que por su propia obra, iban á venir al suelo, bajo la intolerancia destructora de sus mismos fanáticos sectarios?....

Aquellos eminentes políticos, tan versados en la historia; aquellos esclarecidos hombres de Estado, tan dados á la ciencia y á la filosofía, ¿habrán podido asentir con un convencimiento sério y digno, á la combinacion de que coexistan en una misma ciudad la Sede pontificia y el trono de un Rey constitucional? ¿Si habrán creido que se puede hacer un Sumo Pontífice, del capellan de un monarca Piamontés?....

La augusta Sombra de Carlo Magno se levantaria por encima de los Alpes, no ciertamente para dirigirles una imprecacion fulminante, sinó despidiendo de sus pulmones de hierro una carcajada homérica, que haria estremecer ambas riberas del Pó, desde las alturas de Superga hasta las torres de San Márcos!!

XXX.

GUARDAD EN ROMA AL PAPA, ITALIANOS!....

Carlo Magno podría reirse comparando la grandeza de sus miras con la exigüidad de vuestros medios y el limitado alcance de vuestros horizontes. Nosotros, empero, nos afligimos y angustiamos en la comparacion de nuestros temores con nuestras risueñas, desvanecidas esperanzas.

¡Carlo Magno podría reirse!.... ¡Carlo Magno es lo pasado!....

Nosotros nos hallamos cara á cara con lo presente. Hijos respetuosos de la Historia—y harto lo han visto nuestros lectores,—honramos la memoria, y consultamos la sabiduría de nuestros mayores. Pero si vamos con frecuencia á los cementerios para meditar, harto sabemos que no son moradas para vivir; hasta que pronto nos venga el turno de dormir en ellos el sueño del olvido!....

En la vida estamos, de la civilizacion procedemos; hácia lo porvenir y á la eternidad caminamos. Y enmedio de las angustias y tribulaciones que combaten nuestro ánimo en la época tempestuosa en que nos ha tocado vivir, y que, despues de todo, no nos atreveríamos á trocar por ninguna de las pasadas, conservamos siempre aquella disposicion de espíritu con que representa Dante

á Caton en los umbrales del Purgatorio, donde todavía, á la vista de aquel espectáculo de expiaciones,

Libertà va cercando ch' è si cara.

La libertad buscamos, la libertad queremos, y por la libertad—en el último puesto del más obscuro soldado—más de una vez combatimos. La libertad y la independencia de Italia habíamos saludado con adhesion de ferviente entusiasmo: la libertad y la independencia de Italia, que eran á nuestros ojos condicion y complemento de la libertad de Europa, y del progreso y de la civilizacion del mundo.

La pretension de poseer á Roma, y de desalojar al Sumo Pontífice, ha venido á angustiar nuestro espíritu con el pavoroso recelo de que se aplace por largos años, ó se malogre indefinidamente la esperanza de ese magnífico resultado.

Habrémos de repetirlo. Nosotros consideramos como el mayor obstáculo y peligro para la libertad de las naciones, el lógico aunque sacrílego divorcio entre el principio religioso y el principio liberal. Legado funesto de un siglo de crítica y de guerra, creimos y esperamos que la mision encomendada al siglo presente, era su concordia y armonía. Causa radical y profunda de todas las perturbaciones políticas y morales de nuestros dias, creíamos que el órden de las instituciones y la paz de las conciencias, tan necesaria como la de los intereses y de las armas para la constitucion y consolidacion de una Europa nueva, sólo llegaria á obtenerse aquel venturoso dia en que las almas religiosas pudieran creer tranquilamente en la libertad, y en que los corazones entusiastas por la libertad, vieran su complemento en la Religion.

La hostilidad y la agresion contra el Pontificado, y mucho más su extrañamiento de Europa, ó su confinamiento en territorio de esta, pero ajeno, si por desgracia se realizan, pudieran hacer eterno este desventurado antagonismo: en la desastrosa lucha en que la revolucion francesa fué la agresora, tememos que la regeneracion italiana sea la contumaz reincidente.

No, una y mil veces. No temblamos ante la idéa de la destruccion del Pontificado católico. Dios podrá permitir otra vez que varíe su asiento en la tierra, sin que le abandone la supremacía que le viene del cielo. Ni siquiera pensamos en la desaparicion perpétua del Pontificado de Roma. Tan absurda nos parece, que la tenemos por imposible.

Pero nos aterra el pensar que la necesidad de defenderle ó de restaurarle, si por ventura llega á ser atacado y violentado, pueda ser en breve ocasion ó causa de una guerra religiosa, que combinada con extraños elementos políticos, haría retrogradar siglos enteros los progresos de la civilizacion. El asesinato de un Ministro del Sumo Pontífice,—cuyo impío suceso recordábamos há poco,—fué en 1848 la señal de la reaccion para todos los gobiernos. El asesinato del Pontificado sería causa de una reaccion de todos los espíritus y de todos los pueblos.

Nosotros habíamos esperado en la resurreccion gloriosa de una Italia independiente, libre, purificada en la desgracia, escarmentada de la revolucion, sin reminiscencias de demagógica anarquía, sin ilusiones de fantástico Imperio, tomando título y rango en una confederacion pacífica de naciones hermanas y libres, á que aspira y marcha la civilizacion européa; y que, sea dicho de paso, no conseguirá, si el liberalismo moderno, como la antigua

monarquía, como el antiguo feudalismo, como el antiguo republicanismo, no busca su ley dentro del derecho cristiano. La pretension de poseer á Roma nos hace temer que la cuestion que se ventila, deje de ser en breve la cuestion de su independencia y de su nacionalidad.

Tememos para la paz del mundo la amenaza alternativa y tiránica de un Imperio feudal, sin lealtad ni caballería, de un cesarismo democrático sin libertad y sin religion, ó la *heguemonia* materialista, opresora y disolvente de una metrópoli cercada de mares y erizada de cañones, que no reconoce en el globo más que colonias y factorías. Tememos para la Europa ver renovada la antigua y eterna cuestion que viene ventilándose, desde los hijos de Ludovico Pio hasta los tiempos de Napoleon I: si ha de ser Emperador de Occidente el Soberano del Sena, ó el del Danubio; si ha de ser el Rey de los Francos ó el Jefe de los pueblos germánicos el autócrata del Mediodía; si ha de llamarse Habspburg ó Bonaparte el César que se corone en Roma.....

Guardad en Roma al Pontífice, italianos que quereis ser libres! Custodiadle vosotros mismos. Que no dependa de ningun Rey; que los unja á todos. No os creais rebajados en ser bastante fuertes para hacer córte de honor y guarda de respeto al que ejerza tan alto y divino magisterio. No será la vez primera que os salve de ser Francos ó Germanos, Bizantinos ó Normandos. Que os salve otra vez, enfrente de los representantes de todas esas dominaciones, subsistentes todavía, á vosotros, de dejar de ser italianos, y á la Europa consternada, de optar entre un Imperialismo teutónico, una autocrácia revolucionaria ó un patriciado insular, para el cual seais el gran Portugal de la otra Península. Más glorioso os será conservar en

los Estados romanos un San Marino Pontifical, que el que pagueis con una Venecia Austriaca la compensacion harto leonina de tener en el Tíber otra Venecia Sajona con un amo, no ménos tirano y extranjero que el germánico. Más glorioso os será tener un Pontífice que pueda ser güelfo, que solo un Rey que, de uno ú otro Imperio no deje de ser gibelino; y cualquiera que sea la capital que léjos ó cerca de Roma elijais, siempre será la que esté más al alcance de sus bendiciones.

Ahí teneis á Turin, á Milan, á Pavía, á Florencia, á Verona ó Ravena designada por Napoleon y por Teodosio. No importa que no sean grandes. Los Españoles, el dia de nuestra union, no tomamos para capital ninguna de nuestras ciudades: improvisamos una en un páramo, encrucijada en los caminos de todas, y la vemos crecer espléndida y populosa, harto á despecho de la naturaleza, pero al impulso de la nacionalidad. Así, y más pronto, crecerá la vuestra, con la vida que le infunda el espíritu de vuestro renacimiento. Roma no puede serviros.— Roma es más grande que la Italia, como suele ser más grande que la montaña, la sombra que se extiende sobre la llanura.

Esa sombra os engañará siempre, como os engaña ahora mismo sobre las verdaderas proporciones del Estado que quereis fundar; sobre el destino comparativamente limitado, por glorioso que sea, que os toca cumplir. Ó habeis de volver á ser lo que ella ha sido, ó tiene ella que ceñir sus términos á lo que podeis ser. Y cuando no la podeis coronar con un Imperio, hay una especie de ingratitud ó de presuncion en querer reemplazar con vuestra nueva corona las tres que los siglos la han dado.

Ella sola sostiene mejor el peso y el blason de su nom-

bre y de su gloria. Ella sola representará siempre la memoria del mundo antiguo, la unidad social y política de aquel Imperio que abarcó el universo; la unidad religiosa de una creencia que abarca la eternidad.....

¿Qué le traeis ahora con la representacion de vuestra unidad, de vuestra moderna y peculiar Historia? ¡Nunca le dareis los seis millones de almas del tiempo de Trajano! ¡Por mucho que construyais, no podreis borrar nunca las ruinas; y siempre tendreis en derredor de vosotros, más sepulcros que edificios!.... No está hecha para las necesidades de vuestro siglo, para la existencia material de la civilizacion contemporánea. Siempre será como uno de aquellos mausoléos, que convirtió en fortalezas; como un panteon que se hizo basílica. ¡Eso..... y nada más!—La prosa de los hombres no podrá alterar el misterioso simbolismo de la Divina epopeya. Eso, que vuestras aspiraciones apellidan grandeza, el mundo os lo contará como una profanacion. Esa Roma hoy tan grande, quedará siempre en vuestras manos materialmente exigua!....

Allí no hay más que una tumba convertida en altar. Allí murió el Imperio; allí nació el Pontificado; allí creció como una celestial siempreviva al pié de la cruz que levantó Neron para San Pedro, al lado de aquel coloséo de Vespasiano que construyeron con sus lágrimas los cautivos de la Israel deicída, que regaron con su sangre los mártires de la Israel triunfante..... ¡De allí se levantó sobre la tierra: de allí cubrió con sus ramas el mundo todo!

Del mundo es el Vaticano, como fué del mundo el Capitólio. Los dos son propiedades de la Humanidad; mayorazgo no enajenable de las generaciones pasadas;

fideicomiso indivisible de lo presente para lo porvenir. Este le impuso al mundo la madre de nuestras naciones, constituida en Imperio: el otro le fundaron los hijos primogénitos de Cristo congregados en Iglesia.

No hay allí un monumento que no sea prenda ó despojo de una Nacion: no hay una sola piedra de aquellos altares que no represente una ofrenda, una lágrima, una oracion, un suspiro de penitencia, ó una gota de sangre de los fieles de las cuatro partes del mundo. Del mundo y de la Europa fué aquel recinto sagrado por más de veinte siglos; y ahora ni la Europa ni el mundo tienen otro lugar que el que Dios les ha dado para colocar la cabeza de su Iglesia; como no tiene el hombre otro lugar que su cráneo para aposentar su cerebro.

XXXI.

EL PAPA EN JERUSALEN.
QUERER ENGENDRAR LA VIDA EN LOS BRAZOS DE LA MUERTE.

Uno de esos folletos que ha llevado á las orillas del Sena el soplo del fanatismo anti-católico, que viene de la tumba de Calvino, pasando por Ferney, se atrevió á indicar la posibilidad de trasladar la Santa Sede á Jerusalen!....

Desde luego nos pareció que el autor de este pensamiento habia querido lanzar á la frente de su país y de la Italia el más sangriento de los sarcasmos, la más horrible y la más injusta de las invectivas. Era como decir

que despues de todo, el Jefe de la Iglesia católica estaría mejor hospedado en un aduar de Turcos que en una nacion de incrédulos..... Para cosas tan santas es irreverente el tono de la ironía, y el déjo de la burla sabe á la sacrílega amargura de la esponja del Calvario.—Á nuestra vez pudiéramos preguntar nosotros si el trono de las Tullerías no estaría, por identidad de analogías, mejor colocado en Santa Elena.....

Jerusalen!.... Jerusalen no es la ciudad de los hombres, como Roma no es la ciudad de los Reyes!.... Jerusalen es para los cristianos la tumba sacrosanta del Redentor del mundo: ante la inescrutable justicia del cielo, es la ciudad maldecida. Dios ha aceptado, en gracia de voto expiatorio, que vayan los pecadores en peregrinacion penitente á llorar sobre aquellos lugares santos; pero no ha permitido nunca que los vuelvan á poseer y los conserven en soberanía los pueblos creyentes. Cuando á los ciudadanos de Pisa se les ocurrió cargar sus galeras con la tierra del Calvario, fué para rellenar un cementerio..... De aquellos muros profetizó el Señor que no quedaría piedra sobre piedra; y las torres de David nunca más fueron levantadas. Pasó el carro de Tito por encima del palacio de Herodes; y los tronos de Godofredo, de Balduino y de Lusiñan vinieron al suelo entre los escombros del pretorio de Pilatos. La poesía pudo cantar las proezas de los cruzados; pero la Divina Justicia no quiso permitir que los hijos de Caifás dejaran de ser esclavos de bárbaros.

En Jerusalen muere el Hijo del hombre; pero el discípulo de Cristo no se asienta donde habia hablado Dios..... Ningun Papa ha osado llevar el nombre de Pedro..... San Pedro no se atrevió á morir donde habia padecido Je-

sus!.... Ningun Pontífice pudiera predicar en la montaña que oyó las Bienaventuranzas. Aquella es la tierra de los prodigios: no es la tierra de las instituciones.

El Príncipe de los Apóstoles recibe en Jerusalen la visita del Espíritu Santo; pero su Cátedra y su Cruz las viene á buscar á Roma. San Pablo tiene la vision de Dios en el camino de Damasco; pero su mision es llamar á los gentiles y evangelizar á los romanos. Le esperan en Aténas los filósofos del Areópago, y en la ciudad de Calígula y Neron todos aquellos de la casa de Aristóbulo, y de la casa de Narciso [1] y hasta los comensales del César.

De Jerusalen sube Jesucristo al cielo; de Roma es de donde desciende su doctrina al mundo. ¿Quereis construir un palacio en el Tabór? ¿Quereis edificar una gran Basílica en el Calvario? ¿Quereis que cuando vayan á consagrarse los Emperadores suban por la *calle de la Amargura?*....

Es verdad!.... nos habíamos olvidado de que quereis poner un trono constitucional en el Capitólio, y una Cámara de Diputados en el foro de Trajano! Nos habiamos olvidado de que sois vosotros los que hablando siempre de juventud, de regeneracion y de porvenir, estais dando al mundo el siniestro espectáculo de querer engendrar obras de vida, abrazados sacrílegamente con los despojos de la muerte!....

Al veros emplear toda la calentura de vuestra agitacion en apoderaros de sarcófagos y ruinas, creemos que no teneis un soplo de vida en vuestro aliento, ni un gérmen de fecundidad en vuestra sangre!.... Figúrasenos asistir á una de aquellas procesiones de sombras que describe vuestro Dante en las regiones de los suplicios ex-

[1] San Pablo. Epist. ad Romanos, cap. XVI.

piatorios..... Y á la manera de aquellas tristes voces, que dejan caer los ángeles al cruzar sobre los grupos atormentados, así nos parece ver alejarse, huyendo delante de vosotros, al Génio de la libertad y al espíritu de la Religion, diciéndose el uno al otro aquellas palabras de Job, de tan amargo desconsuelo:

EXPECTANT MORTEM..... QUASI EFFODIENTES THESAURUM: GAUDENTQUE VEHEMENTER CUM INVENERINT SEPULCHRUM.

FIN.

ÍNDICE.

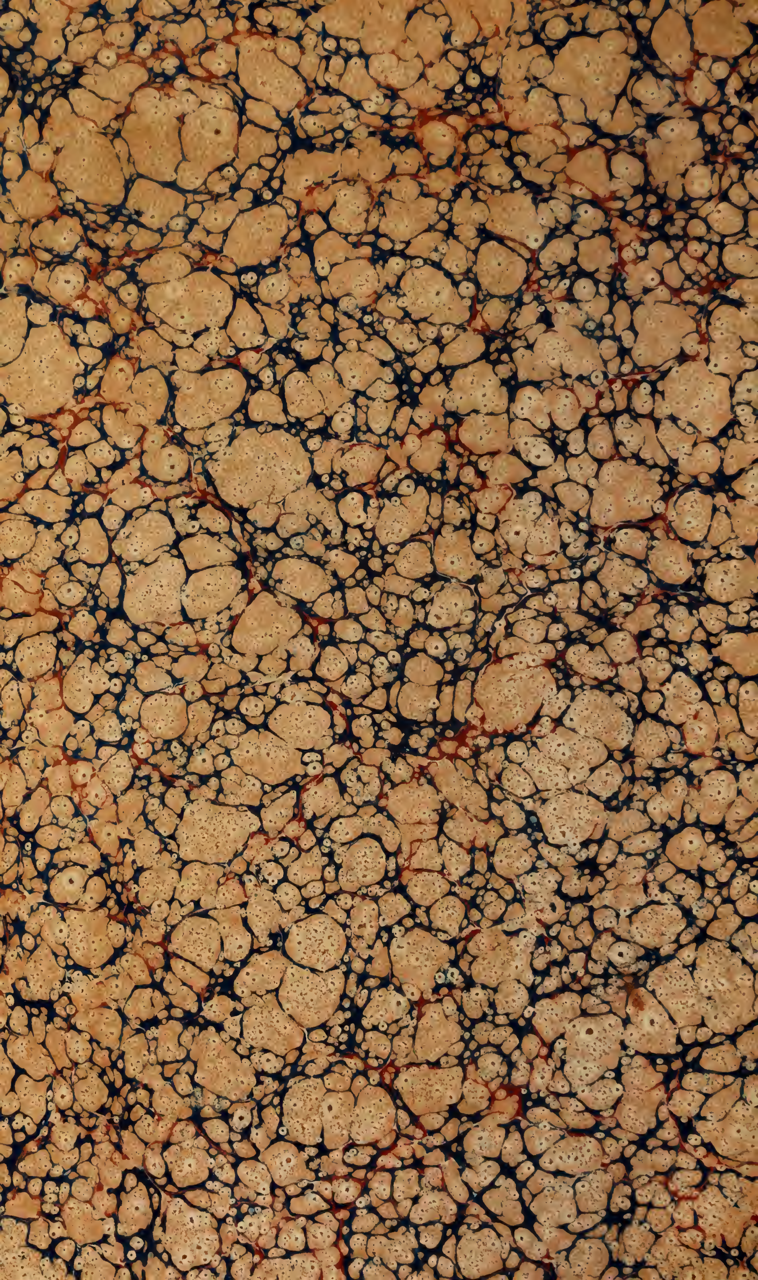
ROMA SIN EL PAPA.

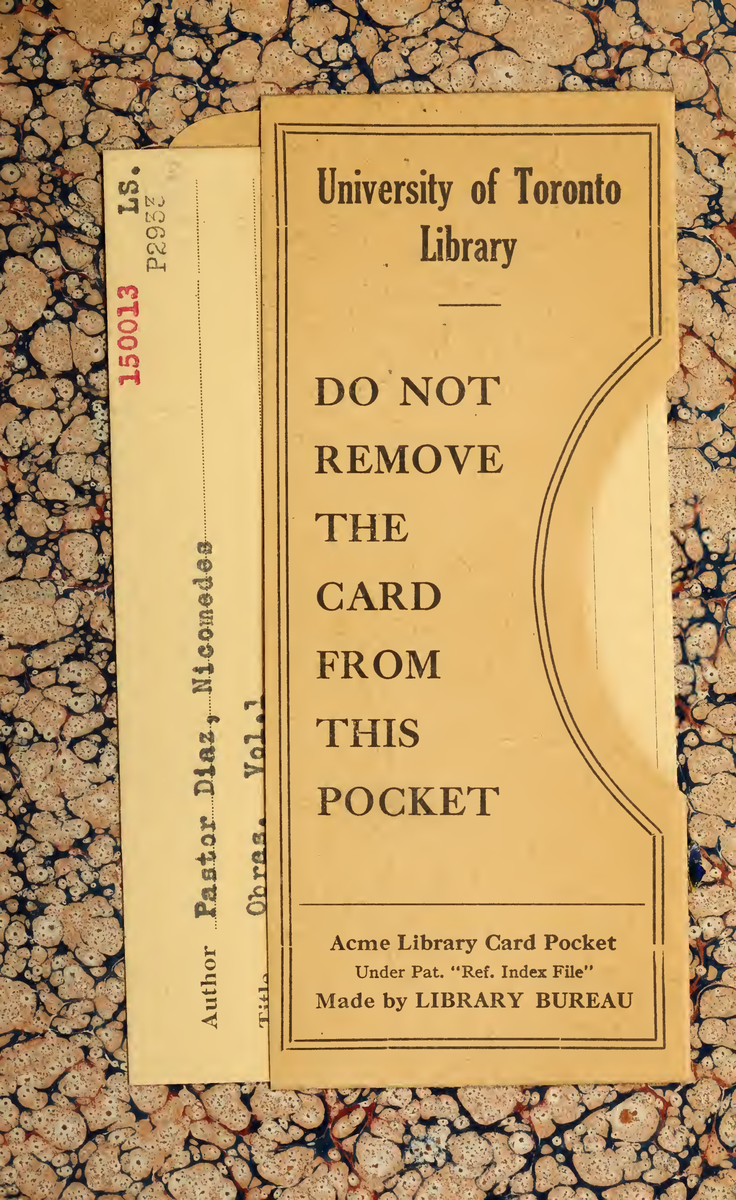
LO QUE FUÉ.—LO QUE PUEDE SER.

PRELIMINARES.

FÉ DE ERRATAS.

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
10	7	energia	anarquía
18	última	economistas	económicas
36	15	Rávena	Ravena
37	7	á uno y á otros	á uno y á otro
42	17	y del pueblo de Roma, á manos	y del pueblo de Roma á manos
47	2	AUTONOMÍA ITALIANA. DE ITALIA	AUTONOMÍA ITALIANA DE ITALIA
id.	10	impensada	inesperada
68	1	soberanías, políticas . . .	soberanías políticas
77	6	operetur	opereretur
id.	penúltima	influencia, de la reputacion	influencia de la reputacion
78	última	lo que nunca hemos visto claro, es	lo que nunca hemos visto claro es
89	última	los alcanzará	las alcanzará
106	14	aquel Jefe	este Jefe
121	2	el acto	el acta
122	16	cesionarios	cedentes
137	26	varios nombres; los unos	varios nombres, los unos
140	21 y 22	del Concilio de Trento. Concilio	del Concilio de Trento: Concilio
150	23	*ci cunda*	*circumda*
id.	24	*agnescant*	*agnoscant*
160	6	excision con	excision de
167	22	prevenidos	precedidos




150013
LS.
P2953
Author Pastor Diaz, Nicomedes
Title Obras. Vol.1
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

